




¡ESPACIONAVE peligrosa!

ANDREW NORTH


NOVELA DE CIENCIA - FICCION


Andrew North

Espacionave peligrosa

Título de la obra en inglés: **PLAGUE SHIP**

Traducción: F. Cazorla

CAPITULO I

EL PLANETA PERFUMADO

Dane Thorson, el ayudante del capitán de la nave Reina Solar, espacionave del Comercio Libre Galáctico, con matrícula de la Tierra, permanecía en medio del apretado cuarto de baño del navío espacial, mientras Rip Shannon, asistente del Astrogator y camarada más antiguo en el Servicio de Comercio, por varios años, le aplicaba trozos de pasta altamente perfumada en la piel, entre los omoplatos más bien prominentes de Dane. La pequeña cabina estaba intensamente saturada de olores aromáticos y Rip los aspiraba complacido.

—Puedes estar seguro de que serás el terrestre mejor perfumado que haya puesto los pies en el suelo de Sargol —dijo, mientras emitía una risita entre dientes.

Dane sacudió la cabeza.

—¡Las cosas que hay que hacer para triunfar en el comercio! —comentó con cierto embarazo—. Tener que ir con esto encima, a lo mejor por horas enteras... Será mejor así. Según Van, esos Salarikis pueden estar hablando hasta sacarte las orejas fuera de la cabeza para no oír nada que valga la pena. Y tenemos que sentarnos y escuchar hasta que podamos darle la respuesta adecuada. ¡Puaff! —Y sacudió la cabeza molesto. En aquella habitación reducida de la espacionave la esencia perfumada, agradable como lo era, resultaba casi insufrible por la intensidad del perfume—. Hemos tenido que venir a parar a un mundo como este...

Los morenos dedos de Rip, interrumpieron su masaje circulatorio.

—Dane —le advirtió a su camarada—. No hables contra esta aventura. Todo irá bien y podremos considerarnos felices, si la cosa va bien...

Pero Dane, pensando en una visión del inmediato futuro, le repuso:

—Si... Hay todo un mundo de Sies en esta proposición de Sargol. Todo iría bien si permaneciéramos tal y como somos, y no tener que correr por ahí oliendo como un tarro de esencia, antes de que llegues a adaptarte a la jornada diaria de uno de estos nativos.

Rip dejó a un lado el tarro de esencia perfumada.

—Diferentes mundos... diferentes costumbres... —comentó jocosamente el veterano elemento del Servicio—. Puedes estar contento de que éste sea tan fácil para adaptarse a él. Hay otros, en los que a veces pienso, de Allá —concluyó dando una palmada final en la espalda de Dane—. Ya estás convenientemente engrasado. Menos mal que no tienes el volumen de Van,

para tenerlo que recubrir de pasta perfumada. Eso me llevaría más de una hora seguramente, aun ayudándome Frank. Tus ropas tienen que ser ahora esterilizadas también.

Abrió un receptáculo cerrado de la pared, especialmente diseñado para la esterilización de ropas, evitando así cualquier microorganismo contagioso.

Una nube de vapor a alta presión, atravesó las ropas.

Dane, se despojó con cuidado de su uniforme del Servicio Comercial. Afortunadamente, Sargol era un planeta cálido, más bien. Cuando saliera al suelo rojizo de aquel mundo, en aquella hora temprana de la mañana, no quedaría en él ni rastro de cualquier olor que pudiese ofender las sensibles percepciones olfatorias de los Salariki. Se imaginó que acabaría acostumbrándose a tal proceso de adaptación. Después de todo, era la primera vez que se sometía a aquella especie de rito. Pero no podía por menos de opinar que todo aquello no tenía ningún fundamento... era... una excentricidad absurda. Pero la opinión de Rip era razonable: era preciso adaptarse a las costumbres de los seres de distintos mundos, o no había comercio.

—¡Zambomba! —exclamó Alí Kamil, el ayudante del ingeniero de la astronave—. ¡Cualquiera sale al exterior contigo! —Y pasó junto a él con una mueca burlona, haciendo un cómico gesto de desagrado por el intenso perfume que se desprendía de su compañero.

Y para evitar la sublevación del sentido del olfato de sus camaradas, Dane se dio prisa para salir por la escotilla de acceso a la rampa que concluía en la base del “Reina Solar”. Allí, se detuvo a esperar a Van Rycke, el jefe de cargo de la astronave y su inmediato superior. Era temprano y al hallarse fuera de los reducidos confines de la espacionave gozó del fresco de la mañana que murmuraba con un aire constante a lo largo y a lo ancho de la fabulosa extensión de hierba gris azulada, lo que le ayudó a mejorar su humor ligeramente irritado.

En aquella parte de Sargol, no había montañas. Apenas algunas suaves colinas, espesamente recubiertas de unos arbustos de diez pies de altura, de estructura herbosa, que recubrían por completo la vasta planicie. Desde las escotillas de observación de la Reina Solar, podía contemplarse el constante y suave movimiento ondulatorio de aquel mar de hierba, brillante y uniforme. Hasta el horizonte del planeta que desde allí se dominaba, todo aparecía revestido de aquella alta hierba, como una inmensa alfombra que, al compás del viento, se agitaba en ondulaciones, que parecían emitir murmullos suaves y dulces, cual si sostuvieran un coloquio íntimo y lleno de afecto con la “Naturaleza”, que les había dado vida. Hacia el oeste, se hallaban los mares de Sargol, extensas formaciones acuosas de poco calado, salpicadas de islas, que más bien parecían lagos salados. Y aquello era todo lo que había atraído a Sargol, hacia la “Reina Solar”...

Aunque por derecho, el descubrimiento había sido de otro comerciante, llamado Traxt Cam, quien había pujado y obtenido la autorización de comerciar con Sargol, esperando con ello hacer una considerable fortuna, o al

menos obtener una elevada rentabilidad de sus negocios, exportando desde el planeta aromático y enviando a otros mundos lejanos sus más concentrados y exquisitos perfumes. Pero una vez que hubo descubierto en Sargol las piedras Koros, unas gemas ignoradas hasta entonces, se había provocado una verdadera revolución entre los artífices y comerciantes en piedras preciosas. Y Cam se convirtió así, de la noche a la mañana, en un verdadero magnate del Comercio, hasta que cayó en la trampa que le tendieron criminalmente los limbianos, piratas del planeta Limbo, que acabaron robándole y asesinándole.

Y como consecuencia de haber destruido aquella diabólica trampa y exterminado a los cabecillas piratas, la tripulación del Reina Solar, había reclamado los derechos del Comercio de Cam, como recompensa, ya que Traxt Cam no dejaba herederos. De tal forma, habían venido al planeta Sargol, con las notas dejadas por Cam, como guía y orientación inestimable acerca de la sagacidad mental de los Salariki y sus especiales reacciones para los tratos comerciales.

Dane, descendió la rampa, hasta poner los pies en el suelo de Sargol, suave y rojizo, salpicado de arena dorada como copos de oro. No le cupo la menor duda de que estaba siendo observado por multitud de ojos escondidos en las proximidades; pero trató de no ofrecer el menor signo de que lo sabía. Los Salariki adultos mantenían una actitud apartada y distante y de completa indiferencia constante hacia los mercaderes extraños del planeta, pero la población juvenil era tan curiosa como despectiva y desdeñosa la de las personas mayores. Quizás existiría un método de aproximación en aquello. Dane no desechó tan posibilidad.

Van Rycke y el capitán Jellico, habían iniciado las primeras negociaciones cuyo proceso les llevó más de un día, y cuyo resultado final fue prácticamente nulo. En sus contactos con gentes exteriores y extrañas a su mundo, los Salarikis eran austeros e intransigentes, y por completo refractarios a cualquier forma de persuasión. Pero Cam ya había conseguido antes algo, ya que de no ser así no habría vuelto de Sargol con aquel puñado de gemas preciosas, las piedras Koros. Sólo que entre sus uniformes, robados por los piratas de Limbo, no había dejado absolutamente nada que se pareciese a una pista para comprender cómo había sabido convencer a los Salarikis en su resistencia para las adquisiciones y las compras. Era desconcertante. Pero la paciencia era la virtud capital de un comerciante y Dane tenía una fe completa y absoluta en Van. Más pronto o más tarde el jefe de la espacionave descubriría cuál era el resorte que debía de accionar, para captarse la confianza de los Salarikis.

Como si sus pensamientos hubieran evocado a su jefe, Van Rycke apareció con su túnica perfumada abrochada en el cuello que le flotaba por su espalda de toro, el casquete sobre su rubio cabello y un aire marcial, descendiendo la rampa de la espacionave, esparciendo a su alrededor oleadas de fragante perfume conforme se movía. Saludó con un movimiento de cabeza a su ayudante, al aproximársele.

—¿Está ya engrasado y dispuesto?

—¿Viene también el capitán, señor?

Van Rycke sacudió la cabeza.

—Este es siempre nuestro quebradero de cabeza. Paciencia, hijo, paciencia.

Y se dirigió hacia el lado opuesto del chamuscado terreno, que formaba el campo de aterrizaje de la espacionave, con dirección a un camino de piso compacto y expresamente arreglado.

De nuevo, Dane sintió unos ojos invisibles que le acechaban... Pero ningún Salariki se mostraba visible. En realidad, ellos nada tenían que temer a título de ser atacados. Los comerciantes estaban inmunes, eran como una especie de tabú, y las estaciones comerciales se habían instalado bajo el signo de la paz, una paz garantizada por un juramento rubricado con la propia sangre de cada jefe de clan del distrito. Incluso con las disputas intertribales, los peores enemigos se reunían bajo aquel signo de paz y no se lanzaban a la guerra unos contra otros, dentro del radio de dos millas de su protección.

Aquella inmensa floresta de hierba resultaba una amenaza traidora; pero los terrestres no dieron la menor importancia ni prestaron el menor interés a quienes pudieran espiarlos. Un insecto de alas brillantes como la seda, se desprendió de la hierba espesa y voló ante ellos, como si fuera un heraldo oficial que orientara su camino. Del suelo rojizo, que hollaban con sus botas, se desprendía un olor perfumado, que chocaba con las esencias aromáticas que llevaban sobre sus cuerpos. Dane tragó saliva tres o cuatro veces y confió en que su superior no se diera cuenta de su malestar. Aunque Van Rycke, a despecho de su aspecto general de hombre tranquilo y bondadoso y de su aparente despreocupación, era un hombre a quien no se le escapaba el menor detalle, por trivial que fuese, lo que le hacía un elemento indispensable para cualquier clase de negociaciones de la gigantesca organización del Comercio Galáctico. No había llegado a su presente situación de experto jefe de una espacionave dejando pasar por alto el más pequeño detalle.

Entonces, dio una orden.

—Toma un igualador.

Dane se rebuscó en el bolsillo, fieramente determinado a que cualquiera que fuese la molestia que tuviese que soportar aquel día, no dejaría traslucirlo a su jefe. Se tragó la pequeña cápsula médica Tau, preparada especialmente para aquellas ocasiones, y dejó a su mente ocuparse en el trabajo que le esperaba. Si es que había realmente algún trabajo a realizar y no un farragoso día de fútiles discursos empleados por ambas partes en hacer resaltar los especiales beneficios que el comercio representaba para parte y parte.

—¡¡¡Juuuuuu!!! —Aquel grito especial, como un gemido y como un aviso arrogante al propio tiempo, sonó a lo largo del camino detrás de ellos.

El paso enérgico de Van Rycke no se alteró en lo más mínimo. No volvió la cabeza ni mostró ningún signo de haber escuchado aquella advertencia procedente sin duda de algún clan. Y continuó ocupando exactamente el

centro del camino. Dane le seguía un paso detrás, como signo de su categoría inferior.

—¡¡¡Juuuuuu!!! —y el grito especial, emitido por algún Salariki de potentes pulmones, fue acompañado entonces por el sordo ruido del correr de varios pies en sus proximidades. Los terrestres ni miraron a su alrededor ni alteraron el ritmo de su paso.

Aquello, también estaba en orden. Dane lo sabía. Para la mentalidad de los hombres de los clanes Salarikis no se podía dejar mostrar ningún signo de temor, a menos que no se mostrara con ello la inferioridad de quien lo hacía, y ello implicaba el poder tratar cara a cara con los jefes de los clanes de nuevo.

—¡¡¡Juuuuuu...!!! —Y aquel grito se convirtió en un inmenso clamor que anunciaba que toda una cohorte de acompañantes Salarikis llegaban por el camino para avistarse con los dos terrestres que hacían caso omiso de ellos. Dane anheló estar en condiciones de volver la cabeza lo suficiente para poder contemplar a sus seguidores.

—¡¡¡Juuuuuu...!!! —En aquel grito había como una nota interrogante y el ruido pesado de las pisadas que les seguían se aflojó, a continuación. La expedición de aquel clan pareció vacilar acerca de la conveniencia de aproximarse definitivamente a los terrestres.

Van Rycke continuó marchando rígidamente hacia adelante y Dane se emparejó con su jefe. Ellos no disponían de un heraldo de pulmones de hierro, que les aclarase el camino; pero daban sin embargo una clara indicación de tener el derecho de ocuparlo en la forma que lo necesitaran. Aquello consiguió el efecto apetecido. La marcha a paso de carga de los Salarikis tras ellos disminuyó en una simple marcha regular, conservando una prudente distancia entre los nativos Salarikis y los terrestres. Los Salarikis los habían aceptado, en su particular estimación, como buen agüero para los asuntos a realizar en aquel día. El espíritu de Dane ganó en moral, y escondió la presencia de sus facciones tras una máscara de piedra, como la de su jefe. Después de todo, era una pequeña victoria, y tenían por delante diez o doce horas de hábiles y corteses discusiones que maniobrar con inteligencia y constancia.

El “Reina Solar” había tomado tierra lo más cerca posible del centro de contratación marcado en el mapa privado de Traxt Cam, y los terrestres tenían todavía otros cinco minutos de marcha siguiendo por el centro de aquel camino hasta llegar a la edificación circular, sin techo, que servía a los Salarikis del territorio como un lugar de contratación pública y terreno de reuniones, para discutir sus treguas y para resolver los problemas de las alianzas de los diversos clanes de Sargol. En el centro de aquella plaza circular de reunión se levantaba a gran altura, un poste que mostraba el escudo del Comercio, que prometía, no solamente la paz a los que se amparaban bajo su consigna, sino un lugar sagrado como refugio, durante tres días, para cualquier disputador o duelista que intentase provocar cualquier acto de violencia.

No fueron los primeros en llegar, lo que era una cosa interesante. Reunidos en pequeños grupos, contra los muros de la plaza de reunión, se hallaban los servidores, los vasallos guerreros y los jóvenes parientes de cuatro o cinco jefes de clan. Dane se apercibió de que ningún miembro femenino Salariki estaba presente. No llegarían hasta que el convenio final se hubiese ultimado y establecido por sus padres, maridos o hijos.

Con el aplomo de alguien que está seguro de sí mismo, Van Rycke, totalmente despreocupado de los grupos de Salarikis de poca categoría que le rodeaban, marchó rectamente hacia la puerta principal del gran recinto circular. Dos o tres jóvenes guerreros le siguieron, con sus brillantes capas flotando al aire como alas batientes de un pájaro enorme. Pero Van Rycke no pestañeó en su dirección y ellos no hicieron el menor intento de impedirle el paso.

Como combatientes —pensó Dane—, los ejemplares que tenía a la vista, y que trató de estudiar con mirada impersonal, eran algo impresionante. La estatura media era de unos seis pies y en ellos apenas se apreciaban sólo muy leves vestigios de sus antepasados y distintas progenitores de raza felina.

Las uñas de ambas manos y los pies de los Salarikis eran retráctiles y tenían la piel de color gris, y un cabello muy espeso, que continuaba hasta confundirse con la felpuda piel que se extendía por la espina dorsal y en el exterior de sus musculosos brazos y piernas, que eran de color amarillento, gris azulado o blanco. Para los ojos de los terrestres, entonces vueltos hacia ellos los anchos rostros, estaban carentes de cualquier expresión inteligible. Tenían unos grandes ojos insertados oblicuamente en el cráneo y tenían una mirada de tonalidad rojo-naranja o turquesa. Vestían unos taparrabos de brillantes colores teñidos con bandas-cinturones apretados a su esbelta cintura, formando una especie de corselete, en el cual brillaban las gemas de la empuñadura en forma de garra de su cuchillo de combate, cuya posesión atestiguaba su mayoría de edad, y su calidad de adultos. Unas capas tan extravagantes como el resto de sus ornamentos corporales, flotaban al aire por encima de los hombros, dejando escapar en cada movimiento una invisible tufarada de perfume.

Tan brillante como aquella asamblea de hombres, que habían observado, fue la formada por los jefes de clan y sus altos lugartenientes dentro de la gran plaza circular que produjo, al llegar, como una gran riada de colores y de perfumes. Los jefes tomaron asiento en unos sitiales de madera, teniendo cada uno frente a sí una pequeña mesa en la cual descansaba una copa que mostraba ostensiblemente su propio distintivo de clan, un estandarte enrollado, de tejido especial, su escudo comercial, y una artística caja labrada con bellos repujados, repletos de incrustaciones de sus codiciadas gemas preciosas. En ella, conservaban la pasta perfumada que usarían durante la conferencia.

De no ser por la brisa que hacía flotar algunas capas y ornamentos de los asistentes, se diría que la totalidad de la asamblea se hallaba inmóvil y como

petrificada. Todavía no se había producido la apertura de las negociaciones y Van Rycke se dirigió hacia una mesa y un sitial, un poco aparte de los demás, y tomó asiento. Dane le siguió. Ante su superior depositó un frasco de bolsillo de plástico, de un color tan vivo a la luz del sol como el de las gemas cortadas rudamente que mostraban los Salarikis, un pañuelo de seda y por último, una botella de sales perfumadas de la Tierra, suministrada por el Servicio Médico Tau, como necesario tonificante que tendría que emplear después de varias horas de la oratoria y de los perfumes Salarikis. Habiendo realizado aquel deber de súbdito de un gran señor, Dane estuvo en libertad de sentarse, también, con las piernas cruzadas en el suelo detrás de su jefe, al igual que los otros hijos, herederos y servidores que se habían congregado detrás de sus respectivos señores.

El jefe, cuya llegada ellos habían demorado en cierta forma, llegó seguidamente y Dane vio que se trataba de Fashdor, un elemento de buena suerte para ellos, ya que aquel clan era pequeño y su jefe tenía poca influencia. De haber hecho retardar a Halfer o a Paft, la cosa habría sido diferente por completo.

Fashdor ocupó su sitial, exhibiendo sus propias credenciales y Dane comprendió entonces que la asamblea había comenzado.

Según los informes de Traxt Cam, eran siete los clanes que se dividían el territorio de la costa marítima y allí había presentes siete jefes de clanes, lo que indicaba la importancia de aquella reunión, ya que algunos de ellos se hallaban más allá del radio del escudo de la paz protector, constantemente mezclados en sangrientas disputas. Sí, allí estaban presentes los siete. No obstante, se percató de que existía un sitial sin ocupar... Precisamente, el situado exactamente enfrente de Van Rycke... Un sitial vacío en aquel círculo formado por la austera asamblea Salarigi... ¿a quién pertenecería y quién sería el último en llegar?

La pregunta fue respondida casi al instante. No fue ninguno de aquellos señores de los clanes Salarikis quien entró por la puerta principal al recinto. Dane procuró conservar su autocontrol, aún después de captar de un vistazo la insignia del recién llegado y que se hallaba bordada en su túnica. Era un comerciante; pero no sólo esto, sino el propio dueño de una Compañía. Pero ¿por qué y cómo? Aquel planeta estaba abierto solamente a los Comerciantes Libres, independientes, de las rutas cósmicas. Por ley y por derecho, ningún propietario de compañía tenía allí acceso legal. A menos que... y Dane tuvo que permanecer impasible, ante sus propios pensamientos y los de Van. Traxt Cam, como Comerciante Libre, había licitado por el derecho a la explotación de Sargol, cuando la sola cosa a exportar del planeta era el perfume, un pequeño y poco importante tráfico comercial para las Compañías. Pero se habían encontrado las piedras Koros y la importancia de Sargol debía haber llegado lejos, hasta el conocimiento de los personajes importantes.

Se habrían enterado de la muerte de Traxt Cam, tan pronto como la Patrulla hubiese estado de vuelta en el Cuartel General. Las Compañías todas

mantenían su sistema de información privada y su propio servicio de espionaje. Y con Traxt Cam muerto y sin herederos, habrían visto su oportunidad y allí se habían dirigido. Pero ellos —se dijo a sí mismo Dane, apretando los dientes—, no permitirían que las Compañías tuvieran ahora la menor oportunidad. Legalmente, sólo había un comerciante en Sargol y era el "Reina Solar", el capitán Jellico tenía sus registros firmados por la Patrulla, que lo probaba.

Y todos aquellos hombres Inter-Solares tendrían que renunciar a sus pretensiones y escoger otro objetivo cualquiera, como campo de sus actuaciones...

Pero el I-S, recién llegado, no pareció tener en cuenta aquello y tomó asiento arrogantemente en el sitial vacío, mientras que un joven, con uniforme Inter-Solar, ponía ante él los objetos rituales propios del caso, y que Dane había colocado para su jefe, Van Rycke. El jefe del "Reina Solar" no mostró ninguna sorpresa, si es que la aparición de los Eysies creían haberla provocado.

Uno de los jóvenes guerreros, del acompañamiento de Paft, se puso en pie y juntó ambas manos en una palmada, que resonó fuertemente en aquel ámbito de la reunión, con la fuerza de un arcaico disparo de arma de fuego. Un Salarik, vistiendo las ricas ropas de las clases altas pero que mostraba un collar como signo de haber sufrido la interdicción propia de los prisioneros de guerra, se acercó al estrado de los jefes con un cántaro que sostenía con ambas manos. Precedido del hijo de Paft, hizo una ronda completa por la asamblea, escanciando un líquido de color púrpura en la copa situada ante cada jefe. Cuando pasaron frente a Van Rycke, el noble Salarik tocó simplemente a título de ceremonia el frasco del jefe del "Reina Solar", ya que sabían que la constitución orgánica de los hombres de otros mundos era refractaria a los ingredientes que ellos ingerían con tanta naturalidad... incluso, cuando, para solemnizar un acto de buenas relaciones, ya fuesen de carácter comercial, político, o científico, al proclamar su carácter legal con la Toma de la Primera Copa de la Paz, lo hacían simbólicamente.

Paft levantó su copa y su gesto fue copiado por todos los que ocupaban el amplio círculo. En el rudo lenguaje de su raza, recitó una especie de conjuro, lo suficientemente ininteligible para que pocos Salarikis de los presentes pudieran comprender con exactitud. Bebieron el líquido púrpura y la reunión quedó formalmente inaugurada.

Pero había un anciano Salarik sentado a la derecha de Halfer, un hombre que no llevaba al cinto el cuchillo con puño de garra y cuya capa amarilla y su cinto al talle ponían una nota de contraste en medio del esplendor de sus compañeros. Habló primero, haciendo uso del lenguaje dialectal del Comercio que su nación había aprendido de Cam.

—Bajo el color blanco —dijo, apuntando al escudo de la arboladura clavado en medio del recinto—, nos reunimos aquí para escuchar y oír muchas cosas. Pero ahora han venido dos nuevas lenguas a hablar, donde

hubo una que era como un patriarca de clan. Decidnos, ¡hombres de otros mundos, ¿a cuál de vosotros dos deberemos escuchar con atención en verdad? —Y miró a Van Rycke y al hombre representante de los Inter-Solares.

El jefe del “Reina Solar”, no respondió. Miró fijamente al otro recién llegado. Dane esperó vivamente interesado. ¿Qué tendría el I-S, que decir?

Aquel personaje tuvo una respuesta pronta en los labios.

—Es verdad, padres de los clanes, que hay dos voces nuevas, donde, por derecho y por costumbre, debería haber sólo una. Pero esta es una cuestión que tenemos que decidir entre nosotros. Permitidnos salir fuera de vuestra vista y poder así hablar privadamente. Y el que vuelva a vosotros tendrá la verdadera voz, y de esa forma no existirá más ninguna división..

Fue esta vez Paft el que habló, antes de que lo hiciera el portavoz de Halfer.

—Sería mejor que hubierais hablado antes de venir aquí. Salid, pues, hasta que el mástil del escudo no haga sombra. El que vuelva entonces, que hable verdaderamente.

Un murmullo aprobó el acre comentario. “Hasta que el mástil del escudo no haga sombra”. Aquello significaba hasta el mediodía. Van Rycke se levantó de su sitial y Dane reunió los símbolos de su jefe. Con la misma superioridad que sus vecinos habían mostrado al entrar, Van Rycke dejó el local, seguido por los Eysies. Y se dirigió hacia el camino de regreso al “Reina Solar” siendo alcanzados pronto por los elementos de la Compañía.

—El capitán Grange quiere verle a usted ahora mismo —le dijo a Van Rycke el ayudante Eysie.

—Si vosotros, invasores, tenéis alguna cosa que decir, lo diréis en el “Reina Solar” y en presencia del capitán Jellico —concluyó definitivamente Van Rycke y se dirigió hacia la espacionave por el camino que había venido.

Los Eysies enrojecieron y apretaron los dientes de rabia. Van Rycke ya había andado de vuelta un cuarto de la distancia hasta el “Reina Solar”, cuando se volvió hacia su ayudante.

—Pensé que la cosa sería más fácil —murmuró Van Rycke—. Quizás estemos metidos ahora en un aprieto. ¡Y quizá haya que salir de este planeta! Por todos los diablos, este no es nuestro día de suerte...

Y apretó el paso hasta convertirlo en un trote ligero.

CAPITULO II
RIVALES

Aunque por ley y tradición, los comerciantes no llevaban nunca armas encima, excepto en tiempos de grandes crisis, sí usaban corrientemente unos bastones letárgicos manuales, cuyo impacto resultaba tan desagradable como otra arma cualquiera. La amenaza de este instrumento manual fue suficiente para hacer detener a los hombres que habían llegado hasta el pie de la espacionave "Reina Solar", y cuya presencia había sido advertida negligentemente por Ali. Los Comerciantes Libres tenían la reputación de hacerse respetar por sus rivales los componentes de las grandes Compañías. La naturaleza de sus vidas errabundas les había hecho aprender duras lecciones, que no tenían otro remedio que aplicarlas o perecer.

Dane mirando hacia abajo por encima del hombro del ayudante de ingeniero de la espacionave, vio que la suposición de Van Rycke había tenido confirmación. Habían dejado al recinto de la conferencia de los Salarikis haría unos tres cuartos de hora. Pero allá abajo, al pie de la espacionave, se encontraban ahora el engreído capitán del I-S, y su jefe de expedición.

—Quiero hablar a su capitán —gritó el oficial Eysie.

Alí recibió la llamada con tranquila ironía y con una expresión que propendía a sacar de sus casillas al más pintado, y Dane sabía ya de viejo, que cuando aparecía aquella mueca burlona en las facciones de Alí, se convertía éste en el tipo más duro de la tripulación del "Reina Solar".

—¿Pero querrá él hablar con ustedes? —repuso Alí Kamil—. Quédense ahora donde están y ya veremos si eso es posible.

Aquella era su forma habitual de proceder. Dane entró en el interior de la espacionave y se dirigió a la sección de mando. Mientras se dirigía a la cabina del capitán Jellico, oyó el chillido apagado del animal mimado del capitán y por cierto bastante desagradable: Queex, especie de materialización de una pesadilla alucinatoria, de una víctima de la fiebre tifoidea en su grado más agudo: un combinado de cangrejo, loro y sapo, tomado en el planeta Hoobat, recubierto de plumas azules y que propendía siempre a rociar y a escupir a cualquier recién llegado. Dane entró en la cabina de mando para sostener un cambio de impresiones con el capitán y con el astrogator.

—¿Y bien? —preguntó Jellico.

—Abajo está un capitán Eysie, señor. Con su jefe de cargo. Desean verle.

Jellico apretó los labios en una estrecha línea y endureció la mirada. Por instinto, la mano de Dane se dirigió hacia la empuñadura de su bastón letárgico enfundado en la cintura. Cuando el viejo ponía aquel talante, había

que tener cuidado. Y se preguntó, especulando mentalmente, qué clase de acción determinaría entonces el viejo capitán.

—¡Ah, vaya, quieren verme! —gruñó el capitán, dejando soltar su mal humor aunque con voluntad de hierro sabía sobreponerse cuando y donde era necesario—. Muy bien, dígales que sigan esperando donde están. Van, vamos abajo.

El jefe de cargo vaciló por un momento, casi desinteresado en tal sugerencia. Y cuando aprobó con la cabeza, lo hizo con la condescendencia propia del que tiene que cumplir con un deber molesto.

—De acuerdo, señor. —Y Van Rycke se puso en pie, se puso de nuevo la capa y se la arregló con tanta precisión y compostura como si tuviera nuevamente que representar al "Reina Solar" ante la nobleza congregada de Sargol.

Dane se dio prisa descendiendo por las escaleras de la espacionave, deteniéndose junto a Alí. El hombre que había al pie de la rampa se volvió impaciente.

—¿Bien?

—Esperen —replicó Dane sin inclinación alguna de cortesía hacia el oficial Eysie.

Un año terrestre casi de permanencia constante a bordo del "Reina Solar", le había inoculado un cierto orgullo de feroz independencia para actuar en su servicio. Un Comerciante Libre era accesible para sus propios oficiales y para nadie más, sin importar qué disciplina ni etiqueta utilizasen las Compañías para mantener su poderío.

Casi esperó que los oficiales I-S se hubieran marchado ofendidos por su actitud. Para un capitán de una Compañía, estar forzado a esperar según la conveniencia de un Comerciante Libre era algo extremadamente ultrajante. Y el hecho de que ahora ocurriera así y continuaran esperando, quizá podía constituir una cierta ventaja en cualquier próxima discusión o convenio entre ambas fuerzas. Mientras tanto, los Eysies esperaban al pie de la espacionave y por fin Alí emergió por la escotilla de desembarco, jugando con su bastón letárgico en la mano y Dane se dedicó a estudiar aquel mar de hierba circundante. Al salir Dane, tropezó con un paquete que había en el suelo y miró inquisitivamente a Alí.

—Comida para el gato —explicó Alí ante aquella pregunta sin palabras.

Así, aquello era la recompensa para el regreso de "Simbad", el gato de a bordo por su vuelta a la espacionave.

—¿Qué es hoy? —preguntó.

—Azúcar —repuso el ayudante del ingeniero— y un par de dulces de colores. Así veremos la forma de que no salga por ahí y nos traiga un cachorro diferente cada noche.

Como todas las espacionaves terrestres solían hacer, el "Reina Solar" tenía un gato a bordo, como un miembro importante de la tripulación. El rollizo y majestuoso "Simbad" nunca presentaba ningún problema antes de tomar tierra

en cualquier planeta, ni se preocupaba de salir a vagabundear por mundos extraños. Pero en Sargol, la cosa fue diferente. Sin embargo, los perfumes de Sargol parecían haberle intoxicado, trastornando su dignidad acostumbrada. "Simbad" había salido rápidamente de la espacionave hacia el suelo de Sargol, en cuanto se abrió la escotilla de desembarco, en las primeras horas de la mañana, y hubo que traerlo casi a la fuerza, protestando con uñas y dientes, al final de la jornada, por un miembro juvenil de la población indígena, que recibía como recompensa algún regalo de la tripulación. Durante tres días se venía produciendo la misma escena.

El sonido metálico de las botas, bajando las escaleras metálicas, advirtió a Dane y a Alí Kamil, que sus jefes descendían para la entrevista con los Eysies. Se apartaron respetuosamente para dejar pasar a Jellico y a Van Rycke. Y ambos siguieron para ser testigos del encuentro con sus rivales.

No hubo apenas saludos ni etiqueta, en la presentación por ambas partes. No hubo ofrecimiento de hospitalidad alguna, como podía haberse esperado entre terrestres en un planeta extraño, alejado de la Tierra en una cuarta parte de la Galaxia.

Jellico, con Van Rycke tras él, se detuvo un poco antes del final de la rampa, de tal forma que los tres miembros Eysies tuvieran que ocupar una posición desventajosa y mirar hacia arriba a los rectores de la "Reina Solar", para poder hablar con ellos. La figura musculosa y arrogante del capitán de la espacionave adquiría, desde aquel ángulo de observación, una aureola de poderosa voluntad y un gran caudal de energía, que irradiaba de las enérgicas facciones curtidas por la larga permanencia en el espacio cósmico.

—Soy Jellico, capitán del "Reina Solar", Comerciante Libre —dijo presentándose a sí mismo bruscamente—. Este es Van Rycke nuestro jefe de cargo.

El bochorno aún no se había disipado del capitán del I-S.

—Yo soy Grange, del Saeta. Kallee, el jefe de cargo. —No hizo mención alguna del tercer miembro del grupo, que estaba en sus proximidades.

Jellico permaneció esperando y, tras unos segundos de silencio, Grange se vio forzado a abordar la cuestión que allí le llevaba.

—Sólo tenemos tiempo hasta el mediodía.

Jellico, con los dedos apoyados en su cinturón, esperó simplemente. Y bajo su mirada fija en el capitán Eysie, recomenzó nuevamente su discurso.

—Nos han dado tiempo hasta el mediodía —repitió —para ponernos de acuerdo.

La voz de Jellico se expresó fríamente y remota.

—No hay razón alguna para ningún acuerdo, Grange. Por derechos adquiridos, yo puedo denunciar a ustedes a la Asociación de Comercio, por invadir terreno prohibido. El "Reina Solar" es la única espacionave que tiene derechos de comerciar en Sargol. Si ustedes se marchan, dentro de un tiempo razonable, dejaré pasar por alto esta intromisión ilegal. Después de todo, no tengo el menor deseo de correr tras la próxima Patrulla para dar cuenta del

incidente.

—No podrá usted esperar el fanfarronear con la Inter-Solar. Le haremos una oferta —propuso Kallee, seguramente porque su capitán no pudo encontrar las palabras adecuadas.

Jellico, cuyo fuerte era la acción directa, hizo una excursión por el mundo del sarcasmo.

—Ustedes los Eysies se han convertido en especialistas de los buenos consejos. Yo me permitiría recordarles que estudiaran un poco más atentamente el Código, y menos exhibir símbolos. Nosotros no fanfarroneamos con nadie. Encontrarán nuestro registro legal para Sargol en los expedientes del Centro. Y les sugiero que cuanto más pronto se marchen será mejor, antes de que les denuncie por tratos ilegales en este planeta.

Grange había conseguido el control de sus reacciones.

—Nos encontramos demasiado lejos del Centro —remarcó.

Aquello era un hecho cierto, sin duda alguna, pero implicaba una segunda intención que había que precisar. El "Reina Solar" era un elemento de Comercio Libre, solitario en un planeta extraño. Pero los I-S podían viajar en compañía y estaban en condiciones de conseguir pronta ayuda en hombres y suministros. Dane dejó escapar un profundo suspiro resignado. Los Eysies deberían estar seguros de sí mismos hasta el punto de atropellar la ley para conseguir sus propósitos.

El capitán I-S dio un paso hacia delante.

—Creo que podemos ahora entendernos recíprocamente —dijo, en un tono de seguridad.

Le contestó Van Rycke, con su voz grave, que dominaba poderosamente el silbido del aire a través de la inmensa llanura de hierba.

—¿Y cuál es su proposición?

Quizá la vuelta a su velada amenaza les aseguraría de la infiabilidad de la Compañía Inter-Solar, y en su convicción de que cualquier miembro independiente no se atrevería a enfrentarse con el poderío y la fuerza de la organización I-S, Kallee replicó:

—Podemos establecer un contrato, dejando a ustedes un beneficio, y ustedes se marchan de aquí, antes de que los Salarikis caigan en la confusión de no saber con quien tienen que tratar...

—¿Y el importe de ese beneficio? —insistió Van Rycke.

—¡Oh! —dijo Kallee encogiéndose de hombros—. Digamos, un diez por ciento del último embarque de Cam...

Jellico estalló en una carcajada.

—¿Generosos, eh, Eysies? El diez por ciento de un cargamento que no pudo ser evaluado, ya que los piratas de Limbo no guardaron registro alguno de lo que habían robado.

—Nosotros no sabemos qué transportaba cuando se estrelló sobre Limbo —repuso Kallee vivamente—. Nosotros basamos nuestra oferta en lo que transportó hasta Axal.

Ahora fue Van Rycke el que dejó escapar una risa burlona entre dientes.

—Estoy tratando de imaginarme quién figuraba detrás de todo aquello. Tuvo que ahorrarle a la Compañía una gran suma de créditos de un modo u otro. Interesante oferta...

Por la tranquila satisfacción que se leía en las facciones de los tres hombres del I-S, parecían seguros de su victoria. El "Reina Solar" debería salir del planeta, pagado con una limosna, bajo la vaga amenaza de la Compañía, y ellos se quedarían en completa posesión del rico tráfico de las piedras Koros, lo que constituiría un honor y una recompensa de parte de sus superiores. ¿Habría tenido aquella gente —pensó Dane— algún contacto anterior con los Comerciantes Libres, y tendrían idea de las aventuras y hazañas independientes que había llevado a cabo el "Reina Solar"?

Van Rycke se rebuscó en el cinturón y mostró en la palma de la mano un disco plano de metal.

—Muy interesante —repitió—. Guardaré como un tesoro esta conversación registrada en este aparato.

La vista de aquel aparato minúsculo borró toda complacencia de los rostros de los Eysies. A Grange se le colorearon las mejillas, Kallee parpadeó confuso y el tercer miembro desconocido de los I-S echó mano a la empuñadura del bastón letárgico. Un gesto que no fue pasado por alto por Dane ni por Alí.

—Una buena imputación contra ustedes —dijo Jellico.

—Haría usted mejor con... —empezó a decir el capitán de los Eysies; pero al notar el disco que Van Rycke sostenía en la mano, aquel trozo supe sensitivo de metal y de plástico que registraría su conversación para el futuro, optó por callarse inmediatamente, enmudeciendo.

—¿Sí? —intervino cortésmente el jefe de cargo del "Reina Solar". Pero Kallee ya había tomado el brazo del capitán y urgía a Grange para alejarse de la espacionave.

—Tienen ustedes tiempo para marcharse de aquí hasta el mediodía —disparó Jellico, mientras los tres hombres de la Compañía se volvían de espaldas y se dirigían hacia el camino.

—No creo que lo hagan de buena gana —añadió Van Rycke, razonablemente—. Usted no quisiera encontrarse en su lugar. Por otra parte, han recibido una acogida que no se esperaban.

—Ya se les pasará pronto el disgusto —comentó Jellico, con su habitual desconfianza en una posible reunión de fuerzas.

—Esto —dijo Van Rycke mostrando el disco metálico que se encerró en el bolsillo cuidadosamente—, les hará alejarse en un vector de un parsec o dos[1]. Grange no es un tipo fuerte para combatir. Supongamos que Tang ya presta atención... o quizá Grange estará dispuesto a llamar en su ayuda a otros elementos de otro planeta. Mientras tanto, creo que no se mezclarán con los asuntos de los Salarikis. Creo que no querrán tener quebraderos de cabeza, si nosotros salimos en busca de la Patrulla y ésta les interroga debidamente. Por tanto, vamos a nuestro trabajo de nuevo.

Y otra vez, a dos pasos a la retaguardia de Van Rycke, Dane se dirigió hacia la reunión de los Salarikis. Su ausencia había sido relativamente corta y los nativos no dejaron traslucir un particular interés por su retorno. Pero Dane notó que sólo había vacío un solo sitial y una sola mesa de ceremonias a la vista. Los Salarikis esperaban solamente, pues, a uno solo de los terrestres para reunirse con ellos.

Lo que siguió fue un pesado conjunto de ceremonias, un cambio de trivialidades chabacanas y saludos y buenos deseos, vacíos de sentimiento. Ni uno sólo mencionó para nada las piedras Koros, ni aún los perfumes, lo que justamente deseaban ofrecer a los traficantes de los mundos exteriores a Sargol. Ninguno levantó una pulgada de su paño, símbolo comercial, bajo el cual, cuando deseaba tratar seriamente, la mano escondida equivalía a cerrar un trato con el comprador y una presión con el dedo índice equivalía a acordar o a discutir el precio. Pero, aquellas plúmbeas sesiones formaban parte del Comercio y Dane, prestando un poco de atención a los discursos y a los brindis periódicos, procuró clasificar y ponderar cuanto veía y oía en cada uno de los jefes de clan Salariki.

La nota primordial del carácter Salariki era la cautelosa independencia en que vivían. La única forma de gobierno que toleraban era la organización de los clanes por familias. Las disputas y los duelos; individuales o entre los clanes eran el camino aceptado de vida y cada varón que alcanzaba la categoría de adulto era armado y dispuesto para el combate, hasta que se convertía en un "Portavoz del pasado", demasiado viejo ya para combatir con armas, en campo abierto. Debido a la naturaleza de sus vidas combativas, pocos Salarikis, relativamente, alcanzaban tal situación de retiro por vejez. Algunas veces se producían alianzas entre clanes, de corta duración, usualmente cuando tenían que enfrentarse con un enemigo más grande y poderoso que cualquiera de ellos. Pero una disputa entre jefes de clan o el más leve insulto, las destruía inmediatamente. Solamente, bajo el Escudo del Comercio, podían siete clanes reunirse sin que sus guerreros tuvieran que intervenir.

Una hora antes del anochecer, Paft volvió la copa boca abajo sobre la mesa e inmediatamente se levantó la sesión de la conferencia de los siete clanes. La conferencia había terminado por aquel día.

Y Dane comprendió que no se había adelantado absolutamente nada, excepto poner a los Eysies al descubierto. ¿Qué sería realmente lo que habría descubierto Traxt Cam, y qué era la causa de ponerse en contacto con aquellos seres extraños? Mientras que los del "Reina Solar" no lo supiesen concretamente, no tendrían otro remedio que continuar aquellas charlas interminables sin conseguir, seguramente, más de lo que habían conseguido en aquel día.

Por su dilatada experiencia, Dane sabía que los contactos primeros con una raza extraña requerían tiempo y paciencia. Pero, entre el estudio y la experiencia, había una vorágine donde perderse y se dio cuenta de todos

modos que todavía tenía mucho que aprender hasta adquirir la infalible experiencia de Van Rycke. El jefe de cargo no pareció demasiado cansado, después de aquel día farragoso y perdido y, seguramente, se pasaría todavía media noche estudiando una y otra vez los registros y las notas dejadas por Traxt Cam, para tratar de ver en qué consistía el éxito que aquel otro hombre blanco de la Tierra había tenido en Sargol, y que a ellos se les aparecía como una muralla de piedra.

La recolección de las piedras Koros había sido, por lo que Dane y su jefe sabían de los registros de Cam, un asunto peligroso. Aunque las leyes de los Salarikis eran indisputables en las masas de tierra firme de Sargol, la cosa era distinta en el mundo acuoso de los innumerables pequeños mares de bajo calado del planeta. Allí mandaban los Gorp, en todo el territorio marítimo, y había que estar en permanente alerta para escapar al ataque de aquellas taimadas y astutas inteligencias de reptil, tan diferentes a los procesos mentales de los terrestres o de los Salarikis, con las que no había posible punto de contacto. Recoger las piedras Koros era jugarse literalmente la vida contra la posible ganancia de las gemas. Posiblemente los Salarikis no vieran provecho alguno en semejante operación. Y con todo, Traxt Cam había salido del planeta Sargol con un saco de aquellas gemas..., de algún modo debió asegurarse la forma de manejar semejante tráfico.

Van Rycke subió la rampa, yendo de prisa hacia la espacionave “Reina Solar” como si le faltase tiempo para volver a los registros de Cam. Pero Dane se detuvo y miró hacia la jungla de hierba con cierta ansiedad. Para su gusto, aquellas horas del crepúsculo vespertino eran el mejor momento de la vida en Sargol. La luz era dorada, los vientos nocturnos aún no se habían levantado. Aborreció la idea de cambiar la libertad de aquellos espacios abiertos por el confinamiento de la espacionave.

Y mientras se hallaba todavía vacilando, dos muchachos de la población aborigen de Sargol surgieron de la floresta rumorosa. Entre ellos dos portaban una red para cazar a campo abierto. Y en la red se hallaba encerrado un animal que permanecía tranquilo a pesar de su cautividad temporal: era “Simbad”, el gato de a bordo, a quien traían de vuelta a la astronave, ganando con ello la recompensa prometida. Dane se dirigió a buscar el paquete de regalo y ante su sorpresa, uno de ellos señaló con el dedo índice, como una alargada uña de gato extensible, hacia la escotilla abierta del “Reina Solar”.

—Entrar —dijo en la jerga común. El asombro de Dane subió de tono, cuando uniendo la acción a la palabra, el muchacho comenzó a subir la rampa y puso un pie en el interior de la nave.

Para cualquiera de los Salarikis, que continuamente manifestaban su creencia de que los terrestres y su nave eran una ofensa al olfato de todos los “hombres vivientes”, querer entrar en la astronave era algo realmente insólito. Pero había que tomar cualquier ventaja que se presentara, por pequeña que fuese, ya que podría proporcionar un entendimiento más íntimo con aquella raza y aprovecharse de ello.

Dane tomó al travieso “Simbad” e hizo señas al chico Salariki, mejor que tocarle.

—Entra.

Sólo uno de ellos, aceptó la invitación. El otro muchacho, se quedó observando, con los ojos bien abiertos Y a los pocos instantes se volvió a la jungla de hierba. No estaba dispuesto a que le atraparan.

Dane entró al interior de la espacionave y se dejó acompañar por el muchacho Salariki, sin prestarle demasiada atención, al igual que dejó al otro que se marchara tranquilamente. El jefe de cargo trabajó su mente febrilmente, recorriendo con la memoria la lista general de los artículos que llevaban a bordo. ¿Cuál, entre las cosas de la espacionave, podría resultar un atractivo e intrigante regalo para aquel joven miembro de los Salarikis, que despertara profundamente su curiosidad? ¡Si pudiera consultar con Van Rycke!

El Salariki ya se hallaba dentro del corredor principal de la astronave con las ventanas de la nariz dilatadas, detectando cada olor de aquel extraño mundo. Repentinamente, levantó la cabeza, como si hubiese sido afectado por cualquier aroma, que sus sentidos olfatorios hubiesen detectado especialmente. Con los ojos, quiso rogar un favor a Dane. Rápidamente, el terrestre, lo aprobó con un gesto de cabeza, y el Salariki se dirigió rectamente a buen paso a los compartimentos inferiores del “Reina Solar”, sin duda alguna en busca de algo de la mayor importancia.

CAPITULO III
EN CONTACTO AL FIN

—¿Qué ocurre? —preguntó atónito Frank Mura, el camarero y despensero de la astronave, echándose hacia atrás en su pequeña cabina, mientras el joven Salariki entraba decidido.

Dane, con el resignado "Simbad" bajo el brazo, había seguido a su huésped y llegaba justo a tiempo para ver al nativo cómo se detenía bruscamente frente a una de las más importantes entradas de la espacionave, el portal del hidrojardín, que renovaba el oxígeno del "Reina Solar" y les suministraba además frutos frescos y vegetales para variar su dieta de alimentos concentrados.

El Salariki puso una mano sobre la suave superficie del compartimento sellado y miró atrás por encima del hombro a Dane con un ruego en sus ojos oblicuos. Guiado por su instinto, que era lo más importante de todo, Dane rogó a Mura.

—¿Puedes dejarle entrar, Frank?

Aquello podía ser peligroso. Pero todos los miembros de la tripulación tenían el deber de tratar de realizar cualquier clase de contacto con los aborígenes de Sargol. Mura abrió el cerrojo de la estancia. Se oyó un silbido del aire contenido en el interior y la tufarada de las plantas que crecían dentro. El muchacho permaneció donde estaba con la cabeza tensa y expectante y con el olfato visiblemente excitado. Después se movió lentamente, silencioso como un gato, característica de los de su raza, y se fue derecho hacia una masa de vegetación que crecía en el extremo opuesto del invernadero de la espacionave.

"Simbad" comenzó a patear y a maullar. Aquello era su pequeño territorio privado de caza, que preservaba libre de invasores. Dane dejó el gato en el suelo. El Salariki encontró lo que buscaba. Se levantó de puntillas, oliendo una de las plantas, con los ojos entornados, como en un éxtasis. Dane miró a Mura, divertido.

—¿Qué es eso que tanto le interesa, Frank?

—Hierba gatera.

—¿Hierba gatera? —repitió Dane. La palabra pareció no significar nada para él; pero Mura era un experto selector de plantas extrañas y raras que cultivaba por estudio y experimentación—. ¿Qué es eso?

—Una hierba de la Tierra, una especie de menta o de hierbabuena. —Y Mura continuó dando una somera explicación mientras se aproximaba al Salariki. Cortó una hoja y la aplastó con los dedos.

Dane, que tenía el olfato atrofiado de tanto perfume como había tenido que soportar a lo largo del día, apenas pudo distinguir aquel nuevo olor. Pero el joven Salariki se aproximó con un fanático interés alrededor de Mura, pareciendo preguntar con la nariz. "Simbad" dio un salto y emitió un maullido subiéndose de un salto hasta alcanzar con la cabeza la mano aromatizada del

camarero de la espacionave.

Allí tenían, pues, a la mano, una cuña abierta. Dane se fue hacia el arbusto.

—¿Puedo darle dos o tres hojas? —preguntó a Mura.

—¿Por qué no? La estoy criando para “Simbad”. Para los gatos esta hierba es como la miel para las abejas.

Por los movimientos de “Simbad”, Dane imaginó que aquella planta debía influir en los felinos como la atracción estimulante que otros productos ejercen sobre los seres humanos. Dane cortó un tallo con tres hojas que dio al Salariki que las miró fijamente y, después, a Dane, y entonces, arrancando una ramita completa del arbusto, salió corriendo del hidro-jardín, como alma que lleva el diablo.

Dane oyó el rumor de sus pasos apresurados en la escalera metálica de la espacionave como si el muchacho no tuviera otra preocupación que escapar con seguridad, con su precioso hallazgo. Pero Dane, frunció las cejas. Según vio sólo había en el hidro-jardín, cinco de aquellas plantas.

—¿Es esa toda la hierba gatera que tiene usted?

Mura tomó al gato en brazos y siguió a Dane fuera del recinto.

—No había necesidad de criar más. Con una pequeña porción de la mata, se puede criar una gran cantidad. —Y dejó al gato en el corredor—. Las hojas pueden conservarse, secándolas. Creo que tengo una cajita llena de ellas en la cocina.

Un suministro estrictamente limitado. ¿Y si fuera aquella la clave que podía abrir el comercio de las gemas Koros con los Salariki? ¡Pero sólo contaba con cinco plantas y unas cuantas hojas secas! De todos modos, Van Rycke tendría que conocer aquello lo más pronto posible.

Pero para decepción de Dane, su jefe no mostró la menor atención por lo que le estaba contando, en relación con aquel nuevo descubrimiento. En su lugar, advirtió signos inequívocos de disgusto en Van Rycke, que él sabía leer muy bien en las facciones del jefe de cargo. Oyó a Dane y se puso en pie. Apuntando el camino con un dedo, le condujo hasta la cabina del médico de la espacionave, Craig Tau.

—Un problema para ti, Craig —declaró Van Rycke, sentándose en el taburete que Tau le ofreció.

Dane se quedó en la puerta, con la seguridad de que en lugar de ser felicitado por su descubrimiento, iba a sufrir una reprimenda de su superior. Y la razón de todo aquello le era, por el momento, desconocida por completo.

—¿Qué sabes sobre la planta que Mura cultiva en el hidro-jardín... esa que se llama “hierba gatera” ?

Tau, no pareció sorprendido por semejante pregunta. El médico de una espacionave del Libre Comercio no se sorprendía por nada. Había ya pasado por las primeras grandes sorpresas en sus primeras años de servicio, después, nada le asombraba por fantástico que fuese. Por añadidura, la afición de Tau era lo mágico, el oculto conocimiento que poseían y usaban los médicos brujos y curanderos de los mundos lejanos. Poseía una verdadera biblioteca de

informes especiales en la materia y las comprobaciones experimentales de determinados hechos. Aquí y allá, iba tomando sus notas, que periódicamente enviaba al Servicio Central, y que eran leídas con estupefacción por los sedentarios empleados de las oficinas y archivados como cosas dignas de ser olvidadas. Hasta que acabó por decepcionarse.

—Es una hierba de la familia de la menta, en la Tierra —replicó—. Mura cría esas plantas en el hidro-jardín para "Simbad", ya que tiene una marcada influencia en los gatos. Ya sabe usted las aficiones botánicas de Mura...

La explicación somera del doctor Tau le sugirió algo a Dane. Encontró una respuesta al misterio, en cierta forma, al comprobar el enorme interés del muchacho Salariki al querer entrar en la espacionave aquella noche. Sin duda, algo del perfume de la planta había impregnado la piel de "Simbad" y la había detectado instintivamente, deseando a toda costa rastrear el lugar de origen.

—¿Y es una droga? —preguntó Van Rycke.

—En la forma en que toda hierba puede ser una droga. Muchas personas terrestres la han dosificado ellas mismas, en el pasado, para tomarlas, como si fuera una infusión, con hojas secas. No tiene estimables propiedades terapéuticas o medicinales. Para los felinos, es un estimulante, y obtienen la misma satisfacción de esas hojas al frotarse con ellas o comiendo las hojas, como la que a nosotros nos produce la bebida...

—Los Salarikis, son, en cierta medida, felinos—murmuró cavilosamente Van Rycke.

—¿Quiere usted decir que los Salarikis han descubierto la "hierba gatera"? —dijo el médico interesado.

Fue entonces cuando Dane trató de imaginarse la barbaridad que había cometido. No podrían calibrar la influencia de una planta de otro mundo en un metabolismo extraño. ¿Qué ocurriría si habían introducido entre los nativos de Sargol una droga peligrosa? Dane sintió malestar. ¡Podría haber envenenado al muchacho!

Tau cogió su casco y, tras un segundo de vacilación, su equipo médico de urgencia. Todavía hizo una pregunta a Dane.

—¿Tiene idea de dónde estará ese muchacho...o a qué clan pertenece?

Y Dane, que sintió escalofríos de verdadero temor, se vio forzado a dar una respuesta negativa.

¡Qué habría hecho!

—¿Podría usted encontrarlo? —preguntó Van Rycke, ignorando a Dane.

El médico se encogió de hombros.

—Trataré de hacerlo. Estuve fuera esta mañana explorando el terreno y me encontré a un tipo medio hechicero ocupado con sus prácticas médicas. Pero no fui bien recibido. Sin embargo, bajo tales circunstancias, podremos probarlo de nuevo y tratar de investigar algo...

En el corredor, Van Rycke dio una orden a Dane.

—Le sugiero que se quede en la espacionave, Thorson, hasta que conozcamos lo ocurrido.

Dane saludó. Aquel tono empleado por su superior fue como un latigazo mucho peor que el abuso que pueda cometerse con un hombre de inferior categoría.

Tragó saliva y fue a recluirse a su cabina. Aquella noche representaría para él el fin de la aventura y seguramente para todos. Y podrían considerarse felices si la autorización oficial de la espacionave no era retirada. Los I-S podrían enterarse inmediatamente de lo sucedido y plantear ante la Cámara la impugnación de los derechos del "Reina Solar" a favor suyo. Y todo a causa de su propia estupidez, su orgullo para querer ser capaz de romper el muro de piedra contra el cual se estaban estrellando el capitán Jellico y su jefe, Van Rycke. Y peor que el futuro ante el cual podría enfrentarse el "Reina Solar" fue el pensamiento de que él hubiese podido introducir algún veneno peligroso en Sargol con aquel regalo de unas cuantas hojas. ¿Cuándo iría a aprender? Se tiró de cara sobre su litera, sumido en la profunda preocupación de los prejuicios que podían derivarse de su acción impremeditada.

Dentro de la "Reina Solar", el día y la noche eran algo mecánico, la luminosidad de las cabinas era casi idéntica. Dane no supo cuanto tiempo había permanecido en aquella situación, forzando a su mente a considerar su estúpida acción.

—¡Dane! —llamó la voz de Rip Shannon, alterando la pesadilla de sus caóticos pensamientos. Dane rehusó contestar—. Dane, Van quiere verle inmediatamente. ¿Para qué? Para llevarle a presencia de Jellico, seguramente.

Dane se levantó, se ajustó su túnica correctamente. Se enfrentó con miedo a la mirada de Rip. Pero éste no pareció en absoluto sentir la menor preocupación ni se fijó en su aire preocupado.

—Te esperaré hasta que hayas hablado con ellos. ¡Medio Sargol viene hacia acá gritando y solicitando comerciar con nosotros!

Aquel comentario de Rip estaba tan lejos de lo que Dane pudo imaginar que estuvo un momento sin querer dar crédito a sus oídos. En la cara de Rip aparecía una amplia y abierta sonrisa, bailándole de alegría sus negros ojos.

—¡Vamos, muévete, de prisa! —le urgió Rip—.O Van vendrá aquí en tu busca...

Dane emprendió la subida al próximo nivel de la espacionave por la escalera metálica y surgió por la escotilla. Lo que vio bajo sus pies le dejó con la respiración cortada. La noche ya había caído sobre Sargol, pero aquella escena no se desarrollaba en la obscuridad. Un reguero de antorchas encendidas avanzaban en líneas desde el bosque de hierba hacia la espacionave y los reflectores del "Reina Solar" añadían a la escena una fuerte luminosidad, que había transformado la noche en mediodía.

Van Rycke y Jellico notaron la presencia de cinco de los principales jefes de clan, por lo menos, con quienes antes había hablado interminablemente Van Rycke, sin resultado alguno. Y tras ellos, una turba de Salarikis de menor importancia. Apareció también alguien que llamó más poderosamente la atención de los terrestres. Una especie de silla de manos con una mujer, al

parecer de alto nivel social Salariki, con un velo en el rostro y que fue ayudada a descender por dos servidores. Las mujeres de los clanes estaban pues, allí presentes, lo que significaba que el acuerdo comercial estaba en su apogeo. ¿Pero qué clase de comercio?

Dane descendió la rampa del “Reina Solar”. Vio a Paft, con la mano cuidadosamente recubierta por el paño símbolo del comercio, que avanzó hacia Van Rycke cuyos dedos estaban asimismo decentemente velados por un pañuelo. Bajo el tejido; se tocaron las manos. El trato comercial había, pues, llegado a su última fase. Y debía ser algo tan importante como para que los propios jefes de clan estuvieran allí presentes, ya que, según, las anotaciones de Cam, lo usual era enviar a una persona delegada para tal propósito.

Apartadas de la potente luz de los reflectores del “Reina Solar” y de las antorchas de los Salarikis, aparecía una pequeña pila de gemas Koros sobre una mesa de madera. Dane dejó escapar un respiro de asombro. Dane tenía una idea de lo que podían ser las gemas Koros por los registros de Cam, pero la realidad sobrepasó lo que pudo imaginar su más ardiente fantasía. Conocía el análisis técnico de las gemas, que en definitiva, eran, como le sucede al ámbar en la Tierra, los exudados resinosos fosilizados de plantas arcaicas, de enormes períodos de tiempo geológico, depositadas por inmensos estadios cronológicos en depósitos salinos de los mares de poco calado del planeta, cuyos cambios químicos habían llegado a producir aquellas maravillosas joyas. El color de aquellas gemas iban del rosa al albaricoque e incluso hasta un malva fuerte, pero en el interior, surgían otros destellos cromáticos de plata y oro viejo, que como brillantes chispas surgían de las gemas al cambiarlas de posición. Y lo que era más extraordinario, como parecía ser la tónica dominante de cuanto existía en Sargol, al aproximarlas a la piel y calentarse por el calor del cuerpo, dejaban exhalar un delicioso perfume que encantaba, no solamente a los nativos Salarikis sino a cuantas criaturas existían en los más remotos mundos de la Galaxia y que tenían la suficiente fortuna para procurarse una.

En otro taburete situado a la derecha de Van Rycke, se hallaba una caja transparente de plástico que contenía algunas hojas de color marrón. Dane se aproximó cerca de su jefe para asistir de cerca a aquella improvisada conferencia. Multitud de otros Salarikis se veían agruparse en todas direcciones procedentes de la inmensa planicie de hierba, portando antorchas, y guerreros ataviados con sus ornamentos rituales. Un poco apartado, había un grupo que Dane no había visto antes.

Aquel pequeño grupo, Salarikis sin duda alguna, aparecían con báculo rematado por un gallardete blanco. No llevaban las vestimentas corrientes de los demás Salarikis, sino que aparecían todos igualmente vestidos con una especie de hábito religioso de color verde parduzco con largas mangas. Eran los sacerdotes de las tormentas. Sus ropas denotaban el color del cielo de Sargol antes de que estallaran las peores tempestades. Cam, entre sus registros y anotaciones, no se había cuidado de dejar constancia de la religión de los

Salarikis; pero aquella clase sacerdotal Salariki poseía, aunque dentro de ciertos límites definidos, un cierto poder espiritual, y su reconocimiento y presencia ante los Comerciantes Terrestres, significaba el mejor augurio.

En medio de aquellos sacerdotes, apareció un terrestre. Era el médico, Tau, que se hallaba en animada conversación con el jefe de aquel grupo religioso. Dane habría dado cualquier cosa por haberse despegado de su jefe y haber podido aproximarse a aquel grupo para hacer a Tau un par de preguntas. ¿Sería todo aquello la consecuencia del descubrimiento del hidro-jardín? Pero ya se habían estrechado las manos de los comerciantes y Van Rycke dio una orden por encima del hombro.

—Mide dos cucharadas de hojas secas —dijo, apuntando al recipiente de plástico.

Dane cumplió cuidadosamente las instrucciones recibidas. Al propio tiempo, un servidor de los jefes Salarikis se llenó el hueco de las manos de gemas que depositó en una caja y puso a los pies de Van Rycke. Paft se adelantó pero apenas tuvo tiempo de realizar el ritual trato comercial. La reunión quedó instantáneamente interrumpida.

Un nuevo grupo llegaba en aquel momento, irrumpiendo dentro del círculo formado al pie de la espacionave, con las cajas recogidas en una mano para moverse con mayor facilidad. ¡Los hombres de la I-S! Evidentemente no habían salido de Sargol..

No mostraron ningún signo de preocupación, más bien parecía como si sus derechos hubiesen sido infringidos por los Comerciantes Libres del "Reina Solar". Y Kallee, el jefe de cargo, se plantó en medio del punto de contratación. El murmullo de conversaciones de los Salarikis cesó al punto, retirándose los nativos unos pasos atrás, para dejar frente a frente a los terrestres, como si presintieran un drama en el ambiente. Ni Jellico, ni Van Rycke, dijeron una palabra, esperando que Kallee hablara.

—Os habéis pasado de rosca esta vez, amigos —dijo en voz vibrante, con un acento de triunfo—Código tercero, artículo 6, o ¿es que no ha entrado en su dura cabeza el contenido de esas leyes?

"Código tercero, artículo 6...". Y Dane rebuscó mentalmente en el fondo de su memoria el contenido de aquella Ley del Servicio. Las palabras bullían en su cabeza como las que por el sistema de auto-aprendizaje se hallaban implantadas en su cerebro, durante el primer año de estudios en el Centro.

"A ninguna raza extraña deberá ningún Comerciante introducir cualquier droga, alimento o bebida procedente de otro mundo, hasta que dicha substancia haya sido comprobada y certificada como inocua."

¡Allí estaba! Aquel era el fallo que los I-S querían explotar y aquella era toda su culpa. Pero ¿por qué entonces Van Rycke se atrevía a emprender semejantes tratos, que podrían acarrearles el ser citados a la Cámara y ser expulsados del Servicio?

Van Rycke sonrió sin alterarse en lo más mínimo.

—Código cuarto, artículo 2 —replicó genialmente—. "Cualquier

substancia orgánica ofrecida para el Comercio, debe ser examinada por un comité de expertos en medicina a representación igual de terrestres y del planeta en que la transacción haya de efectuarse.”

La irónica sonrisa de Kallee no se desvaneció todavía.

—Bien —dijo en tono desafiante—. ¿Dónde están esos médicos expertos?

—¡Tau! —llamó Van Rycke, dirigiéndose al doctor del “Reina Solar”, que se encontraba con los sacerdotes de las tormentas—¿Quiere rogarle a su colega que tenga la bondad de presentarse al jefe de cargo, Kallee?

La figura joven y alta del médico terrestre se dirigió al sacerdote que tenía a su lado y juntos se acercaron a Van Rycke, haciéndose ostensibles en medio del círculo iluminado, al pie de la espacionave. Jellico y Van Rycke inclinaron la cabeza en señal de respeto, hacia los sacerdotes, como hizo su sacerdote principal respecto a ellos.

—Lector de las nubes y dominador de los vientos —dijo Tau, saludando al sacerdote principal, con los títulos propios de su cargo en Sargol—, ¿puedo traer a su presencia el rostro del jefe de cargo, Kallee, un servidor de los Inter-Solares, en el Reino del Comercio?

El sacerdote mostró su cráneo, rapado como si fuera de brillante acero gris, a la luz de los reflectores. Sus ojos de color azul verdoso, miraron al hombre de la I-S con un desdén visible.

—¿Quería usted verme?

—Estos Comerciantes Libres —dijo Kallee —han introducido entre su pueblo una droga poderosa, que les acarreará un gran mal —concluyó hablando despacio y con palabras simples como si se dirigiera a un chiquillo.

—¿Y tiene usted la evidencia de ese mal? —replicó el sacerdote—. ¿En qué forma supone usted que actúa dañinamente esa nueva planta?

Kallee pareció desconcertado por un momento. Pero se rehízo rápidamente.

—No ha sido comprobada... usted no sabe en qué forma afectará a su pueblo.

El sacerdote sacudió la cabeza con impaciencia.

—Nosotros no carecemos de inteligencia, comerciante. Esta planta ha sido ya comprobada, por parte de este maestro de los secretos de la vida de la Tierra y por nosotros. No hay en ella daño alguno, al contrario, es una cosa excelente y extraordinaria, de un alto valor, tanto, que les damos las gracias por haberla traído a nosotros. No tenemos otra cosa que hablar.

Dejó caer la capucha sobre sus facciones y volvió con los suyos.

—Y ahora —dijo Van Rycke, dirigiéndose hacia el grupo de los I-S—, debo pedirles nuevamente que se marchen en el acto. De acuerdo con las leyes del Servicio, su presencia aquí resulta altamente delictiva.

Kallee había perdido ya toda su seguridad.

—Usted no ha oído todavía la última palabra sobre este asunto. Un informe especial ha sido ya enviado a la Cámara.

—Como usted quiera. Pero mientras tanto... —dijo Van Rycke, haciendo

un gesto de despedida y al propio tiempo dirigiéndose hacia los Salarikis que empezaban a murmurar impacientemente.

Kallee miró a su alrededor, se dio cuenta del general ambiente de hostilidad que les rodeaba e hizo el único gesto posible: alejarse del "Reina Solar".

Dane aprovechó la ocasión para tirar de una manga a Tau y preguntarle qué había ocurrido desde que se marchó de la espacionave hasta que había vuelto a escena.

—¿Qué ha ocurrido con la hierba gatera?

La expresión habitualmente seria de la cara de Tau se iluminó por un instante.

—Afortunadamente para usted, el muchacho llevó las hojas al sacerdote de las tormentas. Ellos las comprobaron, y dieron su aprobación. Particularmente, no veo que pueda causar ningún efecto nocivo. Pero usted tuvo un gesto afortunado, Thorson, ya que pudo haber ido a otra parte cualquiera.

Dane, dejó escapar un suspiro de alivio.

—Me lo figuro, señor —confesó—. No trataba de justificarme.

Tau sonrió levemente.

—Todos estamos expuestos a cometer acciones precipitadas a veces —concedió—. Sólo que la próxima vez...

No terminó la frase, porque Dane le interrumpió:

—No habrá otra próxima vez como esta, señor. ¡Nunca!

CAPITULO IV

LA CAZA DEL GORP

Aquella interrupción había alterado a pesar de todo, el clima de las transacciones. El pequeño jefe de clan que tan vivamente había tomado el lugar de Paft, tenía sólo dos piedras Koros que ofrecer, y hasta para los ojos poco experimentados de Dane, resultaban inferiores, en tamaño y en color, a las demás que los otros clanes habían comerciado. Los terrestres sabían y estaban advertidos de que la extracción de las gemas Koros era un trabajo muy peligroso; pero no pudieron figurarse que la cantidad que existiera disponible fuera tan exigua. En diez minutos más se concluyó la última transacción y los hombres de los clanes se marcharon lejos del espacio descubierto que ocupaba el "Reina Solar".

Dane enrolló el paño simbólico de las transacciones comerciales y se alegró íntimamente de la tarea realizada. Sentía que todavía se hallaba bastante lejos de volver a la complacencia de su jefe. El hecho de que su superior no había discutido con él ninguno de los aspectos de las

transacciones era un mal signo.

El capitán Jellico se sintió satisfecho. Aunque no era hombre de hallarse corrientemente de buen humor parecía hallarse en paz con el mundo entero.

—Bien, esto parece que es todo. ¿Cuál ha sido el resultado, Van?

—Diez gemas de primera clase, aproximadamente unas cincuenta de segunda y unas veinte, de tercera. Los jefes de clan irán mañana a buscar más. Entonces podríamos hacer el copo realmente.

—¿Pero hasta dónde darán de sí las hierbas del hidro-jardín? —Aquello interesaba también a Dane. Seguramente que las escasas plantas y las hojas secas de que disponían no darían mucho juego.

—Creo que tanto como podamos esperar —repuso Van Rycke con el ceño fruncido—. Pero Craig cree que está sobre la pista de algo que podrá ayudarnos...

Los sacerdotes de las tormentas, terminada su misión, se habían marchado y Tau volvió a reunirse con el grupo de la espacionave en la rampa del "Reina Solar".

—Van dice que tiene usted una idea —indicó el capitán Jellico.

—No la hemos puesto en práctica todavía; y no lo haremos a menos que los sacerdotes lo permitan...

—Por supuesto —convino Jellico.

Dane supuso que el inconveniente estaría relacionado de algún modo con su conducta. Bien, no tendrían que volver a preocuparse, jamás volvería a cometer tal equivocación, de eso ya podrían estar bien seguros.

Dane formó parte de la conferencia que siguió en la cabina de mando, creyendo que sólo a título de ser un miembro de la tripulación. Hasta dónde pudo llegar la razón para haber caído en desgracia, era algo que ignoraba; pero no hizo la menor insinuación a nadie, ni incluso a Rip.

El doctor Tau compartía su alojamiento con Mura, como un eficiente lugarteniente. Estuvieron discutiendo las propiedades de la hierba gatera, y se hizo informar de la limitada cantidad disponible que llevaba a bordo el "Reina Solar". Y entonces, dejó escapar una nueva sugestión.

—Los felinos de la Tierra y, de hecho, otros muchos mamíferos, tienen una singular afinidad a este respecto.

Mura mostró un pequeño frasco y Tau lo abrió, pasándolo al capitán Jellico y a todos los miembros reunidos de la tripulación. Todos percibieron el fuerte aroma del pequeño recipiente. Era mucho más penetrante que el producido por la hierba gatera y Dane no estuvo seguro de que le gustara. Pero un segundo más tarde, "Simbad" saltaba a la mesa aproximándose con ansiedad felina al frasco. Maulló suplicante, dirigiendo sus pequeñas zarpas hacia el frasco de Frank Mura. Mura lo apartó y puso al gato en el suelo.

—¿Qué es eso? —quiso saber el capitán.

—Anisete, un licor hecho con aceite esencial de anís, de las semillas de la planta del anís, conocida también como matalauva en otros países de la Tierra. Es un estimulante; aunque se usa principalmente como condimento. Si no es

nocivo para los Salarikis, puede ser un elemento de la mayor importancia para comerciar con los nativos mejor que cualquier perfume o especias que importen los del I-S. Hay que recordar que ellos, con su capital ilimitado, pueden inundar el mercado con productos inasequibles para nosotros, aunque tengan que venderlos con pérdida con tal de apartarnos de la competencia. Su nave no ha salido de Sargol, aun no teniendo derecho legal alguno a permanecer aquí.

—Esa es la cuestión —añadió Van Rycke—. Los Eysies están comerciando o quieren hacerlo con perfumes. Pero ellos sólo disponen de productos manufacturados, cosas exóticas; pero sintéticas. —Y se sacó del bolsillo dos pequeñas cajitas.

Antes de que hubiera podido oler el rico perfume escondido en su interior, Dane ya lo había identificado como un artículo de lujo de "Casper", productos químicos de gran venta a altos precios en los lugares civilizados de la Galaxia. El jefe de cargo dio la vuelta a los envoltorios mostrando el símbolo en la tapa, la marca de I-S.

—Me los ofrecieron los mismos Salarikis. Los tomé, precisamente para tener la prueba de que los Eysies están operando en Sargol. Pero hay que tener en cuenta que los ofrecieron junto con dos piedras Koros, a cambio de una cucharada llena de hojas secas de hierba gatera. ¿No les sugiere esto algo?

—Pues sí, los Salarikis prefieren los productos naturales a los sintéticos —respondió Mura.

—Así lo creo también.

—.¿Suponen ustedes que ese fue el secreto de Cam?—sugirió el astrogator, Steen Wilcox.

—De ser así ciertamente lo tuvo bien guardado. Si lo hubiésemos sabido antes...

Todos pensaron en lo mismo, en haber tenido toda la capacidad útil de carga de la espacionave llena de aquellos artículos vitales. ¿Quién podía haber supuesto que hubieran podido traer veinte veces más cantidad de hierbas con un fabuloso poder adquisitivo?

—Puede ser que ahora, que su resistencia a vender ha cedido, podríamos intentar venderles otros objetos atrayentes.

Tang Y a, que había dejado sus amados comunicadores electrónicos, para acudir a la conferencia, sugirió:

—A los Salarikis les gustan los colores fuertes... ¿Qué tal les parece ofrecerles esas piezas que trajimos de seda de Harlinian?

Van Rycke suspiró preocupado.

—Oh, podemos intentarlo. Sacaremos todo cuanto tengamos. Hemos podido haberlo hecho muchísimo mejor... —Y no pudo por menos de reprocharse el no haber venido provisto de los artículos necesarios, dadas las circunstancias.

Se oyó un carraspeo de alguien que deseaba hablar, pidiendo excusas para hacerlo. Era Jasper Weeks, el mecánico de la sección de motores de la

espacionave, un venusiano de la tercera generación de los colonizadores de aquel planeta, y que se dirigió a la reunión con una voz dulce.

—Cedro, lacas, semillas de flores y de hierbas...

—Canela —añadió Mura a la lista—. Sí, eso es, canela importada en grandes cantidades...

— ¡Naturalmente! Pero el problema consiste en saber cuánta madera de cedro, lacas, semillas y canela tenemos ahora a bordo! —dijo Van Rycke.

Las palabras del jefe de cargo no parecieron afectar al pequeño Weeks que ante la sorpresa de todos, salió de la cabina. En los segundos que siguieron, todos pudieron oír el ruido de las pisadas metálicas de sus botas en las escaleras de la espacionave descendiendo hasta el cuarto de máquinas del "Reina Solar". Tang se volvió hacia su vecino de mesa, Ohan Stotz, el ingeniero del "Reina Solar"

—¿Adónde ha ido?

El ingeniero se encogió de hombros. Weeks era un hombre que tenía la virtud de desvanecerse a cada momento por cualquier rincón de la espacionave. Debido a su corta talla apenas llamaba nunca la atención. Pero en seguida se oyó el ruido de los pasos del joven venusiano, de vuelta. Entró decididamente en la reunión. Traía en las manos una caja de acero rectangular. Era un acero plastificado, que protegía contra cualquier influencia exterior su contenido. Weeks depositó la caja sobre la mesa y destapó la cubierta.

Un nuevo aroma, que era el resultado a su vez de varios aromas, se añadió a los ya existentes en la cabina. Quitó con cuidado una cubierta de una substancia plástica y suave como la espuma del jabón y apareció una bandeja, dividida en muchos pequemos departamentos, cada uno de los cuales estaba protegido a su vez con el mismo cuidado. Los hombres del "Reina Solar" se agolparon con la mayor curiosidad reflejada en sus rostros.

En cada pequeño departamento de la primera bandeja había una figura tallada. Allí estaban presentes todas las representaciones vivientes de los polos de Venus, con sus fantásticas formas, las efigies de los animales terrestres, los ratones de arena de Marte con su monstruosa ferocidad y los animales nativos y reptiles de medio ciento de mundos diferentes. Weeks sacó una segunda bandeja que puso junto a la primera, con otra serie interminable de las más extrañas formas de vida. Casi en su totalidad, las figuritas estaban talladas en laca del planeta Venus, lo que reducía su peso, prácticamente, a nada. Era una madera azul gris brillante, algo maravilloso. La madera además, estaba intensamente perfumada. Y cada figurita de aquellos fantásticos animales yacía en su departamento sobre la hiedra marciana, una planta que crecía en los canales del planeta Marte, igualmente perfumada con un extraño y fascinante aroma. Sólo muy pocas figuras estaban talladas en una madera marrón brillante, que Van Rycke conoció en el acto.

—Canela, es el árbol de la canela de la Tierra—murmuró.

Weeks aprobó con un gesto de cabeza, vivamente, mientras los ojos le

brillaban de orgullo.

—Estoy esperando ahora encontrar otra madera preciosa, para seguir tallando.

Jellico se quedó mirando fijamente toda aquella fabulosa colección de figuras talladas con aire maravillado.

—¿Tú... tú has hecho todo eso?

Siendo como era un xenobiólogo de cierta categoría, su atención estaba fija en las formas talladas más que en el material empleado.

Todos los componentes del “Reina Solar” eran personas con aficiones particulares. La monotonía de los viajes interestelares e interplanetarios en el hiperespacio hacía tiempo que había imprimido en el ánimo de cada miembro de la dotación la necesidad absoluta de ocuparse en algo interesante, en pie ocupar las manos y la mente, durante los estériles días que transcurrían en estrecha comunidad, con apenas nada que hacer, aparte los turnos de vigilancia. La cabina de Jellico estaba literalmente repleta de fotografías en tres dimensiones de animales raros y criaturas de otros mundos que había estudiado en sus lugares de origen, guardando de ellas los más exactos informes y detalles. Tau se ocupaba de cultivar los poderes mágicos. Mura, no sólo tenía sus plantas sino maravillosos panoramas en miniatura hechos en material plastificado especial. Pero Weeks, el joven venusiano, no había mostrado nunca sus trabajos, anteriormente, y entonces lo hacía con el supremo placer del artista confundiendo a sus camaradas de tripulación.

Van Rycke volvió pronto a sus negocios, como cosa primordial.

—¿Te gustaría transferir esas cosas al “cargo”? —preguntó vivamente—. ¿Cuántas tienes?

Y Weeks, sacando una tercera y todavía una cuarta bandeja, replicó sin mirar.

—Doscientas. Sí. Lo transferiré, señor.

El capitán estaba acariciando en sus dedos y dando vueltas y más vueltas a una preciosa figurita de bicornio Astranio.

—Es lástima tener que comerciar con esto —dijo cavilosamente en voz alta—. ¿Apreciarán Paft o Halfner esto más que sus perfumes y esencias?

Weeks sonrió astutamente.

—Había previsto esta posibilidad, señor. Iba a ofrecérselas al señor Van Rycke a la ventura. Yo siempre puedo hacer otro juego igual. Y ahora... bien, lo importante es que el “Reina Solar” realice sus propósitos y tenga fortuna. ¡Lo que es cierto es que los Eysies no serán capaces de mostrar nada parecido! —concluyó con un destello de honesto orgullo.

—¡Por supuesto que no lo podrán! —repitió Van Rycke haciendo honor a lo que se lo merecía.

Continuaron haciendo planes y finalmente se separaron para irse a dormir el resto de la noche. Dane seguía temiendo que el “lapsus” sufrido no sería perdonado ni olvidado; pero entonces se hallaba tan cansado que sólo se preocupó de dormir profundamente.

Por la mañana, se presentó un reguero de Salarikis de poca categoría entre los clanes, para comerciar y ninguno de ellos tenía apenas nada que ofrecer, excepto algunas noticias. Los sacerdotes de las tormentas, como árbitros neutrales, habían dividido los terrenos de las gemas Koros. Y los hombres de los clanes, bajo la supervisión personal de sus jefes, se hallaban ocupados en buscarlas. Los terrestres sacaron la conclusión de aquellos retazos de información suministrada, de que la búsqueda de gemas Koros jamás había alcanzado semejantes proporciones antes.

Antes de caer la noche, todavía recibieron otras informaciones, y mucho más interesantes. Paft, uno de los jefes más importantes de aquella zona de Sargol, mientras supervisaba los esfuerzos de sus hombres, en una zona rica posiblemente en gemas Koros, en un banco de arena de la playa cercana, había sido atacado y muerto por un gorp. La actividad fuera de lo corriente desarrollada por los Salarikis en aquellos bancos marítimos de bajo calado habían atraído a aquellos malignos e inteligentes reptiles por batallones enteros, atacando y matando antes de que los Salarikis pudieran reaccionar debidamente y adoptar la defensa oportuna, mientras se ocupaban en preparar el terreno para la entrada de los buscadores de gemas Koros.

La pérdida más o menos frecuente de algunos buscadores de gemas era algo sentido entre la gente de su clan; pero era el precio y la contribución forzada a la aventura. Pero la muerte de un jefe importante era otra cosa diferente al tener repercusiones que iban más allá del simple hecho de su muerte física. Cuando aquellas noticias llegaron al “Reina Solar”, todos los Salarikis que merodeaban alrededor de la espacionave habían desaparecido y, por primera vez, los hombres del “Reina Solar” pudieron permanecer en aquel espacio abierto, sin ojos que les espiaran.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Alí—. ¿Cancelarán todos los compromisos comerciales?

—Eso podría ser la infortunada respuesta —convino Van Rycke.

—Podría ser —comentó Rip a Dane—, que pensaran que nosotros somos responsables en cierta medida de lo ocurrido.

Pero la conciencia de Dane, sensible a lo relativo al comercio Salariki, había llegado a tal conclusión.

El grupo de terrestres, inseguro de cuál podría ser la mejor táctica, decidió sabiamente abstenerse de dar un paso, dejando llegar los acontecimientos que pudieran producirse. Pero, cuando los Salarikis parecían haberse borrado de la zona aquella de Sargol, en la mañana del segundo día de espera, los hombres se hallaban inquietos. ¿Habría tenido lugar la muerte de Paft como consecuencia de una disputa entre los clanes, sobre la jefatura del grupo y los otros clanes se dispondrían a intervenir en la lucha? ¿O —lo que era más probable y peligroso —habrían llegado los nativos a la conclusión de que el “Reina Solar” era el responsable de la catástrofe y estaban comprometidos en preparar una bienvenida demasiado cálida para cualquier comerciante que se atreviera a visitarlos?

Con aquella idea arraigada en la mente procuraron no alejarse mucho de la espacionave. El límite de sus paseos fue el borde del inmenso boscaje formado por las altas hierbas de la vasta planicie de Sargol, lo que por otra parte les mantenía aislados por completo de los nativos.

Fue por la mañana, temprano, cuando llegó un mensajero. Era un guerrero Salariki, vistiendo su espléndida capa, llevando prendidas del hombro las insignias de su luto por la muerte de Paft. Llevaba en la mano una antorcha apagada y en la otra el cuchillo envainado. Tras él trotaban tres parejas de Salarikis igualmente con la capa ornada de luto y los cuchillos en la mano. Se detuvo en la rampa, para ser recibido por el capitán, el astrogator, el jefe de cargo y el ingeniero, los oficiales más antiguos de la espacionave.

Hablando la jerga del Comercio, el portador de la antorcha se identificó a sí mismo, como a Groft, hijo y heredero del llorado Paft. Mientras que su padre no fuese vengado con sangre, él no podría asumir la jefatura del clan ni la dirección de la familia. Y entonces, siguiendo la costumbre, invitaba a todos sus amigos y aliados del muerto jefe de clan a una cacería contra los gorps. Tal cacería de gorps, según lo que Dane pudo asumir de la explicación del joven guerrero, era algo que nunca se había planeado antes en Sargol. Salarikis sin nombre habían perecido antes, durante las pasadas generaciones, bajo las garras de los reptiles monstruosos de las aguas marinas; pero era muy raro que hubiese caído en aquella forma un jefe de clan, y sus componentes habían decidido cobrarse a un elevado precio de sangre de los asesinos del amado jefe Paft.

—...y por tanto, señores del cielo —concluyó Groft—, venimos a demandarles si quieren ustedes enviar a algunos de sus jóvenes guerreros para que nos acompañen en este desafío a muerte contra los gorps, y así conocerán la alegría de hundir el cuchillo entre sus mortíferas escamas y ver a esos monstruosos animales morir bañados en su propia y vil sangre.

Dane no tuvo necesidad de insistir mucho acerca del personal del “Reina Solar” para unirse a la expedición. Aquella era una excelente ocasión para crear un clima de amistad y casi de sentirse familias de la poderosa organización del clan Paft y cimentar sus relaciones con un lazo que ni los I-S, ni otros seres extraños de otros mundos, podrían romper. Fue realmente una ocasión de afortunada oportunidad, que no soñaron con tener tres días antes.

Van Rycke replicó, con una voz sonora y solemne, usando los mismos giros de la lengua común en que se había expresado el guerrero Salariki, y que había aprendido durante el viaje con los discos de Cam. Sí, los terrestres se unirían a ellos con el mayor placer, en tan justa y digna causa. Ellos sabrían probar la fuerza de su brazo, en cuantos malditos gorps cayeran bajo su mano. Groft sólo tenía que indicar el momento y la hora en que deberían unirse a la expedición.

El joven guerrero Salariki, futuro jefe, se apresuró a responder al jefe de cargo del “Reina Solar”, que el más viejo de los señores del cielo podría ordenarlo a su gusto. Se convino en que acompañarían a los guerreros una

hora después del mediodía de aquella misma jornada.

La elección de los Salarikis recayó sin fallar sobre los miembros más jóvenes de la tripulación del “Reina Solar”. Alí, Rip y Dane, por ese orden. Y el cuarto elemento fue el joven venusiano Weeks. Quizá porque su palidez natural nativa y su aspecto le daban un aspecto más juvenil de lo que era en realidad. La elección no fue discutida en absoluto, por temor a alterar en lo más mínimo las amistosas relaciones que aquella aventura prometía proporcionar al “Reina Solar”.

Van Rycke solicitó una concesión que le fue concedida con cierta resistencia. Recibió el permiso de llevar para él y para los hombres del espacio los bastones letárgicos usuales en la tripulación. Los Salarikis, por motivos de tradición y de orgullo, no consentían otras armas que no fueran las clásicas contra los monstruos del mar: la red y el cuchillo con empuñadura de garras.

—Id con ellos —ordenó finalmente el capitán Jellico a los cuatro elegidos —, y combatir tan lejos como os permita la seguridad de vuestro propio cuello. ¿Comprendido? Los héroes muertos no son una cosa muy interesante para conducir una espacionave. Y esos gorps no parecen juego de niños. Usad vuestro propio juicio y calculad el riesgo que corréis. Os quiero aquí vivos a todos.

Alí parecía entusiasmado y el pequeño venusiano Weeks parecía animado con un aire de combatividad guerrero que jamás había mostrado antes. Rip permanecía como de costumbre, seguro de sí mismo. Y finalmente se unieron a la expedición aventurera en compañía de Groft.

CAPITULO V

LOS PELIGROSOS MARES DE SARGOL

Los componentes de la expedición contra los gorps avanzaron entre la alta hierba de la pradera en grupos y por familias dándose cuenta los terrestres que la expedición había forzado otra tregua entre los diversos componentes de aquellos clanes del distrito, ya que representaban a diversos clanes, diferentes al de Paft. Todos los Salarikis eran jóvenes y parecían vivamente excitados. Estaba claro que aquella cacería, planeada en una gran escala, no tenía el mero significado de una venganza sangrienta contra el odiado enemigo de los mares de Sargol, también representaba una prueba de coraje y de prestigio,

Poco tiempo después de una marcha a buen paso en dirección al mar, la alta hierba empezó a decrecer en altura hasta que el inmenso verdor se aclaró en un terreno más descubierto, salpicado de trozos aislados de hierba más baja. El grupo de los terrestres marchaba por un sendero con la hierba hasta la rodilla, solamente. La mayor parte de los Salarikis llevaban antorchas

apagadas, algunos hasta con cuatro o cinco en un manojo, como si la lucha contra los gorps hubiera de prolongarse hasta después del crepúsculo y en plena noche. Fue ya al atardecer, en las proximidades del crepúsculo vespertino, cuando la expedición avistó uno de los mares de bajo calado de Sargol.

El agua era de un color gris metálico y aparecía encalmada, salpicada aquí y allá por manchas de color púrpura, como si un artista surrealista hubiera tocado con un pincel la superficie en caprichosos dibujos. La arena de un rojo brillante relucía con reflejos dorados al contacto de la luz solar y unas olas imperceptibles con apagado rumor venían a romper contra la playa arenosa, rojo brillante. Las islas de que estaba salpicado aquel mar surgían aquí y allá coronadas por la alta hierba dominante en Sargol, meciéndose al impulso del viento. Llegaron hasta la misma playa, donde una gran mancha púrpura tocaba la orilla, dejando un depósito espumoso. Los terrestres se dirigieron hacia el mismo filo del agua. En los lugares en que el agua estaba clara, podían advertir el mismo fondo, a retazos; pero aquella espuma espesa tapaba la visión del observador casi en la totalidad y Dane imaginó si los gorps utilizarían astutamente aquel Camuflaje general como una cubierta protectora.

Por el momento los Salarikis no hicieron intención de acercarse hacia el mar, que tenía que ser el lugar de la cacería. En su lugar, los miembros más jóvenes, algunos de los cuales eran adolescentes y que aún no ostentaban la categoría de hombres, al no llevar todavía el cuchillo de empuñadura de garras, se extendieron a lo largo de la playa y se pusieron afanosamente a recoger las maderas arrastradas por la corriente, que amontonaron en la playa. Dane observando aquella recolección de maderamen le echó la vista encima a un trozo suavemente pulimentado. Llamó la atención de Weeks para que se fijara en aquel palo cilíndrico.

Los ojos vivaces del venusiano brillaron de interés y recogió el madero. Mientras que los demás procedían de los árboles herbosos corrientes de Sargol, aquél era algo distinto. Entre la pila de troncos y ramajes, aquél parecía estar animado de un color de fuego. A él le pareció de color escarlata. Weeks le dio vueltas entre las manos, pasando los dedos cuidadosamente por la superficie. Aún en rústico, era de una gran belleza. Detuvo al próximo Salariki que pasó junto a él.

—¿Qué es esto? —le preguntó en la lengua común.

El nativo echó un vistazo indiferente al trozo de madera.

—Tansil —respondió—. Crece en las islas. —E hizo un gesto vago incluyendo en él a una gran sección del mar occidental y continuó seguidamente ocupado en su recolección de ramajes y palos.

Weeks continuó interesado en unión de Dane, en !a búsqueda de aquella extraña forma de madera. Después de un cuarto de hora de pesquisas entre los montones apiñados en la playa y a los que les iban poniendo fuego los nativos, Weeks pudo encontrar hasta diez piezas distintas de madera tansil entre el maderamen. Los hallazgos incluían desde un trozo de unos tres pies y

de unas cuantas pulgadas de diámetro hasta algunas frágiles y delgadas ramitas no más grandes que un portaplumas corriente; pero en todas ellas predominaba el brillante pulimento y el cálido colorido, rojo de fuego. Weeks las dejó cuidadosamente apiladas en un sitio aparte, antes de reunirse con el grupo más próximo de Salarikis que estaban poniendo en práctica la técnica de la caza del gorp.

A cosa de unos doscientos pies más allá, había un arrecife ostensiblemente recubierto de la espuma opaca que impedía ver el fondo y que surgía de la playa en un ángulo con el mar, que formaba un rompiente natural. Aquel fue el punto de ataque. Primero, la película purpurea fue apartada de la superficie del agua, para que los habitantes de Sargol y los del mar pudieran encontrarse en términos de igualdad.

Se puso fuego a la madera recogida, surgiendo pronto unas llamas voraces, de cuya hoguera los Salarikis tomaban ramas encendidas con las cuales se adentraron en el mar, prendiendo fuego a las manchas oleosas de color púrpura. El fuego prendió inmediatamente en aquellas manchas aceitosas, que se propagó con rapidez a todo lo largo de su extensión. El humo y el olor acre del incendio hacía que los Salarikis tosieran y escondieran de tanto en tanto la nariz en sus cajas perfumadas.

Allí donde el fuego había consumido las manchas oleosas de la superficie, el mar presentaba su natural aspecto gris metálico, aclarando los contornos. Los Salarikis de más edad comenzaron a encender las antorchas que habían transportado. Groft se aproximó a los terrestres, entregándoles cuatro de aquellas antorchas.

—Son para que las usen ustedes...

¿Para qué serviría aquello? —se preguntó Dane. El cielo estaba bien iluminado todavía con la luz del sol. Esperó a ver de qué forma los Salarikis hacían uso de ellas.

Groft se puso al frente del ataque. Se deslizó cuidadosamente a lo largo del bajío con agilidad, dirigiéndose hacia el rompiente donde el mar batía sobre las rocas del arrecife. Tras él, siguieron los demás nativos, cada cual con su antorcha encendida en la mano y que dejaban plantada entre el hueco de las rocas, antes de tomar posición junto a la antorcha, como un faro de señales. Los terrestres, menos ágiles en sus movimientos a causa de las botas de la espacionave, siguieron en la misma dirección, conteniendo la respiración contra las tufaradas pestilentes que surgían del mar.

Siguiendo el ejemplo de los Salarikis, se pusieron de cara al mar, aunque Dane no tenía idea de lo que estarían aguardando de aquella forma. Cam sólo había dejado entre sus informes una vaga descripción de lo que era un gorp y nada sabían, excepto que se trataba de una bestia en forma de reptil, inteligente y muy peligrosa.

Una vez que los jóvenes guerreros Salarikis hubieron tomado posiciones a lo largo del arrecife entraron en acción una vez más. Pusieron fuego con las antorchas a las manchas alejadas de la superficie oleosa, lanzándolas con

todas sus fuerzas en todas direcciones. El color gris acerado de la superficie líquida se tomó entonces amarillento con la reflexión del sol poniente. En seguida las manchas de espuma se volvieron mucho más brillantes con aquel color oro y ocre de las antorchas, flotando entre las otras manchas de la superficie. Dane tuvo que cerrar a medias los ojos ante aquel inmenso resplandor y trató de vigilar la superficie del agua, teniendo la presunción clara que aquella maniobra era una provocación y que lo que pretendían cazar surgiría así a su vista en cualquier momento.

Dispuso, pronto para su empleo, su bastón letárgico, de igual forma que los Salarikis estaban prestos al ataque con sus cuchillos de empuñadura de garras a la mano, mientras que con la otra tenían dispuesta la red para atrapar la víctima que deseaban matar a toda costa. Y fue en el extremo más lejano del arrecife y que Groft había solicitado como puesto de honor para él, donde el gorp surgió primeramente. Al oír el salvaje grito de desafío, Dane dio media vuelta para ver al noble Salariki lanzar su red al nivel del mar y en seguida apuñalar furiosamente a su enemigo, con golpe certero y ya experimentado. Cuando levantaba el brazo, para descargar un segundo golpe de cuchillo, Dane observó que por el brazo de Groft corría la sangre verdosa del monstruo.

—¡Dane!

Thorson volvió la cabeza hacia el lugar indicado. Observó un suave movimiento ondulatorio en la superficie del agua y esperó cautelosamente a distinguir algo más concreto que le sirviera de objetivo visible. Afirmó los pies en el suelo y ni los Salarikis ni él se movieron del lugar que ocupaban, siguiendo al ritual y la etiqueta de aquella cacería del gorp. Cada hombre esperaba ver surgir ante él al monstruo desafiado, a quien debería matar sin ayuda de nadie. Y de la destreza que pudieran desplegar los terrestres, dependía, en los próximos minutos, toda su reputación y su prestigio. Ahora, se distinguía una línea de sombras bajo la superficie del agua, pero Dane no pudo distinguir nada claro, por la distorsión del pequeño oleaje. Tenía que esperar hasta hallarse completamente seguro.

Y en seguida, aquella cosa surgió repentinamente a pocas pulgadas de sus pies, y una criatura marítima, como una pesadilla, surgió del mar plateado. Tenía unas garras tan largas como sus propios brazos y tendían salvajemente hacia él como si quisiera deshacerlo con ellas. Sin tener conciencia de sus actos, actuando por puros reflejos, Dane apretó el botón de su bastón letárgico y lo apuntó en dirección a aquel horror del mar.

Pero ante su total asombro, aquel monstruo no cayó nuevamente hacia atrás, como Dane esperaba. En su lugar, las enormes garras batieron nuevamente, esta vez dirigidas a los pies de Dane, mostrando estar compuestas de una materia arrugada que los más afilados cuchillos no hubieran podido atravesarla.

—¡Pégale de firme! —le gritó Rip, animándole, desde el puesto que ocupaba algo más allá, en el arrecife.

Dane presionó el disparador una vez y otra. Las garras se abrían y cerraban

atacándole una vez y otra también, mostrando una boca monstruosa guarnecida de terribles dientes. Ya estaba casi por completo fuera del agua, agarrándose a las rocas con diversas patas articuladas, parecidas a las de un cangrejo gigante, con las garras extendidas en la extremidad de sus miembros articulados, tratando de alcanzar a Dane. Repentinamente se detuvo, moviendo la cabeza de un lado a otro, dentro del caparazón escamoso que constituía su armadura natural. Se agachó un momento como si se dispusiera a lanzarse en un ataque final, un ataque que habría arrastrado a Dane al fondo del mar.

Pero el ataque no llegó nunca. En su lugar, el gorp se retorció sobre sí mismo escondiendo todas sus defensas hasta que dio la sensación de una enorme bola cerrada protegida de una armadura indestructible, y allí permaneció.

Los Salarikis que estaban en los puestos laterales de Dane dejaron escapar un grito de triunfo. Uno de ellos sacudió su red, como en una sugerencia, viendo que el terrestre estaba a falta de aquel elemento, que se consideraba esencial en el equipo de combate contra el gorp. Dane aprobó con la cabeza vigorosamente, y con rapidez y destreza, el Salariki le tiró la red cubriéndolo. Pero estaba tan bien protegido, con aquella cubierta escamosa, que no quedaba un lugar disponible para rematarlo de una cuchillada. Habían capturado un gorp, pero no lo habían matado.

Sin embargo, los Salarikis parecían encantados. Algunos de ellos abandonaron sus puestos para ayudar a los chicos a arrastrar al monstruo afuera, donde fue depositado en la playa, sujeto por estacas clavadas alrededor de la red. Pero la expedición de caza tuvo poco tiempo para regocijarse de aquel golpe de fortuna. El gorp muerto por Gorft y el puesto fuera de combate por Dane, eran sólo la vanguardia de un ejército enemigo y a los pocos momentos, los cazadores que nuevamente se encontraban sobre el arrecife, se las tuvieron que ver con un bárbaro asalto de muchos otros monstruos que atacaban ferozmente con sus garras y su diabólica capacidad de lucha.

Dane volvió la cabeza, al oír un terrible grito de agonía, justo para ver cómo un Salariki, apresado por las garras de un gorp, era arrastrado al fondo del mar. Era demasiado tarde para salvar al cazador, aunque Dane, inclinado hasta el mismo filo del arrecife, apuntó y disparó un haz de rayos paralizantes en la dirección de las aguas ensangrentadas. Si el gorp fue afectado por aquel ataque, era cosa que no pudo saberlo, ya que atacante y atacado, desaparecieron a la vista de todos.

Alí tuvo más fortuna, rescatando al Salariki que se hallaba a su lado, y el nativo, desfallecido y sangrando de una enorme herida en el muslo, fue puesto en seguridad. El gorp era, mientras tanto, literalmente cosido a puñaladas por los cuchillos vengativos de los cazadores próximos.

La lucha continuó en una serie de duelos individuales, que se llevaban a cabo a la luz de las antorchas, pues la noche ya había caído sobre la escena. Las últimas manchas oleosas se habían quemado totalmente, reduciéndose a la

nada. Dane encendió la suya que situó en su proximidad, sin quitar los ojos de otro suave movimiento rectilíneo en su dirección, que prometía el ataque de un nuevo gorp. Había una tal salvaje confusión de lucha a lo largo del arrecife que ya no tenía idea de cómo tendría que comportarse en lo sucesivo. Pero ningún otro gorp mostró deseos de emerger en su puesto. Dane salió nuevamente de su abstracción por otro nuevo grito de profundo terror. Y era un grito que desde luego no provenía de ningún Salariki. Se incorporó asombrado. Rip ocupaba un puesto a cuatro hombres más de distancia. Sí, allí estaba el ayudante del astrogator, con su alta silueta destacándose claramente a la luz de las antorchas. ¿Sería Alí? ¿O Weeks? Pero pudo también ver a sus dos camaradas de tripulación. Otro segundo alarido de terror atravesó la noche, haciendo estremecerse a los terrestres.

—¡Vuelve aquí! —gritó Weeks, el pequeño venusiano, gesticulando vigorosamente hacia el borde del arrecife. Los jóvenes Salarikis que se ocupaban de alimentar el fuego, se reunieron a la orilla del bajío.

Alí corría dando saltos con el agua hasta las rodillas. Dane observó los disparos luminosos de su bastón letárgico, dirigidos hacia el centro de un arco convertido en espuma, en el área que ocupaba Alí. Un tercer grito se apagó en un sordo ronquido y los Salarikis se lanzaron al mar con las redes desplegadas capturando y arrastrando otra masa obscura e inmóvil.

El hecho de que un gorp hubiera sido abatido en el interior del agua, causó una gran impresión en los nativos. Tras un minuto de indecisión, Gorft dio la señal de terminar la cacería, que había terminado con unos espantosos trofeos. Dane contó hasta siete gorps muertos, sin contar con el que tenían prisionero en la playa. Y algunos más se habían vuelto al mar para morir en él. De otra parte, dos Salarikis habían muerto, uno que había sido engullido por el mar ante sus propios ojos, y finalmente otro estaba mal herido. Pero ¿quién se habría manifestado con tal terror en los bajíos? ¿Alguien enviado quizá desde el "Reina Solar".

Dane corrió a lo largo del arrecife, sin preocuparse de la antorcha, y a los pocos momentos Rip se le había unido. El hombre que yacía sobre la arena, gimiendo dolorosamente no pertenecía al "Reina Solar". Su túnica rota y ensangrentada, cubriendo los lacerados hombros del caído, mostraba el emblema de los I-S. Alí se puso inmediatamente a curarle las heridas, sacando de su cinturón los elementos más precisos para una cura de urgencia. Por lo demás, el herido se mostró tozudamente silencioso... o no podía o no quería responder a ninguna pregunta de cuantas le fueron hechas.

Finalmente, ayudaron a los Salarikis a construir tres parihuelas. En la mayor fue depositado el gorp, encerrado sobre sí mismo y envuelto por su terrible caparazón, envuelto por las redes, en otra, al Salariki herido y en la tercera, al hombre de los I-S.

—Lo entregaremos a su propio navío —decidió Rip—. Tiene que haber venido aquí como espía. —Y preguntó a uno de los Salarikis, dónde podrían encontrar la espacionave de la Compañía I-S.

—Esa gente puede suponer que somos responsables nosotros —aclaró Rip —. Si le llevamos hacia nuestro “Reina Solar”, la cosa podrá complicarse más todavía. Vamos a llevarle a su espacionave, aunque sea cosa que me disguste tanto.

Con un muchacho Salariki por guía con una antorcha en la mano, se dieron prisa cortando un camino transversal hacia la espacionave de los Inter-Solares. Afortunadamente, aquella nave estaba mucho más cerca de la playa que el “Reina Solar”.

Aunque el navío estelar de la Compañía era más bien de un tipo pequeño, de los que usualmente empleaba, era no obstante un tercio mayor que el “Reina Solar”, un tercio más de capacidad, sin duda, que emplearían como depósito de mercancías para comerciar. A su lado, el “Reina Solar” parecía pequeño y esmirriado. Pero ningún Comerciante Libre habría llevado por nada del mundo las insignias de la Compañía.

Ninguno de los hombres del Comercio Libre podría soportar las costumbres y las normas de la gran asociación comercial de la Compañía. La vida de los Comerciantes Libres estaba impregnada de aventura, de libertad, de iniciativa y todos eran hombres decididos, medio aventureros y medio pioneros, descubridores y conquistadores de nuevos mundos, nuevos horizontes, nuevas perspectivas. El antagonismo entre ambos sistemas ya hacía tiempo que existía latente; pero la Compañía seguía manteniendo una cortés guerra fría contra sus competidores pareciendo, no obstante, ignorarlos más bien a lo largo del infinito espacio abierto en la Galaxia. Los Comerciantes Libres tomaban sus propias rutas y apenas había disputas, salvo en casos como el surgido en Sargol, donde repentinamente surgía a la vista una rica presa, tan rica y tan poderosa como para atraer la ambición de un gigante.

El grupo que conducía al I-S, en las angarillas, llegó con aire de desafío a la rampa de la espacionave de la Compañía. Rip solicitó ver inmediatamente al oficial de guardia y entonces, le contó someramente lo ocurrido sobre aquel hombre herido de su tripulación, según las noticias que tenía. El Eysie se dio prisa volviendo a bordo de la espacionave, sin dignarse dirigirle una palabra de agradecimiento, ni a él ni a sus acompañantes.

—¡Valiente gentuza! —dijo Rip, encogiéndose de hombros—. Vámonos antes de que vuelvan y nos busquen complicaciones.

—Son corteses, ¿verdad? —dijo el venusiano Weeks con su dulce voz.

—¿Qué podéis esperar de los Eysies? —comentó acremente Alí con desprecio—. Para esa gente, los Comerciantes Libres son unos vagabundos del espacio. Volvamos a nuestra “Reina Solar”.

Y se volvieron, dando un ligero rodeo, hacia su espacionave, informando al capitán Jellico de lo ocurrido.

Pero no quedaron satisfechos con Groft ni con su grupo de cazadores. A la mañana siguiente, no apareció ningún Salariki para comerciar. En su lugar, se presentó una segunda delegación, esta vez compuesta por ancianos y

sacerdotes de las tormentas, que visitó la espacionave con una invitación para que acudieran a presenciar los actos del funeral de Paft, un rito que normalmente debería ser seguido de la elevación de Groft a la categoría de la jefatura de su padre muerto, ahora que ya estaba vengado. Y, por las indicaciones hechas por los miembros de la delegación, estaba claro que la presencia de los terrestres que habían formado parte de la expedición contra los gorps se estimaba de acuerdo con la tradición Salariki.

Los terrestres discutieron largamente sobre las dos personas que deberían quedarse de guardia en la espacionave y el resto se perfumó intensamente, con objeto de no alterar sus nuevas y cordiales relaciones. Y nuevamente, cerca del mediodía, la escolta Salariki enviada en su honor, llegó hasta el filo del boscaje que rodeaba al “Reina Solar”, siendo advertida por Mura y Tang.

Con un heraldo abriéndoles paso, se dirigieron en sentido opuesto al centro comercial, a través de la inmensa floresta, hasta llegar a una amplia sección del terreno, de varias millas de amplitud, que había sido rigurosamente desprovista de toda vegetación que pudiese cobijar a cualquier enemigo en acecho. En el centro de aquella enorme explanada, se erguía una empalizada de doce pies de altura, de la madera rojo brillante y pulimentada que tanto había llamado la atención de Weeks en la orilla del mar. Cada estaca era el tronco de un árbol y había sido afilado en la punta como una lanza. En el terreno que rodeaba la empalizada, se extendía una profunda zanja, cruzada por un puente de planchas de madera, que daba a la entrada del recinto, movible a voluntad. Cuando Dane pasó por encima, miró hacia abajo y el foso estaba seco en el fondo. Los Salarikis no dependían del agua para su defensa, sino de algo que había comprobado la noche anterior al respecto. La espuma, altamente inflamable que los cazadores habían quemado sobre la superficie del agua en el mar, había sido traída tierra adentro en grandes cantidades y yacía como una espesa capa varios pies más abajo. Todo lo que se necesitaba era lanzar una antorcha encendida para crear en el acto un muro de fuego, con el que defenderse de cualquier enemigo. Los Salarikis conocían muy bien la forma de utilizar sus propios recursos.

CAPITULO VI

EL DESAFÍO DE LOS DUELISTAS

En el interior de la roja empalizada, existía una populosa comunidad. Los Salarikis amaban la vida privada en cierta forma y aunque los guerreros, no casados, estuviesen desprovistos de barracas, cada uno tenía su refugio particular. Así, los habitáculos de ladrillos fabricados con barro cocido y madera de una población perteneciente a un clan no se diferenciaba mucho de las celdas geométricas de una colmena. Aunque el clan de Paft era considerado como numeroso, albergaba solamente unos doscientos miembros guerreros con sus numerosas esposas, chiquillos y sirvientes cautivos. No todos vivían generalmente en la población; pero se habían reunido allí por los funerales del jefe muerto, lo que significaba la presencia de casi una población doble de la usual dentro del recinto de la empalizada roja. Los terrestres fueron guiados hacia la Gran Sala, que era el corazón del clan.

Casi en igual forma que en el centro de contratación, la sala era un recinto circular a cielo abierto; pero dividido en numerosos sitiales con elevados postes de madera roja, cada uno de los cuales sostenía un cesto metálico lleno de material inflamable, Allí no había las mesas ni los bancos del centro de contratación comercial. Una vasta mesa circular rodeaba todo el recinto a lo largo de la pared. Frente a la entrada, se hallaba la silla del jefe, elevada sobre dos escalones de madera. Aunque la ceremonia no había comenzado todavía, los terrestres pudieron comprobar que la mayoría de los asientos se hallaban ocupados, a su llegada.

Los terrestres fueron conducidos a todo lo largo del perímetro del recinto, para situarlos cerca del asiento del jefe. Van Rycke se sentó con un murmullo de satisfacción. Estaba claro que los Comerciantes Libres se hallaban considerados entre la nobleza del clan. Aquello les aseguró la posibilidad de realizar un buen comercio, en los próximos días.

Otras delegaciones de los clanes próximos fueron llegando en grupos cerrados, de diez a doce personas que ocuparon los sitios ya reservados de antemano. Dane observó que los clanes no se mezclaban entre sí y, por lo que pudo conocer más tarde, había buenas razones para conservar tan saludable precaución.

—Esperemos que nuestra adaptación universal siga funcionando —murmuró Alí, mirando con no muy buenos ojos a la sucesión de grandes fuentes de alimentos que comenzaron a llegar.

Los Comerciantes Libres habían ya aprendido hacía tiempo que la parte

más difícil de sus tratos con criaturas de otros mundos no consistía en tomar bebidas que podían trastornarles la cabeza sino la ingestión de alimentos extraños para los cuales su metabolismo terrestre no estaba debidamente acondicionado. Pero la costumbre les había hecho adaptarse, hasta donde era posible. Los Comerciantes Libres habían, así, adquirido la fama de tener un estómago de pájaro, capaz de digerir las cosas más distintas y absurdas.

Gorft todavía no había ocupado su sitial, vacante por la muerte de su padre el jefe muerto, y permanecía en el centro de la tabla redonda, dirigiendo a los cautivos que estaban encargados de ir sirviendo los alimentos. No lo ocuparía hasta el mágico momento en que su clan lo proclamara su señor absoluto, mientras debería permanecer como el hijo mayor de la familia, desprovisto de poder.

Cuando acabó el interminable desfile de fuentes y platos con comida y frutas, las cestas metálicas de los pilares fueron encendidas, esparciéndose por todo el ámbito un humo aromático que olía fuertemente a lavanda y que se agregó a los demás pesados perfumes de la concurrencia. Los terrestres tenían a intervalos que acudir a sus botellas de sales volátiles para aclararse la cabeza.

Dane se alegró de hallarse en un espacio abierto, en donde el humo acababa perdiéndose en la atmósfera, ya que de haberse hallado en un recinto techado habría sido imposible imaginar el resultado. La razón de aquella especulación mental la encontró en la danza que entonces empezó en el centro del recinto, que recordaba la lucha contra los gorps, y cuyos pasos rituales señalaban el manejo de la red y los golpes de cuchillo a sus mortales enemigos. El baile ritual lo formaba un Salariki equipado para la caza del gorp y otro danzante enmascarado representando al monstruoso enemigo de los mares.

Y como telón de fondo, se hallaba sujeto fuertemente a un poste el gorp que Dane había atontado en el arrecife, envuelto en redes y cuerdas y con los dos brazos articulados delanteros forrados de una espesa pasta que le inutilizaban las poderosas garras. El gorp, vivo y despierto, se movía frenéticamente de adelante a atrás, frente al sitial del jefe del clan. Movía sus fauces asesinas inútilmente y de tanto en tanto se escapaba de su horrible garganta un silbido fuerte y agudo como el de una gran serpiente terrestre. Aun estando totalmente a merced de sus enemigos daba todavía la impresión de una fuerza colosal y amenazadora.

La vista del viejo enemigo mortal de los Salarikis enardecía a los guerreros que se inclinaban a través de la mesa redonda para gritarle los peores insultos. Dane imaginó que raramente habrían tenido los Salarikis la oportunidad de ver en aquellas condiciones a un gorp vivo entre sus manos, lo que constituía una oportunidad única. Los terrestres desearon sinceramente que aquel monstruo se lo hubiese tragado el mar de donde procedía. No le olía aquello a nada bueno, sobre todo después de haberlos visto al borde de los bajíos y las leyendas que sobre los gorps había escuchado; pero se abstuvo de mostrar

ningún gesto que traicionara sus pensamientos ni comentó lo más mínimo con sus vecinos de mesa.

Un sacerdote de las tormentas puso fin al griterío enardecido de los guerreros. Su capa parda puso una nota sombría entre el colorido de la asistencia y se dirigió rectamente hacia el lugar que ocupaba el gorp prisionero. Groft se aproximó junto al sacerdote. Con ambas manos llevó una gran copa de madera. No se trataba de la copa tallada que servía de símbolo en las transacciones comerciales, sino un artefacto evidentemente muy antiguo, fabricado en una madera ennegrecida y que daba la sensación de ser más antigua que el recinto y aquellas construcciones del clan.

Uno de los guerreros que había ayudado a traer hasta allí al gorp, realizó una hábil maniobra con una cuerda, para obligar al monstruo a echar la cabeza hacia atrás, casi en ángulo recto. Con gesto deliberado, el sacerdote sacó su cuchillo, el primero de hoja recta que Dane había visto en Sargol. Hizo una simple incisión en la parte blanda de los tejidos de la garganta del monstruo, recogiendo en la copa el líquido vital que se escapó de la herida del gorp.

El gorp se estremeció salvajemente, rociando las mesas próximas y los Salarikis de las inmediaciones con aquel líquido verdoso. Pero la atención de los asistentes estaba pendiente del sacerdote y de Groft. En la antigua copa negra el sacerdote vertió una substancia procedente de un pequeño frasco que se sacó del sayal. Agitó la copa durante unos momentos para mezclar el contenido y la puso en las manos de Groft.

Manteniéndola en ambas manos, el joven Groft se encaminó hacia el alto sitial del jefe, permaneciendo frente a él. Se produjo un silencio tenso entre todos los asistentes; incluso el gorp dejó de gruñir y silbar.

Groft levantó la copa por encima de su cabeza y dio un fuerte grito en la lengua arcaica de su clan. El grito fue contestado por un canto de guerra de los guerreros que estuvieron en la batalla bajo su estandarte, canto que tenía como contrapunto el batir de los cuchillos de garras sobre la mesa.

Durante tres veces, Groft recitó una especie de fórmula incomprensible para los terrestres. Permaneció un instante inmóvil y, en un rápido movimiento, levantó la copa hasta sus labios y se la bebió de un trago, volviendo hacia abajo la copa para que todos vieran que ni una sola gota había quedado en el interior. Un alarido de todas las gargantas se levantó del recinto entero. Los Salarikis se pusieron en pie, blandiendo los cuchillos sobre sus cabezas, en honor del nuevo gobernante y jefe. Groft se sentó por primera vez en el alto sitial. Su clan ya no estaba sin jefe; Groft asumía el poder de su padre muerto.

—¿Ha terminado la representación? —oyó Dane que preguntaba Stotz en un murmullo.

Y Van Rycke le contestó :

—Todavía no. Seguramente se llevará toda la noche. Aquí llega una ronda de bebidas...

—Sí, y las complicaciones, con ellas —dijo el capitán Jellico en tono

profético.

—¡Por los cuernos de Júpiter! —La exclamación había partido esta vez del tranquilo y sereno Rip, el ayudante de astrogator.

Dane volvió la cabeza para advertir la causa de la exclamación y para ser testigo de un acto social de los Salarikis.

Un joven guerrero que seguramente no haría más de un año o dos que había recibido el cuchillo de garras se había enfrentado con otro de más edad, ambos en pie en aquel momento. La piel de la cabeza y de los hombros del más viejo, estaba mojada y una copa vacía estaba tumbada sobre la mesa. Un silencio expectante corrió por toda la reunión.

—Ha tirado su bebida sobre el otro tipo —comentó Rip en un murmullo en voz baja—. Eso significa un duelo.

—¿Aquí... ahora? —preguntó Dane, que había oído hablar de las riñas y de los combates personales y de la propensión que a ellos tenían los guerreros Salarikis.

—Tendrá que ser un combate a muerte, por un insulto semejante —explicó Alí, sin la menor emoción en la voz, ya que desde que presenció los indescriptibles masacres del Cráter de la Guerra, no existía ya nada capaz de alterarle el pulso.

—¡El estúpido de ese muchacho! —comentó Steen Wilcox, viendo la situación desde su punto de vista de precaución natural y de quince años de experiencia en diferentes mundos—. Tendrían que llevárselo de aquí por su bien, antes de que sepa lo que va a ocurrirle...

El joven guerrero había hecho una pregunta descarada al jefe de su clan, y había sido contestada prontamente por el guerrero que ahora aparecía ofendido por haberle tirado su copa encima. Los vecinos adoptaron una postura de la mayor expectación, conocedores de las consecuencias de semejante acto. Los terrestres, a su vez, agudizaron su atención para presenciar un duelo, que sin duda iría a poner la nota destacada de una fiesta como aquella.

—Mirad allí —advirtió Rip a Dane—. Aquel tipo de la capa violeta. ¿Veis lo que ha puesto sobre la mesa?

Aquel noble a que se refería Rip, con una capa de color violeta, no era ninguno de los miembros del clan de Groft, sino que pertenecía a la delegación de otro clan distinto. Lo que había dejado sobre la mesa, indicando mientras lo hacía, su elección como vencedor en el combate al guerrero más viejo, era una pequeña pieza de material blanco, como un objeto precioso de familia. Y el vecino, para balancear el premio del vencedor, puso a su vez dos gemas, una caja personal de perfume y un anillo.

Los duelistas salieron fuera de la mesa redonda y tomaron posiciones en un espacio abierto, dispuestos a la lucha. Se despojaron de las capas y quedaron con el taparrabos. Cada uno de ellos llevaba la red en la mano derecha y el cuchillo de garras en la izquierda. Los terrestres todavía no habían presenciado ningún encuentro de un Salariki contra otro y, a despecho de ellos

mismos, adelantaron el cuerpo sobre la mesa, para presenciar interesados el resultado y las incidencias de tan singular duelo. Para los terrestres el uso de la red era cosa totalmente olvidada de las viejas civilizaciones de la Tierra, radicando precisamente en su habilidad para manejarla la categoría de un luchador Salariki. El joven guerrero Salariki, tenía una gran agilidad y presteza; pero el contrincante le ganaba en experiencia.

A los ojos de los terrestres, el duelo tenía algo de los movimientos entremezclados y ondulantes de una vieja danza ritual. Las rápidas evasiones de las redes eran algo que tenía una gracia especial y tan bien calculadas, que resultaba increíble, a veces, ver cómo escapaba el contrario de la trampa en que había caído por completo. Dane creyó que el guerrero de más edad se estaba cansando, cosa que parecía compartir el joven oponente. Y entonces se produjo un brinco a la derecha, un súbito movimiento de arrojar la red y un intento de escapar de la trampa, y en seguida una red que caía desde lo alto enfundando al enemigo de pies a cabeza y un bulto que caía rodando por el suelo pataleando y moviendo los brazos frenéticamente. Cuando la cuerda se apretó sobre el joven guerrero cazado, no hubo ya escapatoria ninguna para él.

Un grito de victoria se escapó de todas las gargantas para el vencedor. El guerrero victorioso se inclinó sobre el vencido envuelto en la red, fatalmente decidido a recibir el golpe del cuchillo en la garganta o en el pecho. Pero el vencedor no pareció deseoso de matar a su contrario, ni acabar la lucha con un derramamiento de sangre. En su lugar, se dirigió hacia la mesa, tomó una copa llena de licor y, con lentitud deliberada, fue dejando caer el líquido sobre la cara vuelta hacia arriba del vencido.

Por un momento se produjo un silencio absoluto en la concurrencia y en seguida un segundo grito unánime, que relajó la tensión existente y que hizo a los terrestres soltar el trapo de la risa. El joven vencido fue liberado de la red y se quedó de rodillas tendiendo a su oponente su cuchillo con la funda. Aquello significaba que se convertía en el esclavo de su vencedor, por un período de tiempo, que sería determinado por el consejo del clan, hasta que nuevamente fueran unidos por lazos de sangre. La solución era de lo más aceptable a los ojos de los terrestres, aunque el vencedor pudo haber matado por derecho al joven guerrero provocador del duelo. En general, la solución fue del agrado de todos, que continuaron la fiesta del clan.

El próximo centro de atracción de la fiesta fue la tripulación del “Reina Solar”. Groft se levantó de su sitial de jefe, y fue directamente hacia los terrestres, especialmente a los que le habían acompañado en la cacería de los gorps. Esta vez no había escapatoria para beberse un fuerte trago que el jefe escanció de su propia copa en las de los tripulantes del “Reina Solar”.

La bocanada de aquel horrible líquido casi dejó a Dane sin respiración, pero con un heroico esfuerzo se la tragó, pareciéndole que un ácido corrosivo discurría por su garganta, para mezclarse explosivamente con las viandas que había comido antes. La cara de Weeks, el joven venusiano, se puso blanca como una hoja de papel y Dane advirtió, con cierto regocijo, que Alí crispaba

la mano como una garra contra la mesa, lo que probaba que quedaba algo, que era capaz de alterar al imperturbable Kamil.

Afortunadamente, no existía la obligación de beberse aquello de un golpe, como Groft había hecho antes. Cumplida la ceremonia de tomarse un sorbo, Dane tomó asiento dando las gracias al jefe, aunque con sus temores para el futuro.

Groft volvió a su sitial, y se produjo una interrupción, que nadie hubiera podido imaginarla. Un mensajero corrió hacia el jefe y le dijo al oído algunas palabras en voz baja, mirando hacia los terrestres, mientras hablaba. Dane, cuya intranquilidad crecía por segundos, fue advertido de pronto por Rip, para que mirase en dirección al grupo de hombres de la I-S, que entraban en el recinto, dirigiéndose hacia el lugar ocupado por el jefe. Los hombres del "Reina Solar" se removieron inquietos en sus asientos. Algo presentía la llegada de un nuevo disturbio.

—¿Qué desean ustedes, señores del cielo? —preguntó Groft en la lengua común del comercio, con los ojos medio cerrados, arrellenándose en su sitial, como si presintiera una nueva diversión que añadir a la fiesta.

—Deseamos ofrecer a usted nuestros mejores deseos de felicidad y de buena fortuna —dijo Kallee—. Y que usted no nos olvide a nosotros... le traemos también estos regalos que le rogamos acepte.

A un gesto del jefe de cargo de los I-S, sus hombres acercaron un cofre. Groft, con la mano descansando sobre la mejilla, no descompuso su aire indolente.

—Los recibimos con agrado—replicó—. Nadie puede tener demasiada buena fortuna. Los Aulladores de los Vientos Negros lo saben bien. —Y con un gesto invitó a los recién llegados a tomar parte en la fiesta.

Kallee no pareció desconcertarse. Su próxima acción fue una verdadera sorpresa para sus rivales, a despecho de sus sospechas.

—Bajo las leyes de la Amistad, oh, Groft —dijo con entonación enfática —. Yo reclamo un justo desagravio...

Las manos de Alí hicieron un movimiento nervioso. Dane vio igualmente el recelo pintado en las facciones de Van Rycke, y en las curtidas del capitán Jellico, surgir su ímpetu luchador. Cualquier que fuese lo que tenía que suceder sería sin duda una verdadera complicación.

Los ojos de Groft miraron con interés al grupo del "Reina Solar". Aunque acababa de tomar la copa de la amistad con cuatro de ellos, tenía el malicioso humor de la gente de su raza.

—Por el derecho de la red y el cuchillo —dijo el jefe— tenéis el poder de reclamar cualquier satisfacción personal. ¿Dónde está vuestro enemigo?

Kallee se volvió, encarándose con los Comerciantes Libres.

—Yo desafío a que un campeón de estos hombres extranjeros, salga a enfrentarse en lucha sangrienta con el mío...

Los Salarikis parecieron excitados. Aquello sería un soberbio número de diversión, que jamás pudieron haber soñado, extranjeros contra extranjeros.

Un murmullo surgió de sus gargantas como el rugido de una fiera cazando en la selva.

Groft sonrió con una satisfacción salvaje y su expresión no era ni terrestre ni humana. Dane recordó que, en fin de cuentas, Groft no era así.

—Cuatro de esos guerreros están ligados a mi propio clan —dijo—. Pero entre los otros, puede elegirse un campeón.

Dane miró la fila de sus compañeros, Alí, Rip, Weeks y él mismo, eran los comprometidos por lazos de sangre al clan de Groft. Pero quedaban Jellico, Van Rycke, Karl Kosti, el gigante, técnico de los reactores del "Reina Solar", cuya enorme fuerza ya había demostrado en multitud de ocasiones, Stotz, el ingeniero, el médico Tau y Steen Wilcox. Si se tratase de una cuestión de fuerza muscular, allí estaba Kosti; pero el hombretón no era suficientemente rápido para la lucha.

Jellico se puso en pie, con su apostura de un veterano luchador de las rutas de las estrellas. En la luz vacilante del recinto, la cicatriz de su mejilla parecía ondular.

—¿Quién es vuestro campeón? —preguntó a Kallee.

El jefe de cargo Eysie, hizo una mueca. Estaba seguro de empujarlos a una situación de la que no pudieron retractarse.

—¿Acepta usted el desafío? —preguntó nuevamente.

Jellico repitió la anterior pregunta brevemente y Kallee hizo señas para que se adelantara uno de sus hombres.

El Eysie que se detuvo frente a ellos no era ningún enemigo para Kosti en cuanto a presencia muscular. Era más bien esbelto y muy joven y por la mueca de desprecio que hizo, era, sin duda alguna, otro elemento que detestaba a los Comerciantes Libres. El capitán Jellico lo estudió durante un par de segundos, mientras que el murmullo excitado de los Salarikis de la fiesta daba la impresión del zumbido de un avispero viviente. No había salida para aquel compromiso, no podía rehuirse el conflicto, ya que ello suponía perder en un momento cuanto habían ganado con los Salarikis. Y sin duda alguna que Kallee procuraba justamente provocar la pérdida de prestigio de los hombres del "Reina Solar".

Jellico, pues, siguió el mejor camino.

—Aceptamos el desafío —contestó—. Nosotros, siendo huéspedes del jefe Groft, lucharemos a la manera de los Salarikis, quienes son guerreros probados. —Se detuvo y un rumor de satisfacción recorrió la reunión entera —. Por tanto, siguiendo la costumbre de estos bravos guerreros, lucharemos con la red y el cuchillo.

En las facciones de Kallee se advirtió un gesto de desaliento y de temor.

—¿Y la ocasión? —preguntó Groft adelantándose desde su sitial, apreciándose su enorme satisfacción por el tono de la fiesta. ¡Aquello se recordaría en Sargol por muchos períodos de tormentas!

Jellico echó una ojeada al cielo.

—Digamos, una hora antes del amanecer, jefe. Con su permiso, vamos a

conferenciar entre nosotros para elegir al campeón.

—Mi sala de consejo, es vuestra —dijo Groft y envió a un guerrero del clan para guiarles hasta allí.

CAPITULO VII

“SALVO ACCIDENTE...”

Los vientos de la mañana soplaban a través de la ondulante masa de los árboles herbóreos, haciendo flotar las capas de los Salarikis, que tenían que sujetarlas fuertemente con las manos. Los nobles del clan tomaron asiento en bancos de madera y los demás miembros de inferior categoría se sentaron en el suelo alrededor del espacio abierto elegido, fuera de la empalizada. Entre el colorido brillante de sus atuendos, las obscuras capas de los terrestres ponían una nota sombría que contrastaba también con el terreno de combate preparado con arena rojiza y que había sido delimitado para la lucha entre los terrestres.

En la conferencia sostenida por los hombres del “Reina Solar” se alzó la voz autoritaria del propio capitán Jellico. Y allí estaba, desprovisto de la ropa que entorpecía sus movimientos, vistiendo solamente unos shorts y sus botas. Los Comerciantes Libres estaban seguros de las malignas intenciones de los hombres del Inter-Solar, ya que la muerte del capitán Jellico sería algo que impresionaría terriblemente a los Salarikis en favor de los I-S.

Jellico era más alto de estatura que el Eysie que se le enfrentó. Unos potentes músculos se adivinaban bajo su piel pálida allí donde no había sido quemada por las radiaciones solares en los años de viajes constantes por el espacio cósmico. Todos sus movimientos revelaban la gracia y la soltura de un hombre que en otra época había sido un consumado maestro de esgrima con la espada o el florete. Empuñó resueltamente el cuchillo de garras que le entregó el propio Groft y en la derecha, la red.

En el extremo opuesto, el Eysie se entrenaba con rápidos movimientos de un lado a otro sobre el terreno de combate. Mostraba una suprema confianza en sí mismo como cuando se concertó el duelo en la Gran Sala.

Ninguno de los componentes del “Reina Solar” cometió el error de dar consejos a Jellico. El capitán no había sido elevado a su categoría de jefe de la espacionave sin haber aprendido bien sus derechos y sus deberes. Y entre los deberes de su cargo de Comerciante Libre estaban comprendidos muchos y diversos conocimientos de las más distintas disciplinas. Era un experto en el uso de todas las armas conocidas y en la lucha cuerpo a cuerpo. Aunque Jellico no había combatido nunca con la red y el cuchillo de los Salarikis conservaba una profunda memoria de las demás armas de combate y de otras tácticas que podía adaptar al medio que entonces tenía frente a sí.

Aquel duelo no se debía a un hecho casual, como el ocurrido entre los Salarikis en el interior de la empalizada en la noche pasada. Ahora era casi

una ceremonia. Los sacerdotes de las tormentas invocaron su particular Providencia y se tomó un juramento sobre las armas que debían emplearse en el combate. Las proporciones que tomaron las apuestas cruzadas entre los individuos de los diversos clanes, alcanzó, según Dane pudo comprobar, unas proporciones fabulosas. Innumerables objetos de valor podían cambiar de unas manos a otras, con el resultado del duelo.

A la orden dada por el sacerdote principal, ambos terrestres se aproximaron al terreno del combate. Jellico había reducido tanto el espacio ocupado por la red que más que una ventaja parecía, de antemano, un fallo evidente para la lucha. Pero, fue al lanzarse el Eysie contra Jellico, cuando los dedos de Rip se crisparon sobre el brazo de Dane, como en una garra.

—El capitán sabe...

Dane no tenía necesidad de que le anticiparan malas noticias. Habiendo observado la forma de combatir de los Salarikis, sacó la consecuencia de lo que el I-S podía hacer con la red. Aunque sin duda, el Eysie no debería haber practicado con aquellas armas, antes, daba la impresión de que la red en sus manos constituía una formidable amenaza. El clamor surgido de los Salarikis por lo que podía ocurrirles a los hombres del "Reina Solar" surgió de su experimentado sentido de la lucha con la red, y de haber notado la aparente ventaja del hombre terrestre I-S.

Sólo Van Rycke parecía tranquilo. De vez en cuando, sacaba su botella de sales volátiles que se llevaba a la nariz, con gesto elegante.

El Eysie, atacó en un amplio círculo, a la manera de como lo hacían los Salarikis y con iguales movimientos rápidos y fluidos. Pero cuando soltó la red, Jellico no estaba en el sitio que esperaba su enemigo, su rápido movimiento, tirándose al suelo sobre una rodilla, hizo que la red describiera un amplio círculo sobre sus hombres, con un error de más de seis pulgadas. Un grito de entusiasmo aprobó la magnífica actuación del capitán.

Dane observaba el campo de combate como si viera una película bajo el agua. El malestar que había experimentado, desde que probó el sorbo que le ofreció Groft, había aumentado, sintiendo un agudo dolor intestinal, como si tuviera las entrañas cogidas en una garra. Pero hizo un supremo esfuerzo para aguantar hasta que el capitán hubiese terminado el duelo, sin dejar traslucir a nadie el torturante sufrimiento que experimentaba. Se fijó en Alí, que igualmente aparecía pálido como un muerto y que se dejó apoyar unos momentos sobre su cuerpo. Por unos segundos el ayudante del ingeniero se apoyó en su brazo, haciendo un visible esfuerzo. Por tanto, no era él solo el que se sentía enfermo... Miró entonces a Rip y al joven Weeks, el venusiano, y comprobó que también aparecían enfermos.

Pero por el momento, lo único que importaba era el duelo a muerte que los dos hombres sostenían frente a todos ellos. El Eysie atacó de nuevo con la red y esta vez, aunque Jellico no fue cogido en ella, el golpe dejó una mancha roja en su antebrazo. Hasta entonces, el capitán había jugado a la defensiva, retirándose más bien y estudiando a su enemigo.

El Eysie consideró la partida ganada y sólo esperaba el instante de enmallar a su enemigo y obtener la victoria. Dane comenzó a pensar si aquel juego se prolongaría por horas. Se dio cuenta de que hasta los Salarikis estaban fatigados. Uno o dos de ellos gritaron algo en su propia lengua contra el capitán.

El final de la lucha llegó repentinamente. Jellico perdió su estabilidad, vaciló y cayó al suelo. Y antes de que su enemigo pudiera moverse, el Eysie lanzó la red silbando. Pero nunca llegó a coger al capitán Jellico. En el mismo instante de caer Jellico al suelo, encogió la piernas bajo el cuerpo de forma que no quedara en posición supina, sino acurrucado y su red fue lanzada lejos al mismo nivel del suelo, enrollándose en los tobillos de su oponente y trabándole los pies. Dio un tirón rápido y el I-S cayó como un fardo al suelo cuan largo era.

—¡El látigo, el truco del látigo de Lalox! —gritó la voz de Wilcox, triunfalmente, por encima del murmullo de la multitud.

Usando la red como si fuera un látigo, Jellico había tumbado por el suelo a su enemigo, con un rápido tirón que el otro no podía prever.

Respirando afanosamente y corriéndole el sudor a chorros por los hombros, mientras trataba de deshacerse del nudo en los pies, el Eysie se debatía inútilmente mientras que el polvo rojo le coloreaba el cuerpo entero. Jellico se puso en pie y se aproximó a su enemigo, que permaneció inmóvil. El capitán se puso sobre una rodilla para examinarlo de cerca.

—"¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritaban los Salarikis, con su instintivo salvajismo exacerbado.

—Según nuestras costumbres, no matamos a los vencidos. Permite a sus amigos que se lo lleven de aquí. —Arrancó el cuchillo de garras del Eysie y lo enfundó en el cinto. Y entonces se encaró con Kallee y el grupo de los Inter-Solares—. ¡Tomad a vuestro hombre y largo de aquí! —El freno que había puesto a su temperamento, durante los días pasados, surgía nuevamente en él —. Habéis jugado vuestra última partida aquí.

Kallee, se mordió los labios furioso, dejando escapar un rugido de fiera derrotada. Pero ni él ni sus hombres tuvieron ninguna réplica adecuada. Recogieron a su luchador medio inconsciente y desaparecieron.

Al volver a su propio refugio del “Reina Solar”, Dane se sentía cada vez más enfermo, hasta quejarse a voces de los retortijones de sus intestinos. Tuvo que continuar un buen trecho cogido del brazo de Van Rycke, dándose cuenta de que no era él sólo el afectado por aquella repentina enfermedad ni por los agudos síntomas que estaban sufriendo. Fue algún tiempo después, que le parecieron meses, cuando se encontró acostado en su litera, sintiéndose extremadamente débil y vacío, como si una gran parte de su propia naturaleza le hubiera sido suprimida. Apenas podía levantarse y tenerse de pie, todo le daba vueltas alrededor, y tenía la sensación constante de hallarse en caída libre, aunque el “Reina Solar” se hallaba firmemente asentado sobre el terreno del planeta “Sargol”. Pero aquello era lo menos molesto de cuanto podía

recordar.

Alimentado con una dieta semi-líquida, prescrita por el doctor Tau y servida por Mura, tanto a él como a sus camaradas también enfermos, fue poco a poco recobrando las fuerzas. Había sido una llamada de atención y Tau no tenía necesidad de recalcarlo. Weeks, el joven venusiano, era el que menos había sufrido. Y él el que más, aunque ninguno lo había pasado muy bien. Habían permanecido fuera de la circulación, por tres interminables días.

—Los Eysies despegaron anoche —informó Rip, mientras salían a tomar el sol a la rampa de la espacionave, empleando perezosamente las horas de convalecencia.

Aquella noticia no tuvo la virtud de levantar el ánimo caído de Dane.

—No pensé que lo hicieran...

Rip se encogió de hombros.

—No estarán en condiciones de procurarnos ningún daño ante la Cámara. Gracias a Van y al viejo, nos hallamos a cubierto en toda la línea. No existe nada que puedan utilizar para romper nuestro contrato. Y además, ahora estamos más ligados que nunca a la amistad de los Salarikis para nuestro comercio. Golf rogó al capitán, que le enseñara el truco de la red. Yo no sabía que el viejo conocía el truco del látigo de Lalox en la lucha...

—¿Cómo va nuestro comercio?

—Nuestras provisiones han terminado. Weeks ha tenido una idea buena, aunque ello no nos proporcione más gemas Koros. Esa madera roja de la que está enamorado. Ha convencido a Van Rycke para cargar cuanta se pueda en el “Reina Solar”, ya que tenemos suficientes gemas Koros para cubrir el viaje. Afortunadamente los hombres de las tribus la entregarán a bajo precio y Weeks piensa venderla en la Tierra. Es tan dura como para mellar la hoja de un cuchillo de acero y sin embargo es tan ligera y tan fácil de manejar... ¡Esa empalizada del clan de Groft está plantada allí desde hace cien años y sin embargo ni una sola de las estacas muestra la menor señal de podredumbre!

—¿Dónde está Van?

—El sacerdote de las tormentas envió a buscarle. Una especie de reunión de charlatanería de alto nivel, según tengo entendido. Por otra parte, estamos casi listos para despegar de Sargol. Ya sabemos qué clase de cargo traeremos, la próxima vez.

Dane estuvo de acuerdo en que lo harían, desde luego. Pero no estaba para perder la mañana en holgazanear. Una hora más tarde, toda una caravana surgió del bosque, en fila india, trayendo una pesada carga a la espalda de maderos de color rojo, realmente más voluminosa que pesada. Weeks iba al mando de aquella procesión y Dane tuvo que ocuparse de disponer el cargamento, de acuerdo con el plan de Van Rycke, preocupándose de que aquella madera escarlata fuese convenientemente estibada en el espacio que la “Reina Solar” tenía destinado para las mercancías, de acuerdo con la ciencia de la estiba. Comprobó que Rip tenía razón, la madera era increíblemente dura, como ligera en el peso. Débil como todavía estaba, pudo levantar

fácilmente un brazado de troncos apenas sin dificultad. Y Weeks, a su vez, había tenido razón al pensar que podría venderse a buen precio en la Tierra. El color era una novedad, su durabilidad una garantía. No era para hacer fortuna como si se tratase de gemas Koros; pero supondría un beneficio que ayudara a los gastos de vuelta hacia la Tierra.

"Simbad" estaba en el almacén de cargo cuando llegó el primero de los maderos escarlata. Con su curiosidad habitual aplicó las uñas a la madera y olió la madera atentamente. Repentinamente se detuvo, bufó y salió corriendo con la espina encorvada y el pelo de punta. Dane, sorprendido, tomó un trozo de madera y lo inspeccionó con cuidado. No existían hendiduras ni salientes en la bruñida superficie; pero olfateando de cerca, pudo advertir un olor sensible. Allí había un olor, uno de tantos del planeta perfumado, que a "Simbad" no le hacían la menor gracia, Dane tuvo que reírse. Resultaba curioso, no era un olor desagradable, al menos así le pareció a él. Volvió a olfatear de nuevo la madera y se sorprendió vagamente al descubrir que el olor era mucho menos intenso. Quizá aquella madera, perdería su perfume al sacarla fuera de la luz del sol...

Empaquetaron un departamento completo, aprovechando al máximo el espacio con una perfecta estiba y cerraron la escotilla, antes de que Rycke volviese de su conferencia con los sacerdotes de las tormentas. Cuando volvió el jefe de cargo, llegó seguido por dos sirvientes Salarikis que portaban entre ambos un cofre.

Pero había algo en la presencia de Van Rycke, sobre todo para los que le conocían bien, que denotaba a las claras que no estaba satisfecho con el resultado de sus negociaciones de la mañana.

Los comerciantes terrestres habían sostenido una larga discusión; pero los Salarikis habían vencido finalmente con su tozudez. Finalmente los nativos se habían salido con la suya y Kosti fue encargado de conducir a bordo el cofre con la ayuda de los dos sirvientes Salarikis. Una vez que la carga estuvo a bordo del "Reina Solar", los nativos se volvieron; pero Van Rycke tenía el entrecejo fruncido y los dedos de Jellico repiqueteaban nerviosamente en su cinturón metálico, mientras subían la rampa de la espacionave.

—No me gusta —dijo Jellico al entrar.

—No me fue posible hacer otra cosa —explicó Van Rycke—. Tomaré a mi cargo el riesgo; pero hay algo con relación a esto, que... —Y frunció el ceño más aún—. Bien, no es posible enseñar a cantar a un oso —terminó filosóficamente—, hemos de hacer las cosas de la mejor forma que nos sea posible.

El capitán Jellico no parecía sentirse muy contento al entrar en la cabina de control de la espacionave. Y pronto, surgió la razón para explicar la inquietud del capitán, ya que fue de propiedad común a toda la tripulación.

Habiendo gustado las delicias de las hierbas de otros mundos, los Salarikis estaban determinados a no perder el suministro ni la vía de aprovisionamiento. A seis meses fecha, contados en tiempo terrestre, de aquella ocasión en

Sargol, llegarían las grandes fiestas anuales de las Cincuenta Tormentas, y los sacerdotes estuvieron de acuerdo en que, en aquel año, la influencia y el poder serían doblados si pudiesen ofrecer devotamente una ofrenda de hierbas terrestres. En consecuencia, habían sacado y obligado a aceptar, venciendo toda la resistencia de Van Rycke, la colección de Koros de su Orden, con instrucciones de que fueran vendidas en la Tierra y el producto, devuelto a Sargol en forma de plantas y semillas preciosas. En vano el jefe de cargo y el capitán habían insistido una y otra vez en que el comercio Galáctico era algo arriesgado y totalmente aleatorio, y que cualquier accidente podría evitar la vuelta del "Reina Solar" a Sargol. Pero los sacerdotes habían permanecido tercos y firmes en sus demandas y sólo vieron en sus argumentos un intento de elevar el precio de las futuras compras. Los terrestres se afirmaron en sus principios y en su código comercial: una vez que el pago de una mercancía se tomaba por anticipado, el contrato tenía que ser cumplido sin fallo alguno. Ellos deseaban más que nadie el cargo completo del "Reina Solar" para el próximo viaje y acabaron tomando la única salida posible para terminar la interminable polémica.

Aquella enorme fortuna en piedras Koros, que no pertenecía a los terrestres, fue depositada en la cámara acorazada de la espacionave y toda la tripulación fue advertida de que tendrían que cumplir lo prometido y procurar estar de vuelta antes del tiempo señalado para la empresa. A los Comerciantes Libres no les gustó en absoluto, parecía que una vaga superstición les avisaba de que aquello les traería mala suerte. Pero no había opción posible, si querían mantener sus buenas relaciones con los Salarikis.

—¿Saldremos pronto, no es cierto? —preguntó Alí a Rip.

Rip aprobó con un gesto de la cabeza.

—Steen ha comprobado ya por dos veces todos los cómputos y algunos por cuatro. —Y se pasó las manos por la cabeza con un gesto extremadamente cansado. Había permanecido semi-inutilizado al igual que sus compañeros por haber ingerido el comento preparado por Mura y recetado por Tau, que insistió en que lo tomaran—. La última noticia es que saldremos de vuelta, y, salvo accidente, lo haremos en tres semanas, día más o menos.

"Salvo accidente". Y aquellas palabras quedaron flotando en el aire. Allí, en la frontera de los caminos de las estrellas, podrían producirse tantos accidentes... y tantos retrasos que podían poner fácilmente a una espacionave fuera de trayecto. Sólo en las rutas de las principales estrellas podía contarse con el auxilio eventual de las grandes espacionaves o con el paso regular de los servicios de la Compañía, en viajes calculados y precisos. Un Comerciante Libre no podía atreverse realmente a aceptar un contrato a fecha fija.

—¿Qué opina Stotz? —preguntó Dane a Alí.

—Opina que podemos cumplir el contrato. No es cosa de preocuparse por realizar una carrera contra reloj. Basta indicarle lo que desea y él hará el resto con la espacionave.

—Bien —dijo Rip gravemente—. Me temo que yo no estaré aquí para

cuando vuelva el "Reina Solar". Despegaremos a las seis. Les deseo un feliz despegue.

Rip se tomó el resto del medicamento que Tau le había prescrito, hizo una mueca de desagrado, se puso en pie y se dirigió hacía su puesto de control.

Dane, libre de servicio hasta que la espacionave despegara de Sargol, se volvió hacia su propia cabina, con la certidumbre de una buena noche de reposo, antes de la salida del "Reina Solar. El gato "Simbad" estaba acurrucado en su litera. Por alguna razón, el gato no había recorrido la espacionave antes de salir, como lo hacía usualmente. Primero, había estado quieto sobre el pupitre de Van Rycke y ahora estaba allí, como si deseara una compañía humana. Dane lo tomó de la litera y "Simbad" dejó escapar un dulce rum-rum, frotando la cabeza contra la mejilla del joven en una extremada demostración de afecto. Acariciando la piel suave de la cabeza del animal, Dane lo llevó a la cabina de Van Rycke.

Con cierta vacilación, tocó con los nudillos al panel, y no entró hasta que su jefe le invitó a hacerlo. Van Rycke se hallaba tumbado a todo lo largo de su litera, como si intentara dormir antes de la partida.

—"Simbad", señor. ¿Puedo dejarlo aquí?

Van asintió y Dane dejó el gato sobre la pequeña hamaca, que era su particular domicilio, arreglándole las cuerdas de seguridad. Por una vez, "Simbad" no protestó y haciéndose una bola, se quedó pronto dormido. Dane estuvo por llamar la atención de su jefe sobre la conducta extraña del animal. Quizá en Sargol "Simbad" también habría tenido su equivalente a la copa de la amistad y necesitaba ser examinado por el médico.

—¿La estiba es correcta? —La pregunta aquella, viniendo de Van Rycke, era también infrecuente y fuera de lugar. No habría que sellar la entrada del cargo ni comprobar el contenido por ninguna autoridad.

—Sí, señor. La madera roja ha sido estibada de acuerdo con el plano. ¿Alguna orden, señor?

—No. Partimos a las seis.

—Sí, señor.

Dane salió de la cabina de su jefe, cerrando el panel cuidadosamente tras sí. ¿Podría, sería posible volver a gozar de la estimación y de la antigua confianza de Van Rycke? Sargol había sido para Dane un planeta infortunado. Primero, cometió aquella estúpida equivocación, después, cayó enfermo y ahora... ¿Qué ocurría? ¿Sería su estado general de nervios por el viaje o se trataría de algo diferente? No pudo quitarse de encima la vaga sensación de que el "Reina Solar" iba a sufrir algún serio disturbio. Aquella sensación no le gustaba, en absoluto...

CAPITULO VIII

JAQUECAS

Despegaron de Sargol y entraron en el hiperespacio, en el tiempo calculado. Una vez en tal situación, nada había que hacer, sino esperar y dejar transcurrir el tiempo, pesadamente, mientras se cruzaban los sistemas solares del espacio cósmico, esperando que los cálculos científicos de Steen Wilcox les llevaran, como de costumbre, en un vuelo cósmico lo más breve posible hasta su punto de destino.

Este viaje era como una suave relajación, una vez se hallaron desplazándose en el hiperespacio.

Dane, una vez pasados los pasajeros efectos de su enfermedad de Sargol, se aplicó a sus propios estudios. Cuando entró por primera vez a formar parte de la tripulación del “Reina Solar”, procedente de la Gran Escuela Superior de Vuelos Cósmicos, se había dado cuenta de que aquellos diez años de estudios intensivos, que había dejado atrás, eran sólo la introducción de lo que todavía debería aprender, hasta llegar a ocupar una plaza como la que ocupaba Van Rycke, su jefe de cargo. Mientras había gozado plenamente del favor de su jefe, no había temido utilizarle como un instructor, yendo a él con problemas complejos acerca de la estiba de los más diversos géneros de transporte. Pero ahora, se retenía de aproximarse a Van Rycke y se entretenía repasando viejos microsurcos y registros. Decidió no preocuparse por el futuro aunque a su vuelta a la Tierra se quedara allí permanentemente. Y a no hacer ninguna pregunta.

Habían transcurrido cuatro días de vuelo en el hiperespacio, según el tiempo interior de la espacionave, cuando Dane, al volver de su revuelta cabina, cansado de trabajar en sus viejos registros, descubrió que Mura no aparecía, como siempre, ocupado en la cocina. Rip se sentó a la mesa, con su rostro alegre, de costumbre, entristecido y malhumorado.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Dane, sentándose en su plaza.

—Frank está enfermo.

—¡Qué! —Y Dane se alarmó. Una enfermedad como la que habrían sufrido en Sargol tenía una base lógica. Pero una enfermedad a bordo de la espacionave era otra cosa distinta.

—Tau, lo ha aislado. Tiene un dolor de cabeza horrible y se ha desvanecido cuando trataba de levantarse. Tau está haciéndole análisis.

Dane se sintió hondamente preocupado.

—Quizás habrá sido algo que haya podido comer...

Rip sacudió la cabeza.

—No estuvo en la fiesta de los Salarikis, ¿recuerdas? Y no ha comido nada del exterior. De hecho, no se movió de la nave mientras estuvimos fuera...

Aquello era cierto y Dane no tuvo que comentarlo de nuevo. Y el hecho de que el mayordomo no hubiera estado en la fiesta del clan y que no hubiera probado absolutamente nada de los productos nativos de Sargol descartaba cualquier razón que pudiera suponer que aquello fuese el origen de su colapso.

—¿Qué ocurre con Frank? —preguntó Alí, desde la puerta—. Decía ayer que tenía un terrible dolor de cabeza. Pero, ahora, Tau lo ha tomado bajo su control y...

—Sí, está enfermo. El médico está haciéndole unos análisis —repitió Rip.

—Pero, Mura no estuvo en la fiesta de Sargol. ¿Cuál es la opinión de Tau? ¿Y cómo se encuentra Tang?

—Muy bien, ¿por qué? —repuso en aquel momento el aludido que acababa de llegar, respondiendo por sí mismo—. ¿Por qué ese interés por el estado de mi salud?

—Frank está, bastante enfermo y... aislado —replicó Rip—. ¿Hizo algo fuera de lo ordinario, mientras estuvimos nosotros fuera de la nave?

Por unos instantes, el aludido miró fijamente a Shannon y, después, sacudió la cabeza.

—No. No tomó nada ni hizo nada de particular tampoco. Así, Tau, está haciéndole análisis... —Y se interrumpió cayendo en un completo silencio. Ninguno se atrevió a expresar sus pensamientos en palabras.

Dane recogió el magnetófono en miniatura que había llevado con él y volvió al corredor para llevarlo de nuevo a su cabina. El panel de la oficina de Van Rycke estaba entreabierto y su jefe fuera. Dane depositó el micromagnetofono en su caja. “Simbad” continuaba allí, no en su pequeña hamaca privada, sino estirado a todo lo largo en la litera de Van Rycke. Miró perezosamente a Dane, maullando un suave aullido de bienvenido. Por alguna razón especial, desde que habían salido de Sargol, el gato permanecía perezoso, como si sus aventuras en el exterior de la espacionave hubieran rebajado ostensiblemente su vitalidad normal.

—¿Por qué no andas por ahí en tu oficio, eh, pequeño? —le preguntó cariñosamente.

El gato le miraba con un aire de infinito cansancio. Al volverse para salir de la cabina, el jefe de cargo entró. No mostró sorpresa alguna por la presencia de Dane. En su lugar buscó entre las cintas magnetofónicas y tomó la que Dane había dejado precisamente. Después de un vistazo para identificarla por el símbolo, la puso en manos de su ayudante y después rebuscó entre la enorme colección de registros de los pasados viajes. Tomó otra que entregó igualmente a Dane.

—Vea lo que pueda sacarse en claro de este revoltijo —le ordenó.

A Dane pareció caérsele un peso de encima y comprendió que había

desaparecido el disgusto de su jefe. Llevando en la mano el registro como si fuera una gema Koros, se volvió hacia su cabina, colocó la cinta en el aparato, se ajustó el auricular y se dispuso a escucharlo tumbado en su litera. Se hallaba tan enfrascado en la escucha del registro que apenas se dio cuenta de que Alí estaba en el umbral. El ayudante del ingeniero hizo un guiño enfático y Dane se incorporó, quitándose los auriculares.

—¿Qué ocurre? —preguntó con una cordial acogida a su compañero.

—Creo que necesitaré ayuda —dijo Alí preocupado—. Kosti ha perdido el conocimiento.

—¡Cómo! —Y Dane saltó de la litera y se puso en marcha al instante.

—No puedo levantarlo solo—comentó Alí, lo que era obvio. El gigante técnico de los reactores del “Reina Solar” era casi el doble de su estatura—. Tenemos que llevarlo a su cuarto. No quisiera pensar en Stotz...

Por una buena razón que Dane conocía. Un ayudante, dos de ellos, podían caer enfermos; pero sus oficiales en buena salud significaban siempre la buena marcha del “Reina Solar”. De poder elegir para sufrir cualquier enfermedad, sería mejor en el caso de Alí, que la sufriera él mismo, mejor que no John Stotz, quien con sus enciclopédicos conocimientos sobre los motores del “Reina Solar” significaba una catástrofe si fuese él quien se pusiera enfermo de cuidado.

Encontraron a Kosti medio tumbado en el corredor que conducía a su cabina. Se dirigía a su departamento cuando se sintió atacado por el dolor. Se pusieron uno a cada lado, ayudándole a incorporarse, mientras que el gigantesco Kosti se llevaba las manos a la cabeza, quejándose dolorosamente. Lo llevaron a su apartamento, cayendo nuevamente en colapso, y, como un cuerpo muerto, tuvieron que echarlo en la cama con un gran esfuerzo.

Dane miró a Alí.

—¿Tau?

—No he tenido tiempo de llamarlo todavía —dijo Alí, mientras ayudaba a Kosti a desatarle las botas espaciales.

—Yo iré.

—Yo iré. —Y contento de hacer el encargo, Dane se dio prisa hacia la próxima sección de la espacionave, llamando en el panel de entrada del doctor Tau. Hubo una pausa antes de que Craig Tau le abriera, apareciendo con las facciones crispadas por una profunda preocupación.

—Es Kosti, señor—dijo Dane anunciando la mala noticia—. Ha sufrido un colapso y le hemos llevado a su cabina.

Tau no mostró sorpresa alguna.

—¿Le ha tocado usted? Bien, permanezcan ustedes en sus cabinas, hasta que tenga la oportunidad de reconocerles, ¿comprendido?

Dane no tuvo, tiempo de responder porque el médico volvió inmediatamente a su tarea. Se marchó a su cabina, comprendiendo la razón de su reclusión, aunque interiormente rebelándose contra ella.

Los peligros de las rutas estelares eran innumerables: la muerte se paseaba

entre las estrellas como el compañero inseparable de los hombres del espacio. Y todavía resultaba peor para el Comerciante Libre. Pero había muertes y muertes... Dane no podía olvidar las horribles leyendas que Van Rycke había registrado y archivado ávidamente como afición, y que tenía guardadas en su pequeña micro-biblioteca como una especie de folklore del espacio.

Historias tales como la del “Nueva Esperanza” llevando en su interior los refugiados de la primera rebelión marciana, la espacionave que había sido lanzada hacia las estrellas pero que jamás llegó a ningún destino, y que erraba vagabunda por la eternidad sin fronteras, como una nave abandonada en caída libre, con las escotillas cerradas y las luces de aviso de “muerte” en el morro, y que en cinco siglos había sido avistada una sola vez por otra espacionave estelar. Historias como aquella eran numerosas. Había, también, otro relato de espacionaves atacadas de “plaga” errando en el espacio con sus tripulaciones muertas o descubiertas y destruidas cerca de algún sistema planetario por las espacionaves de la Patrulla, que evitaban así que la infección pudiera ser llevada a otro lugar cualquiera del espacio. “Peste”, aquella nebulosa expresión que significaba lo peor de todo, era con lo que los Comerciantes Libres tenían seguramente que enfrentarse. Dane se apretó los ojos, manteniéndolos cerrados, tratando de concentrarse en la audición de las cintas magnetofónicas que nuevamente se había puesto a escuchar en su cabina.

Un toque en el brazo, y se incorporó tan de repente que desarticuló el aparato para ponerse en pie y recibir al médico que en aquel instante había entrado en su cabina. A una orden del médico, se dispuso a sufrir uno de los reconocimientos médicos más exhaustivos que hubiera podido padecer cualquier miembro puesto en cuarentena de cualquier navío. El reconocimiento incluía el examen microscópico de la piel del cuello y de los hombros. Cuando lo hizo, Tau dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bien, usted está libre todavía de haberlo pescado... al menos no muestra signo alguno todavía—advirtió el doctor.

—¿Qué es lo que busca usted?

—Aquí —explicó Tau, tocando con los dedos la pequeña depresión de la base de la garganta de Dane y dos lugares más en la base del cráneo y sobre los hombros—. Kosti y Mura tienen erupciones en tales lugares. Es como si les hubieran inyectado algún narcótico. —Y Tau se sentó, mientras Dane se vestía—. Kosti estuvo en la fiesta de los Salarikis, ha podido recoger algo allí...

—Pero Mura...

—¡Ese es el problema! —repuso el médico, dando un puñetazo en el borde de la litera—. Frank apenas abandona la nave, y con todo es quien primero ha mostrado los primeros síntomas. Por otra parte, usted se encuentra bien y estuvo fuera. Alí también está bien, y estuvo en la cacería de los gorps. Sólo podemos esperar y observar. —Tau se incorporó vivamente—. En cuanto empiece a dolerle la cabeza fuertemente —advirtió Tau—, vuélvase inmediatamente y permanezca echado en la litera, ¿comprende?

Aquella inspección minuciosa del médico fue igual para todos los demás miembros de la tripulación. Pero ninguno de ellos mostraba aquellas marcas características, signo de la extraña enfermedad.

Se dirigían hacia la Tierra, pero... ¿se les podría permitir tomar tierra en cualquier lugar? Era una espacionave apestada y Tau debería encontrar la solución antes de entrar en el espacio normal de su propio sistema solar, o deberían someterse a una ruinosa pérdida de sus negocios, la ruptura del contrato comercial que ostentaban y Dios sabe cuántas otras desventuras.

Kosti y Mura permanecieron incomunicados. Hubo voluntarios para asistirles y alimentarles y Tau, no pudiendo hallarse en dos lugares al propio tiempo, tomó finalmente a Weeks para que sirviese en la sección de ingeniería de la espacionave.

Hubo que doblar el servicio. Tau no pudo continuar al cuidado del hidro-jardín y Van Rycke tomó el servicio que correspondía a Mura. Dane tuvo que ponerse en la cocina y aunque al principio sus comidas eran apenas el abastecimiento de alimentos concentrados con algún tímido ensayo de algo fresco, varios días después, pudo servir una buena comida, que obtuvo la felicitación del capitán Jellico.

Todos respiraron con alivio, cuando tres días después, ningún signo de aquella misteriosa enfermedad apareció en ningún otro miembro de la tripulación. Se hizo una rutina el desfile de cada mañana ante Tau para la inspección de los lugares atacadas por los síntomas de la enfermedad, sin que la vigilancia del médico se relajara. Mientras tanto, ni Kosti ni Mura parecían padecer sufrimiento alguno, excepto el quedar como aletargados, como si estuviesen bajo los efectos de un profundo sedante. Tenían deseos de comer si el alimento se les ponía en la boca, aunque no se daban cuenta de lo que estaban tomando ni contestaban cuando se les preguntaba sobre el particular.

Tau, entre una visita y otra, trabajaba febrilmente en su pequeño laboratorio, analizando muestras de sangre, leyendo la sintomatología de las más extrañas enfermedades, y tratando de alguna manera de encontrar la razón de aquellos ataques. Pero no pudo encontrar nada concreto. Fatigado hasta el último extremo, salió de su laboratorio y se sentó frente a la mesa en que Dane le sirvió un café bien cargado.

—¡Es algo que no puedo conseguir! —explotó malhumorado el médico—. Debe tratarse de algún veneno. Kosti estuvo en el exterior; pero Mura se quedó aquí. Y con todo, Mura fue el primero en caer enfermo. Y no hemos embarcado ningún alimento de Sargol. Ni lo hemos tomado mientras permanecimos allí. A menos que lo hiciese y no lo sepamos. Si pudiese, me gustaría poder hacerle un par de preguntas. —Y rendido por el cansancio, escondió la cabeza entre los brazos y se quedó profundamente dormido.

Dane le dejó descansar y se sentó al otro extremo de la mesa. No era cosa de despertarlo para que se marchase a su propia litera después del agotador esfuerzo de aquellos días. Van Rycke pasó a lo largo del corredor en dirección al hidro-jardín, con el gato “Simbad” a sus talones. Pero en seguida el gato

volvió, subiéndose a las rodillas de Dane. No se acurrucó sino que comenzó a frotarse contra el brazo del joven y después contra su mejilla, dejando escapar unos leves maullidos, como si quisiera llamar la atención de Dane.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —susurró Dane en las orejas del gato—. ¿No habrás pescado también ese dolor de cabeza, verdad? —Y en aquel instante una sospecha atravesó por su mente. "Simbad" había permanecido mucho tiempo rondando por los campos de Sargol, alrededor de la espacionave, tanto como quiso y, dentro de la nave, cualquier cabina resultaba para él como su propia hamaca. ¿Sería el portador de aquella extraña enfermedad?

Era una buena idea... si resultaba cierta. Lógicamente, la segunda víctima tendría que haber sido Van, o el propio Dane, que acostumbraban a tenerlo más tiempo que los demás en sus cabinas; pero no Kosti. El gato, por lo que Dane había podido apreciar, no mostraba particular simpatía por el gigantesco técnico de los reactores y desde luego jamás había dormido en el cuarto de Karl. No, aquello no tenía mucho sentido. Pero debería hacérselo saber a Tau; no debería dejarse de lado cualquier cabo, por extraño que pareciese.

Era la secuencia de las víctimas atacadas por el extraño mal lo que tenía embrollados a todos. Por cuanto el médico había podido comprobar, Mura y Kosti apenas tenían nada en común, excepto el hecho de ser tripulantes de la misma espacionave. No dormían tampoco en la misma sección, sus ocupaciones eran totalmente diferentes, no comían o bebían nada en común, excepto el hecho de ser tripulantes de la misma espacionave. No dormían tampoco en la misma sección, sus ocupaciones eran totalmente diferentes, no comían o bebían nada en común, ni aún pertenecían a la misma raza.

Frank Mura era uno de los descendientes escasos de un pueblo misterioso que tenía su origen en una serie de islas de la Tierra., islas que habían sido tragadas por el mar unos cien años antes, debido a unos espantosos maremotos que habían destruido y cambiado la faz de aquella parte del mundo. Japón era el nombre antiguo de aquella desaparecida nación. Mientras que Karl Kosti provenía de una tierra densamente poblada y que ocupaba una gran parte de la Tierra, cuyo nombre geográfico era Europa. No, las víctimas eran seres realmente distintos el uno del otro. Ambos habían embarcado en el "Reina Solar" y ambos sólo tenían en común el haber nacido en la Tierra.

Tau se despertó por fin de su amodorramiento y miró a Dane todavía medio adormilado. Se pasó las manos alisándose sus negros cabellos y adoptó una postura de alerta. Dane puso el gato en las piernas de Tau, y en pocas palabras le explicó su sospecha. Tau apretó las manos sobre "Simbad".

—Quizás tengamos una oportunidad con eso...

—Miró a la pequeña bestia y volvió a tomarse un segundo vaso de café cargado que Dane le sirvió. Y salió dándose prisa con "Simbad" bajo el brazo, en dirección a su laboratorio.

Dane se quedó en la cocina, tratando de llevarla siquiera igual como lo hacía Mura. No tenía mucha fe en el examen de "Simbad", pero en aquel caso

era preciso hacerle un reconocimiento.

Cuando el médico no apareció en el resto del día, Dane no se preocupó demasiado, ya que era asunto, al fin, que no le concernía. Pero su alarma subió de punto cuando Alí llegó a verle.

—¿Has visto a Craig?

—Está en el laboratorio.

—No responde a mis llamadas a la puerta —protestó Alí—. Y Weeks dice que no ha visto a Karl en todo el día...

Aquello llamó poderosamente la atención de Dane. ¿Estaría Tau sobre la pista del descubrimiento que le retenía en el laboratorio?

—¿Estás seguro de que no está en su laboratorio?

—Ya te he dicho que no responde a mi llamada. No me atrevía a abrir el panel.

Pero entonces, Alí volvió al corredor, con Dane a los talones, tratando de encontrar una explicación por aquel silencio prolongado del médico. Sus temores se reforzaron por lo que oyeron al aproximarse al panel de entrada, un quejido sordo y prolongado, como el de sufrir un dolor insoportable.

Dane abrió la puerta corrediza.

Tau se había desplomado al suelo, desde su taburete. Tenía las manos agarrotadas sobre la cabeza, y rodaba por el suelo de un lado a otro, como si tratara de calmar aquella terrible agonía. Dane se agachó levantando al médico. No era necesaria ninguna exploración especial: en la depresión del cuello de Tau, en la parte baja de la garganta, aparecía la mancha rojiza.

—¡"Simbad"! —Y Dane miró por la cabina en todas direcciones—. ¿Has visto al gato por ahí en alguna parte?

—No... no lo he visto en todo el día —repuso el asombrado Alí.

El gato no se hallaba en la cabina del médico, ni aparecía por ningún sitio. Para estar seguros, corrieron el panel de entrada, mientras ayudaban al médico a echarse sobre su litera. El médico cayó en colapso nuevamente y poco después, despertó para caer en la segunda fase letárgica de la enfermedad.

Al menos, ya se hallaba fuera de la primera fase de terrible dolor que aparecía como el peor síntoma de la misteriosa enfermedad.

—¡Tiene que haber sido "Simbad"! —dijo Dane al informar de lo sucedido al capitán Jellico—.

Y con todo...

—Sí, ha permanecido en la cabina de Van —murmuró cavilosamente el capitán—. Y usted lo ha tenido en las manos, ha dormido en su litera. A pesar de eso, usted y Van Rycke se encuentran bien. No lo comprendo. De todos modos para asegurarnos sobre ese particular, mejor será encontrarlo y aislarlo cuanto antes.

El capitán no hizo ninguna especial reconvención a los hombres, que, con las facciones sombrías, tenía frente a él. Sin Tau, su única esperanza para luchar con aquella misteriosa enfermedad que les había atacado, tenían por delante una negra perspectiva. No se preocuparon de buscar al gato "Simbad".

Dane volvió a su propia sección y encontró al animal acurrucado delante del panel de la cabina de Van. Dane lo recogió del suelo y lo llevó a la pequeña estancia de la espacionave dedicada a salvaguardar los objetos escogidos para comerciar. Ante su asombro, "Simbad" salió de su compostura calmosa y empezó a luchar salvajemente por desasirse de Dane, al abrir la escotilla, bufando y extendiendo sus garras. El gato parecía haberse vuelto loco y Dane se las vio en apuros para poder lanzarlo al interior. Cuando cerró el panel, sintió a "Simbad" lanzarse frenéticamente contra la puerta, como si quisiera salir de allí a toda costa. Dane, sangrando por varios arañazos recibidos del gato, fue en busca del botiquín de primeros auxilios. Pero cierta sospecha le asaltó al pasar frente a la puerta de Van Rycke. Y cuando a su llamada, nadie le contestó, abrió decididamente el panel de acceso a la cabina.

Van Rycke yacía sobre su litera, con los ojos entornados y con un aspecto que ya iba resultando familiar a los miembros de la tripulación del "Reina Solar". Y Dane estuvo seguro de que encontraría, si las buscaba, las extrañas marcas que denotaban la misteriosa epidemia en el cuerpo de su jefe.

CAPITULO IX

¡EPIDEMIA!

Jellico y Steen Wilcox ojearon con el mayor interés sobre las pocas notas que Tau había dejado escritas antes de caer enfermo. Pero, aparentemente, el doctor no había consignado ninguna indicación concreta que determinase que fuese el gato "Simbad" el portador de la misteriosa enfermedad, ni de ninguna otra. Mientras, el capitán dio órdenes para que el gato quedase confinado. Difícil tarea, ya que el gato acechaba siempre en el umbral, y cuando se le llevaba su comida, hacía lo imposible por salir al exterior de su cárcel provisional. Una vez consiguió hacerlo y Dane a duras penas pudo hacerse con el animal y llevarlo de nuevo a la cabina de su confinamiento.

Dane, Alí y Weeks tomaron completamente a su cargo el cuidado de los cuatro miembros enfermos, dejando los deberes regulares de la espacionave a los oficiales de más edad, mientras que Rip estaba a cargo permanentemente del hidro-jardín. Mura, el primero que cayó enfermo, no mostraba cambios apreciables en su enfermedad. Permanecía semiinconsciente, se tragaba el alimento que se le ponía en la boca, sin responder a ningún estímulo exterior.

Y Kosti, Tau y Van Rycke seguían por el mismo estilo. Cada mañana pasaban revista a los que todavía se mantenían en pie; pero transcurridos dos días más, sin que ningún otro fuese atacado, una pequeña esperanza surgió en sus mentes.

Pero aquella esperanza se vino abajo cuando Alí llegó diciendo que Stotz, el ingeniero, había caído también, tras un período de sueño. Otro paciente inerte más que añadir a la lista, sin poder explicarse qué sería la causa de su infección, ya que el gato había permanecido totalmente aislado durante el tiempo que Stotz había contraído, aparentemente, la enfermedad. Weeks, Alí y Dane, aunque estaban en constante contacto con los enfermos, continuaban inmunes. Y a pesar de las repetidas manipulaciones de Dane con el gato "Simbad", igualmente permanecía en buena salud, inmune a la extraña dolencia. Un hecho, en el que Dane pensó más de una vez, que debía tener su significado, si alguien con el conocimiento médico de Tau pudiese haberlo estudiado. Por todas las circunstancias, ellos deberían ser los más susceptibles de contraer la enfermedad, pero se daba el caso contrario. Y Wilcox anotó tal hecho en los informes y registros de la espacionave.

La situación se hizo angustiosa y todo se reducía a una intervigilancia de uno a otro, esperando ver caer a cualquiera en colapso. Y nadie se sorprendió cuando también Tang cayó al suelo con la faz lívida y retorciéndose de un

horrible dolor en la cabeza. Rip y Dane lo condujeron a su cabina, antes de que perdiese totalmente el conocimiento. Pero todo lo que pudieron saber, en aquel intervalo anterior a la pérdida de la consciencia, era que sufría de un espantoso dolor de cabeza y que no podía tenerse en pie. Sobre aquel cuerpo abatido, nuestros supervivientes se miraron fijamente, uno a otro.

—Seis fuera de circulación—observó Alí —y otros seis dispuestos a seguir el mismo camino, seguramente. ¿Cómo te sientes?

—Cansado, eso es todo. Lo que no comprendo es que cuando caen en ese estado de estupor, permanecen así indefinidamente. No parecen ponerse peor, ni sufrir elevación de temperatura... ¡es como si sufrieran una forma modificada de sueño letárgico!

—¿Cómo está Tang? —preguntó Rip desde el corredor.

—Como todos —repuso Alí—. Durmiendo. ¿Te duele algo, chico?

Rip hizo un gesto de cabeza.

—Nada de eso, por fortuna. ¿Por qué atacaría la enfermedad a Tang que apenas probó nada y tú te mantienes tan campante?

Dane hizo una mueca humorística.

—Si pudiéramos responder a esa pregunta estaríamos en condiciones de conocer la causa de todo esto.

Los ojos de Alí se encogieron. Se quedó mirando fijamente al inconsciente técnico de comunicaciones como si allí no existiera tal cuerpo.

—Estoy imaginándome si no estaremos inmunizados por la sal... —dijo lentamente.

—¿Cómo? —preguntó Dane.

—Mirad... nosotros tres, con Weeks, bebimos aquel brebaje de los Salarikis, ¿no es cierto? Y nosotros...

—Sí, nos pusimos enfermos como los pavos de Venus —interrumpió Rip.

—¿Quieres decir...? —insinuó Dane.

—¡Sí, podría ser! —cayó Rip en la cuenta.

—Pudo haber sucedido así —dijo Alí—. Recordareis cómo los colonizadores de Camblyne llevaron sus ganados de la Tierra el primer año. Le mezclaron sal a la hierba fansel del planeta. El resultado fue que los rebaños no sufrieron después la fiebre que producía la hierba fansel, cuando llegaba la estación seca. De acuerdo. También hemos podido tener nosotros nuestra “sal” en aquella bebida. La hierba fansel con la sal afectaba al ganado cuando se les forzaba a tragarla; pero después quedaban inmunes a la fiebre. Y nadie en Camblyne compra ahora ganado que no esté “salado”.

—Eso parece lógico —admitió Rip —Pero ¿cómo podremos probarlo ahora?

Las facciones de Alí se ensombrecieron una vez más.

—Probablemente, por eliminación —dijo tranquilamente—. Si podemos conservarnos en pie y el resto del cuerpo se desploma, ahí estaría la prueba.

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? ¿Cómo podríamos hacer cosa semejante?

—¿Cómo? ¿Tenéis a la mano un galón de la bebida de los Salarikis para tomarla? No sabemos lo que hay dentro de esa bebida. Ni estamos seguros de que tal idea tenga algún valor.

Todos ellos tenían algún conocimiento de lo que eran los primeros auxilios y algo también de medicina preventiva, como parte de su entrenamiento; pero las experiencias de laboratorio se encontraban más allá de su conocimiento y de su destreza. Todo aquello lo llevaba Tau perfectamente, mientras había estado manteniéndose en sus pies. De hallarse en condiciones, quizá sería el único capaz de descubrirlo y poner en orden aquel caos que se encerraba en el “Reina Solar”. Y aunque informaron de tal sugerencia al capitán, Jellico fue impotente para hacer algo útil sobre el particular. Si los cuatro hombres que habían compartido la copa de la amistad con los Salarikis estaban inmunes contra la epidemia misteriosa que se cernía sobre la espacionave, no había explicación posible que aclarara por qué ni el cómo.

El tiempo, en la espacionave, tenía poca significación. Y no se sorprendieron cuando Steen Wilcox se deslizó de su asiento frente al computador para caer al suelo sin sentido en un colapso doloroso, con lo que ya resultaba un gesto familiar. El capitán Jellico lo apartó de los cuatro jóvenes y tomó a su cargo el servicio de Wilcox. No hubo cambio en su condición sanitaria. Ni mejoraba, ni empeoraba en las horas interminables que siguieron en varios días. Pero cada día que transcurría, en el tiempo de la espacionave, les aproximaba más y más al gran peligro. Más pronto o más tarde, llegaría el instante fatal de realizar la transición desde el hiperespacio al espacio normal, y el salto fuera de la dimensión curva y el brusco cambio al continuo espacio-tiempo era algo tan serio que ni un veterano podía tomarlo a la ligera. La redonda faz de Rip adelgazó mientras esperaba. Jellico estaba permanentemente en funciones. Pero si el capitán también caía en colapso la total responsabilidad del brusco cambio caería directamente sobre Shannon. Un error infinitesimal podría condenarles a continuar vagando por el espacio... quizá para siempre.

Dane y Alí, relevaron a Rip de todo servicio, excepto el de vigilancia de los computadores electrónicos. El computador principal seguía matemáticamente señalando la fecha y el momento que el astrogator habla calculado y fijado. Y el capitán Jellico, con los ojos hundidos, comprobaba y volvía a comprobar.

Cuando llegó el instante fatal, Alí se fue al departamento de los motores del “Reina Solar”, con Weeks, el venusiano, junto a él. Y Dane se marchó a la cabina de control, situándose en la plaza de Tang Ya.

La voz de Rip sonaba ronca enunciando la fecha de emergencia en el continuo espacio-tiempo. Dane, aunque conocía la teoría básica, se hallaba completamente perdido ante Shannon, cuando éste hubo terminado la primera serie de coordenadas. Pero el capitán Jellico advirtió con un gesto:

—¡Vigilad el cambio! —y el rugido de los motores fue desapareciendo, estando Alí entonces en él puesto de Stotz.

—¡Motores dispuestos! —se oyó por el intercomunicador de la astronave.

—Cero, cinco, nueve —advirtió la voz de Jellico.

Dane se encontró a sí mismo incapaz de observar nada. Cerró los ojos en el momento de la brusca salida al continuo espacio-tiempo, luchando contra el vértigo del instante. Se sintió hundido a través de un espacio inestable. Se dejó caer sobre el asiento del técnico de comunicaciones, abrochándose, y mirando a Rip. Chorros de sudor caían de la morena faz de Shannon. Tenía la túnica mojada entre los hombros. Por un momento, desistió de levantar la cabeza hacia el gran panel de visión directa de la astronave, que le mostraría si lo habían conseguido o no. Pero cuando las constelaciones que les eran familiares surgieron claramente a su vista, respiró tranquilo, como si le hubieran descargado de un enorme peso. Se hallaba fuera del hiperespacio, y debían haberlo hecho seguramente tan bien como el propio Wilcox. Quedaba ahora el vuelo entre sistemas gravitatorios; pero lo difícil había quedado atrás. Rip dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se escondió la cabeza entre las manos.

Con una punzada de temor, Dane se desligó de sus ataduras de seguridad y se precipitó hacia él. Cuando puso las manos en los hombros de Shannon, el ayudante del astrogator, la cabeza de Rip desfalleció, como si hubiera sufrido también un colapso. ¿Estaría Rip también atacado por la maldita enfermedad? Pero Rip, abrió los ojos.

—¿Sientes dolor de cabeza? —le preguntó Dane, solícito, sacudiéndole.

—¿La cabeza? No. —Y las palabras surgían de sus labios pesadamente—. Sólo un sueño terrible, terrible...

No parecía sufrir ningún dolor. Dane le ayudó a ponerse en pie y le sostuvo para llevarlo medio a rastras a su cabina, rogando porque sólo fuera la fatiga la causa de su estado y no la enfermedad. La espacionave volaba, ahora, en automático hasta que Jellico, como piloto, dispusiera el rumbo futuro.

Dane ayudó a Rip a tumbarse en su litera y le desató la túnica. La cara finamente modelada del durmiente aparecía muy pálida sobre su litera de espuma, y le ayudó también a ponerse cómodo para que descansara, con el cuidado que se pone con un chico cansado de sus juegos. Buscó afanosamente los puntos en que aparecían las señales fatídicas. La piel aparecía limpia. Era realmente la fatiga la causa de aquel estado, y no la epidemia.

Dane volvió a la cabina de control. No era un piloto experimentado; pero tenía los suficientes conocimientos como para ayudar al capitán, mientras Rip podía descansar durante varias horas. El capitán estaba inclinado sobre el pequeño computador de vuelo automático, con la mirada sombría y las facciones crispadas.

—¿Ha caído Shannon también? —preguntó sin volver la cabeza.

—Está sencillamente agotado, señor —se apresuró Dane a responder al capitán—.Las marcas de la epidemia no aparecen en él.

—Cuando vuelva, dígale que las coordenadas de vuelo están ya inscritas— murmuró Jellico—.Mire de que compruebe la ruta en las próximas diez horas.

—Pero, señor...

Y la protesta de Dane quedó interrumpida en su garganta al observar cómo el capitán se ponía vacilantemente en pie, apoyándose en las manos que le temblaban visiblemente. Y mientras Dane intentaba ayudar a su capitán, la túnica que le cubría los hombros se desgarró quedándose en manos de Dane al desplomarse Jellico con un terrible gesto de dolor en la cabeza, cogida entre sus manos. No había que pedir explicaciones. En la garganta de Jellico estaban las rojas marcas de la epidemia, brillantes de sudor. Dane hizo un esfuerzo supremo y arrastró al capitán hasta su cabina.

No supo cómo pudo llevarle hasta allí, arrastrando el enorme peso muerto de Jellico. Al entrar en la cabina, fue recibido por unos horribles chillidos de Queex, la monstruosa criatura de Hoobat, que el capitán tenía en su cabina encerrada en la jaula. Dane golpeó furiosamente la jaula, silenciando a aquella horrible figura animal que le miraba con sus ojos redondos y malignos, mientras ayudaba a meterlo en la cama.

Ya solamente quedaban cuatro de la tripulación en pie, pensó Dane sombríamente al salir de la cabina del capitán. Si Rip despertaba a tiempo, podrían tomar tierra... Y el aliento se le quedó cortado pensando en la idea de que Rip pudiera caer también en la inconsciencia de la enfermedad que asolaba al "Reina Solar" y que tuviera que recaer sobre él la tarea de conducir la espacionave hasta su aterrizaje. ¿Pero dónde? La cuarentena para las astronaves de la Tierra estaba en Luna City, en el satélite terrestre. Pero... cómo señalar el peligro, cómo describir lo ocurrido. Aquello supondría encararse con la muerte en una espacionave infectada por la peste. Medio atontado, descendió hasta el comedor del "Reina Solar", donde se encontró a Alí y a Weeks frente a él. Sus camaradas no levantaron la vista al entrar Dane.

—El viejo también ha caído —informó.

—¿Y Rip? —preguntó Alí.

—Durmiendo. Está agotado.

—¿Cómo? —solicitó Weeks.

—Sí, está descansando de su agotamiento. El capitán ha dejado la nave preparada para cuando despierte.

—Así... sólo quedamos tres —comentó Alí—. ¿Dónde iremos a tomar tierra? ¿A Luna City?

—Si nos dejan —replicó Dane, pensando en lo peor.

—¡Pero tienen que darnos permiso! —exclamó Weeks—. ¡No podemos errar por el espacio indefinidamente!

—Ya ha sido hecho otras veces —fue la brutal respuesta de Alí, que silenció a Weeks.

—¿Ha puesto el viejo dirección a la Luna? —preguntó Alí, tras unos momentos de silencio.

—No lo comprobé —confesó Dane—. Se desmayó y tuve que llevarlo hasta su litera.

—Será mejor saberlo.

Y el ayudante del ingeniero del “Reina Solar” se puso en pie, con movimientos torpes, que no eran en absoluto los que normalmente surgían de su constitución elástica. Cuando subió a la cabina de control los dos compañeros le siguieron.

Los gráciles dedos de Alí juguetearon con una serie de llaves y controles y en la pequeña pantalla del computador aparecieron una serie de números. Dane tomó el cuaderno de vuelo del capitán, leyó las anotaciones y parpadeó visiblemente preocupado.

—¿No es a la Luna, verdad?

—No. Pero no lo comprendo. Esto tiene que ser a cualquier punto del cinturón de los asteroides.

Los labios de Alí se distendieron como la pálida caricatura de una sonrisa.

—¡Bien por el viejo! Conserva sus cinco sentidos aún después de haber sido atacado por ese microbio...

—Pero, ¿por qué tenemos que ir hacia los asteroides? —preguntó Weeks razonablemente—. En Luna City hay servicio médico y pueden ayudarnos...

—Sí, ellos pueden manejarse con las enfermedades conocidas —comentó Alí—. Pero ¿qué hacer con el Código?

Weeks se dejó caer en el asiento del técnico de comunicaciones como si la energía de sus piernas le hubiera fallado.

—No pueden actuar así... —protestó, aunque en sus ojos se veía que sí podían hacerlo—. Podrían ayudarnos, de todos modos...

—Hay que encararse con los hechos, amigo —restalló Alí—. Venimos de un planeta de la frontera galáctica, y viajamos en una espacionave apestada...

No tenía necesidad de subrayar su afirmación. Todos conocían muy bien el peligro en que estaban sumidos.

—Ninguno ha muerto todavía—aventuró Weeks, finalmente, como en un intento de escapar a la red mortal que les envolvía.

—Sí, pero ninguno se ha recuperado tampoco— replicó Alí, aplastando aquel hilo de esperanza—Nosotros no sabemos lo que es, cómo se ha contraído esta epidemia, no sabemos absolutamente nada acerca de ella. Hagamos un informe en esas condiciones, y ya verás lo que ocurre, ¿no es cierto? Creo—continuó Alí—, que el viejo ha hecho bien con poner una ruta de evasión. Si pudiéramos permanecer en el espacio, hasta que supiéramos realmente de qué se trata... podríamos tener alguna oportunidad de tocar en la Luna.

Finalmente, los tres decidieron no interferir la ruta que el capitán había marcado a la espacionave. Aquello podría llevarles hasta las fronteras de la civilización solar; pero les daría una oportunidad de luchar y resolver su problema antes de que tuvieran que informar a las autoridades. Y mientras tanto, cada uno atendió su servicio, dejando a Rip que durmiese, vigilándose el uno al otro con la desesperada idea de que todavía cayera alguno de ellos en

las garras de aquella desconocida y maldita epidemia. Sin embargo, se mantuvieron, aunque en actitud algunas veces estúpida debida a la fatiga, pero en buena salud al menos, básicamente. El tiempo iba probando que sus sospechas eran correctas. De algún modo, ellos se hallaban inmunizados contra el germen o el virus que había atacado a la espacionave.

Rip estuvo durmiendo durante veinticuatro horas, tiempo de la nave, y al despertar se dirigió hacía el comedor, con hambre de lobo para captar a partes iguales comida y noticias. Y rehusó el adherirse a la pesimista visión del futuro que sostenían sus camaradas. En su lugar, se mostró seguro de que su propia inmunidad ya había sido demostrada, y que con ello tendrían una base para discutir con los médicos de la Luna, mostrándose decidido a alterar la ruta de la espacionave para la estación de cuarentena. Sólo los combinados argumentos de los otros tres le hizo retenerse y esperar una breve demora de tiempo.

Al día siguiente, tuvieron mucho que agradecer las sabias predicciones del capitán Jellico. Alí se hallaba en el asiento de las comunicaciones espaciales tratando de captar los noticiarios del sistema Solar. Cuando la señal roja de atención apareció, los otros se precipitaron en la cabina de control. La transmisión en clave fue elevada de volumen, al operar Alí convenientemente en los receptores, para ser traducida automáticamente al apretar un segundo botón.

“Repita, repita, repita... Comerciante Libre, “Reina Solar”, Registro de la Tierra, 65-724910-Jk, sospechosa de epidemia a bordo, salida de planeta infectado. Extiendan la alarma, extiendan la alarma, avisen de la presencia de esa espacionave a la Estación Lunar... Informen.”

Idéntico mensaje fue repetido tres veces.

Los cuatro tripulantes del “Reina Solar” se miraron entre sí, consternados.

—Pero —dijo Dane, rompiendo el silencio—, ¿cómo lo habrán sabido? Nosotros no hemos informado de nada...

—¡Los Eysies! —replicó Alí rápidamente—. Aquella nave I-S tuvo que haber sufrido la misma suerte que nosotros e informado a su Compañía. Han tenido que incluirnos en su informe y creer que nosotros también estamos atacados por la epidemia, o tratar de convencer fácilmente a las autoridades de que lo estamos.

—Estoy imaginando—sugirió Rip, mientras se apoyaba contra la pared con los ojos semicerrados—. Consideremos los hechos. El navío de la Patrulla que inspeccionó Sargol, y que estuvo allí hará unos tres o cuatro meses, emitió certificado sanitario positivo y lo incluyó en la lista de los planetas aptos para el comercio. Entonces, Cam adquirió aquellos derechos y él hizo por lo menos dos viajes antes de ser muerto en Limbo. Ninguna epidemia le molestó a él ni a la Patrulla.

—Pero tendrás que admitir que nos ha atacado a nosotros —intervino Weeks.

—Sí, y la nave Eysie estuvo en condiciones de prevenirlo y de habernos

avisado antes de que saliésemos del hiperespacio. Parece como si ellos esperaran que efectivamente fuéramos portadores de la epidemia, ¿no es cierto? —sugirió Alí.

—¿Quieres decir que la habrían introducido a bordo? —Y Alí frunció el entrecejo sobre el banco de control que estaba atendiendo—. Pero cómo... ningún Eysie vino a bordo... ni tampoco ningún Salariki, excepto aquel muchacho que mostró tanto deseo por la hierba gatera.

Rip se encogió de hombros.

—¿Y cómo podemos saber lo que hizo?

—De no ser por nuestra especial inmunidad—interrumpió Dane—el “Reina Solar” pudo haber permanecido en el hiperespacio y no haber salido nunca de él, ya que nadie hubiera podido sacarla de tal situación.

—Sí, es bastante atinada la observación. Pero, en el caso de que cualquiera hubiese quedado en pie para pilotarla hasta casa, ellos siempre habrían tenido una excusa a mano. Si no hubiese nadie que levantara el grito, Sargol habría sido borrado de las cartas estelares, como planeta con epidemia. Los I-S habrían esperado un año o dos, hasta promover una investigación ante la Cámara. El Servicio de Vigilancia habría ido de nuevo y habría certificado la desaparición de la epidemia, y enviarían una Patrulla allí de prueba. Así, todo iría perfectamente, no habría sido culpa del planeta Sargol sino de los sucios Comerciantes Libres. Y nos habrían descartado. ¡Los I-S necesitan el comercio de gemas Koros a toda costa y por procedimientos legales, para que nadie tenga que molestarles!¡Sencillo y limpio!¡Como la red de un Salariki, pero una red que nos atrapara a todos la garganta, amigos!

—Entonces, ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó tímidamente Weeks.

—Continuaremos la ruta marcada por el viejo, para llegar hasta los asteroides, hasta que podamos encontrar una solución y una salida. Si los I-S son los culpables de lo que llevamos a bordo alguna traza quedará de su origen. Y la encontraremos. ¡Vaya!¡Y tendremos un punto de partida!

—Mura cayó primero, y después, Karl. Nada en común— indicó Dane, volviendo hacia el viejo problema, por centésima vez.

—No; pero... —Y Alí se levantó de su asiento—. Yo sugiero una búsqueda a fondo, en las cabinas de Mura y de Karl. Vamos a buscar Y a rebuscar hasta el último rincón. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—¡Vuela, muchacho!¡Te seguimos todos! —contribuyó Rip entusiasmado con la idea—. ¡Ahí tiene que estar!

CAPITULO X

ATERRIZAJE DE EMERGENCIA

Desde que Frank Mura permanecía aislado de su trabajo en la cocina una rebusca de su cabina era lo más sencillo del mundo. Pero aunque Dane y Rip la hicieron pulgada a pulgada, no encontraron nada fuera de lo usual; de hecho, nada procedente de Sargol, excepto una pequeña rama de la madera roja, que yacía abandonada sobre la mesa de trabajo del cocinero y mayordomo, que la quería para incorporarla a sus panoramas en miniatura. Dane la tomó, dándole vueltas entre los dedos. Aquello era el único eslabón con el planeta perfumado y supuso que tendría alguna importancia.

Pero Kosti no había mostrado el menor interés en la madera roja. Y él mismo y Weeks la habían manejado antes de gustar la copa de la amistad de los Salarikis con Groft, y no habían sufrido ningún efecto nocivo. Dane dejó el trozo de madera sobre la mesa y tamborileó los dedos confuso sobre la tapa de los delicados juguetes de Mura, sin poder imaginar, hasta días más tarde, qué cerca se había hallado, en tal momento, de la solución del enigma.

Después de dos horas de buscar y rebuscar entre todos los objetos pertenecientes a Mura y de rastrear por el suelo y subirse a las paredes para no dejar nada al azar, concluyeron por no encontrar absolutamente nada. Rip acabó sentándose en el extremo de la litera de Frank.

—Tenemos también el hidro-jardín... Frank pasaba horas enteras allí y en el almacén. Y también están la cocina y el comedor.

Aquellos lugares formaban el mundo en que se desenvolvía Mura. Podrían buscar en la cocina, en el almacén y en el comedor; pero hacerlo en el hidro-jardín implicaba una peligrosa pérdida de aire. Al llegar a aquella conclusión se miraron los unos a los otros con la misma sospecha.

—El lugar perfecto para haber introducido la epidemia —dijo Dane primero.

Rip se mordió el labio inferior. El hidro-jardín... algo que estuviera allí plantado no podría ser desalojado a menos que antes hubieran aterrizado en cualquier puerto seguro y procedido a una búsqueda total de aquel espacio vital.

—¿Es diabólico, verdad? —comentó Rip—. Pero ¿cómo pudieron hacerlo?

Ninguno pudo responder a aquella pregunta. Nadie había entrado allí durante la estancia completa en Sargol, excepto el joven Salariki. ¿Pudo aquel muchacho haber llevado algo? Pero Dane y Mura permanecieron con él todo el tiempo que permaneció en el hidro-jardín. Para la buena memoria de Dane,

el muchacho se abstuvo de tocar nada y sólo permaneció dentro breves momentos. Y había sido antes de la fiesta, también...

—Tenemos que aterrizar —aprobó Dane.

—Ya has oído el aviso. Si lo intentamos..:

—¿Y si lo hiciéramos en una estación de emergencia?

Rip pareció enfrascado en un pensamiento fijo.

Y entonces, sin mediar otras palabras, salió de la cabina y se dirigió rectamente hacia la del capitán Jellico, buscando los registros que Jellico tenía guardados. Era una débil oportunidad; pero era mejor que nada.

Dane se encogió de hombros mientras esperaba en aquel reducido espacio, observando a Rip rebuscar entre los registros y las cintas astronáuticas del capitán del "Reina Solar". Había estaciones de emergencia entre los asteroides, pequeños puntos de refugio para acudir en una dificultad repentina, donde hallar repuestos o aprovisionamientos de urgencia. Las grandes Compañías mantenían la suya propia y la Patrulla disponía de varias otras para los comerciantes independientes.

—No hay ninguna de la Patrulla...

Rip dejó escapar una sonrisa astuta.

—Todavía no me veo rodando perdido por el espacio —fue su comentario.

Y metió una cinta magnetofónica en el lector electrónico del pupitre del capitán. En la jaula suspendida por encima de sus cabezas, el azul bicharraco de Hoobat les observaba intencionadamente; pero por la primera vez, desde que Dane podía recordarlo, dejó de chillar y de escupirles a su presencia. No parecía mostrar signos de resentimiento alguno hacia los intrusos.

"Patrulla a Estación de Emergencia A-54", dejó oír el lector electrónico. Rip tocó la llave oportuna y dejó correr la cinta hasta la próxima entrada. "Estación de Emergencia Combinada". Otra nueva pasada. "Inter-Solar", y esta vez, Rip dejó pasar la cinta y el aparato continuó: "Coordenadas...". Y Rip tomó un bolígrafo y apuntó la serie de números que el lector iba enunciando.

—Vamos a comparar esta situación con nuestra ruta presente.

—¡Pero es una Estación I-S! —empezó Dane a decir; pero se interrumpió poniéndose a reír ante la idea que cruzó por su mente. Ellos nada tenían que temer si aterrizaban con el "Reina Solar" en una Estación de la Patrulla. Pero en una de la Compañía, que estuviera manejada por dos o tres hombres y que no esperarían a nadie, excepto a su propia gente... ¡Y los I-S deberían ayudarles, entonces!

—Habrá jaleo —dijo, aunque sin lamentar que pudiera haberlo. Si los Eysies eran los responsables de las calamidades que estaban sufriendo sería magnífico poder aplastar un puñetazo en la cara de alguno de ellos...

—Vamos a ver la forma de poder llegar allí —dijo Rip, dirigiéndose hacia la cabina de mando, con las cifras en una hoja de papel. Cuidadosamente, estableció la combinación numeral y la comparó con la ruta que Jellico había establecido en la "memoria" del "Reina Solar", antes de caer en colapso—.

Magnífico —comentó Rip, al ver el resultado del cálculo—. Podremos hacerlo fácilmente, sin demasiado consumo de combustible.

—¿Hacer qué? —preguntó entonces Alí, que llegaba de terminar su búsqueda por el cuarto de Kosti, con un resultado totalmente negativo.

Aquello reafirmó más la sospecha de Dane, de que todo debería estar en el hidro-jardín, y que deberían, sin más remedio, limpiarlo de arriba a abajo, una vez que obtuvieran los materiales necesarios de urgencia en la estación I-S.

—Bien, pero ¿sabéis lo que les ocurre a los piratas?

La Ley del Espacio vino nuevamente a la memoria de Dane, que se puso a recitarla automáticamente:

—"Cualquier espacionave en situación de emergencia puede solicitar repuestos y aprovisionamientos de la más próxima Estación de Emergencia, pagando su importe al rendir viaje."

—Sí, eso estará bien para cualquier Estación de la Patrulla. Pero las de las Compañías son de propiedad privada.

—Pero —continuó Dane triunfalmente— la Ley no se limita a eso solamente, no establece diferencia alguna entre una y otra clase de Estación.

—Tiene razón —intervino Rip—. Esa ley fue promulgada cuando sólo existían las estaciones de la Patrulla. Las Compañías establecieron las suyas más tarde para ahorrarse impuestos, ¿recordáis? Legalmente, nosotros tenemos derecho.

—A menos que los agentes de servicio levanten el grito —advirtió Alí—. ¡Oh, no me mires así, Rip! Sólo deseo advertiros de que cualquier espacionave no nos siga la pista y nos cañonee como a bandidos. Si quieres jugarle una mala partida a los Eysies aquí me tienes el primero. ¿Has conseguido localizar alguna Estación de esos rufianes?

Rip señaló a los números del computador.

—Sí, ahí tenemos una. Podremos aterrizar dentro de cinco horas de nuestro tiempo a bordo. ¿Qué tiempo nos llevará revolver el hidro-jardín y volver a instalarlo?

—¿Cómo podría decírtelo? —repuso casi irritadamente Alí—. Puedo proporcionaros oxígeno en esa operación durante un par de horas. Depende de la prisa que nos demos para realizarlo. No podremos saberlo hasta que se empiece.

Alí se dirigió hacia el corredor, volviéndose entonces para preguntar por encima del hombro:

—Supongo que habréis contado con un comité de recepción adecuado; ¿habéis pensando en eso?

—¿Por qué? —contestó Rip—. Vamos en busca de provisiones. No tienen por qué esperar nada malo y, de todas formas, llevaremos esa ventaja.

Pero Alí no parecía muy convencido de todo aquello y mantenía una pesimista opinión del futuro que les aguardaba.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Aterrizaremos, pistola en mano y tomaremos la plaza. Y los I-S darán un aviso a la Patrulla. Bien, nos queda

una corta vida por delante; pero interesante, al menos. Y al volver, pondremos en funcionamiento todos los canales vídeo-espaciales para presenciar el jaleo que se organice después. No hay nada como disfrutar de alguna excitación que rompa el aburrimiento y la monotonía del viaje.

—No iremos a ir... —protestó Dane—, quiero decir... armados, ¿verdad?

Ali miró a Rip y, ante su sorpresa, éste no repudió tal idea

—Llevaremos los bastones letárgicos, ciertamente —repuso el ayudante astrogator, tras una pausa —Tenemos que estar preparados para el momento en que se den cuenta de quiénes somos Y tú estar dispuesto a reinstalar el hidro-jardín en pocos minutos Si pudiéramos hacerlo con los trajes especiales sería un trabajo rápido Pero todo depende de lo que ocurra con la gente que nos espera en la Estación Y de si hay jaleo o no.

—Creo que lo mejor es desembarazarnos ahora mismo de estos uniformes —insinuó Ali —Vestidos con ropas corrientes, podría construirse muy bien la historia de que somos unos pobres náufragos del espacio que están en un apuro.

Con los letárgicos o sin ellos —pensó Dane para sí mismo—todo aquel plan nacía de la desesperación. Aquello dependería de quien estuviese al frente de la Estación de Emergencia I-S y de la rapidez con que ellos actuaran, una vez que la "Reina Solar" tocara con la cola en suelo firme

—Poner fuera de combate primero a la gente de la Estación —dijo Ali continuando el plan de ataque—. Así no tendremos que preocuparnos de que nadie llame a la Patrulla.

Rip pareció volver a su habitual compostura de siempre.

—Bueno ser que alguien esté atento en la espacionave a los video-seriales, ¿eh, Ali? Ya nos contarás después todos los trucos de los piratas del espacio Tendrás seguramente muy pocas posibilidades de volver a verlo.

Y Rip echó un vistazo al tablero de mandos, empujando finalmente una palanca que se hallaba apartada del resto de los demás controles.

—Pondremos algún color local en la operación —comentó simplemente.

Dane comprendió. Rip había encendido las luces de socorro en el morro de la espacionave. Cuando tomaran tierra en la Estación, aquello sería como signo de grave avería y de solicitud de socorro urgente Cerca de las luces de posición de color atenuado, aquella señal se ponía sólo en el caso de que una espacionave no tuviese esperanza de llegar a puerto seguro y se encontrara desesperada a la deriva. Pero todavía no llegaría aquel caso para el "Reina Solar".

Poniendo manos a la obra, se despojaron de sus uniformes y se pusieron los trajes espaciales, dirigiéndose hacia la escotilla de desembarco. Weeks y Dane se ocuparon de sujetar los enfermos inconscientes a sus literas, mientras Rip y Alí se preparaba para la toma de tierra.

No había cambio alguno en los durmientes. En la cabina del capitán hasta Queex parecía afectado por el estado de postración de su amo y en lugar de sus habituales chillidos permaneció quieto e inmóvil en el fondo de la jaula,

con sus garras superiores asidas a dos alambres y sus ojos saltones fijos en la habitación, con lo que parecía una maligna inteligencia. En aquella ocasión no escupió a Dane mientras pasaba debajo a verter la sopa en la boca de su paciente. Por lo que se refería a Simbad, el gato, se había retirado a la cabina de Dane y parecía rehuir el marcharse de allí, resistiéndose con uñas y garras a abandonar la cabina, cuando Dane intentó llevarlo a la de Van Rycke, donde tenía su propia hamaca. El ayudante del jefe de cargo no intentó forzarlo y lo dejó que descansara arrebujado en su litera que tan pocas ocasiones tenía de utilizar.

Cumplida su misión de enfermero por el momento, Dane se aventuró en el hidro-jardín. Estaba aleccionado en el sostenimiento de aquella parte vital de la espacionave que representaba el corazón del "Reina Solar" para el suministro del aire. Pero equiparlo era cosa diferente. En sus años de cadete en la Astronáutica, había ayudado en tal menester un par de veces, como parte del programa de estudios necesarios y básicos en el entrenamiento del Servicio. Pero entonces, contaban con recursos ilimitados para actuar y la acción se realizaba solamente bajo las instrucciones de los monitores. Ahora, la cosa era bien distinta y hacía falta realizar un trabajo muy complicado.

Se deslizó entre el pasillo de verdor. Allí había plantas de casi toda la Galaxia, creciendo para contribuir a la renovación del aire de la espacionave, al propio tiempo que para suministrar frutas y vegetales frescos. El dulce olor de la verde vida que allí se desenvolvía resultaba fuerte. ¿Cómo podría decir ninguno de los cuatro que se hallaban en pie en aquel momento qué cosa estaba en su sitio o cuál había sido introducida clandestinamente? ¿Y podrían estar seguros de que hubiese sido introducido algo?

Dane permaneció mirando fijamente, escrutando las líneas de verdor, una mezcla de verdes que iban desde los conocidos en la Tierra a otros distintos sombreados y teñidos por los soles de otros mundos, buscando por si alguno extraño fuese lo suficiente llamativo. Solamente Mura, que conocía el jardín como su propia cabina, podría haberlo diferenciado al primer golpe de vista. Para ellos tenía que ser cosa de azar y de buena suerte...

Repentinamente creyó advertir un ligerísimo movimiento entre las macetas, algo parecido como al roce de una hoja. El simple hecho de su presencia podía haber causado aquella sensible percepción en cualquier planta perteneciente a una especie sensitiva... Una de las plantas con hojas finísimas parecidas al helecho, como un encaje, estaba enrollando sus hojas en forma de bolas. No debería seguir allí por más tiempo, alterando la paz del hidro-jardín. Pero ahora sería diferente... dentro de algunas horas toda aquella exuberancia vegetal tendría que ser echada por la borda, condenada a morir y la tripulación dependería del oxígeno guardado en cilindros y en tanques de algas. Sería una lástima, aquel hidro-jardín representaba mucho tiempo y mucho trabajo por parte de Mura, y Tau tenía, además, plantas medicinales creciendo y en observación desde hacía tiempo.

Mientras Dane cerraba la puerta tras él, mirando la hilera de helechos

enrollados que marcaban su paso, oyó un ligero crujido, como un murmullo, un sonido como si el viento hubiese soplado dentro de la habitación. Aquella imaginación, que era una cualidad de gran valor para un comerciante espacial cuando la mantenía libre de influencias interiores, sugería que las plantas allí guardadas barruntaban algo... Con un gesto contra su propio sentimentalismo, Dane se dirigió al corredor y subió con Rip al control de la espacionave.

Rip estaba enfrascado en sus propios problemas. Llevar al “Reina Solar” al reducido y circunscrito aeropuerto de una Estación de Emergencia, sin tener un faro de luz que le guiara, era algo que ponía el pelo de punta y que habría preocupado hasta el más veterano piloto. Y con todo, Rip estaba sentado en el lugar del capitán, con sus amplias manos apoyadas en los controles, esperando tenso y con todos sus sentidos alerta. Abajo, en el cuarto de motores, Alí se hallaba dispuesto, ocupando el lugar de Stotz, listo para actuar en ellos a la primera orden. Dane sabía, desde luego, que ambos habían practicado varios años en el Servicio. Pero otra cosa era tenerlos ahora con la completa responsabilidad de actuación, en el lugar de sus respectivos jefes. Y a su memoria acudía el error que él mismo había cometido en Sargol.

Se produjo la aguda nota de un gong y el destello de la luz roja en el tablero de los controles. Se hallaban en aquel momento fuera del vuelo en automático; a partir de allí, todo iría bajo el mando exclusivo de Rip. Dane tomó asiento frente a la unidad transmisora-receptora, y un momento más tarde las palabras comenzaron a surgir del aparato.

“Identificar, identificar, Inter Solar llamando a espacionave, identificar.”

Tan imperiosa era la orden que los dedos de Dane estuvieron a punto de dar vuelta al conmutador de transmisión, que retiró en seguida.

—Identificar —y la voz sin expresión del altavoz caía sobre sus cabezas como un trueno.

La manos de Rip estaban sobre el panel de los controles, actuando con tanta rapidez y delicadeza que parecían las de un músico que creara en aquel momento una pieza maestra sinfónica. Y el “Reina Solar” se dirigía vivo y seguro dispuesto a la inmediata toma de tierra. Dane miró a la pantalla visora. El asteroide de la Estación de Emergencia era de un tamaño razonable, pero a sus ojos parecía una mota de polvo meciéndose engolfado en la vastedad infinita del espacio cósmico.

—”Identificar” —zumbaba la voz aumentando de volumen.

Rip tenía los labios contraídos, haciendo rápidos cálculos. Dane observó que aun siendo Jellico el capitán, Rip estaba dispuesto a seguir a su jefe sin quedar muy atrás. Se produjo un repentino silencio en la cabina, la solicitud de identificación había cesado. Los agentes del asteroide tendrían que haber comprendido que la nave que llevaba las luces encendidas en el morro, solicitando auxilio, no iría a replicar.

Dane se dio cuenta del tremendo esfuerzo desplegado por Rip, que ponía a contribución hasta la última fibra de su cerebro y su destreza para conducirles al destino elegido de urgencia. Quizá el aterrizaje no fuese tan perfecto como

el que hubiera hecho Jellico; pero lo harían. Las manos de Rip permanecieron quietas y nuevamente el sudor le mojaba la túnica por la espalda. No se movió del asiento

—¡En seguridad! —avisó la voz de Alí, desde abajo.

Dane se precipitó a desajustarse el cinturón de seguridad y se puso en pie para felicitar a Rip. Le tocó en el hombro.

—¡Buen aterrizaje, hermano!

Rip le miró sonriente.

—Tendría que haber tenido un registro de esto, para presentarlo a la Cámara cuando tenga que comparecer ante ella.

—Es lástima que no dispongamos de una toma de fotografía en tres dimensiones —comentó alegremente Dane.

—Más verosímilmente eso serviría como evidencia, en el proceso por piratería que nos seguirán.

Su voz debió llegar abajo por el intercomunicador ya que Alí repuso desde abajo:

—¿Qué hacemos ahora?

—Comprobar primero —repuso Rip por el micrófono.

Dane miró a la pantalla visora. Contra un fondo de rocas dentadas, se veía la redonda cúpula del establecimiento astronómico del asteroide, cuyas tres cuartas partes estaban incrustadas por secciones bajo la superficie de aquel mundo en miniatura. Pero un haz de rayos potentes surgía desde la cúpula de la Estación hacia el centro del terreno que ocupaba el Reina Solar. No habían sorprendido descuidados a los agentes de la Estación de Emergencia.

Hicieron la ronda de la espacionave, comprobando el estado de los enfermos que continuaban en la inconsciencia. Alí tenía dispuestos los tanques de oxígeno artificial. Tendrían que moverse con rapidez, una vez que empezara su tarea de limpiar y reinstalar el hidro-jardín.

—Espero que tengáis alguna buena historia dispuesta —comentó a los otros tres compañeros que se habían reunido en la escotilla de salida para ponerse los trajes especiales con los que poder atravesar aquel espacio sin aire y aquella superficie sin calor alguno, del asteroide.

—Tenemos un hidro-jardín envenenado —apuntó Dane.

—Una mirada a las plantas, les confirmará que estáis mintiendo. No aceptarán semejante historia, sin haber investigado.

Dane se amoscó un poco. ¿Supondría Alí que él era tan estúpido como para hacer aquéllo?

—Si echas ahora una ojeada por allí, verás que tengo razón.

—¿Qué hiciste? —preguntó Alí interesado.

Está achicharrándolo rápidamente en el lugar caído.

Rip sacudió la cabeza.

—Es bueno ese viejo aceite. Lo tomas en la comida, te friegas con él y ahora asesinas el hidro-jardín, utilizándolo también. Quizá podamos dar con ello un buen testimonio extra para el charlataneo oficial y recogerlo cuando

toquemos en la Tierra. De acuerdo. Weeks —dijo al pequeño venusiano—, quédate a la escucha en el intercomunicador, está conectado con los auriculares de nuestros cascos. Vamos a saltar fuera y ver cuántas lágrimas tendremos que derramar frente a esos Eysies, contándoles nuestra triste historia.

Se embutieron finalmente en los farragosos y abultados trajes espaciales y realizaron, ayudados por Weeks, la maniobra de la descompresión en la compuerta de acceso al exterior. Desembarcaron y echaron a andar por aquel terreno que aún calentaba bajo sus pies por el aterrizaje, alumbrados por el haz de rayos de la cúpula.

—Nadie se da prisa a ayudarnos —dijo la voz de Rip en los auriculares de Dane—. ¿Son un poco descuidados, verdad?

Descuidados... ¿No sería que los Eysies habían reconocido al Reina Solar y le estaban preparando la clase de bienvenida apropiada?

CAPITULO XI

MEDIDAS DESESPERADAS

Medido por la distancia y el tiempo, aquel paseo, embutido en los pesados trajes espaciales a través del abrupto terreno rocoso del asteroide, era muy corto; pero calibrado por los latidos del corazón de Dane, se le antojó demasiado largo. No aparecía signo alguno de vida en la cúpula de la estación, ni se apreciaba movimiento alguno en la parte residencial, en que aquellos hombres deberían haber acudido en su auxilio.

—¿Crees que serán hombres invisibles? —bromeó Alí con los auriculares.

—Quizá desearíamos que lo fuesen —repuso Dane.

Rip se había aproximado a la compuerta de aire de la estación. Su enorme brazo enfundado en el traje espacial golpeó contra la barra de control, cuando los auriculares de los tres hombres captaron la misma pregunta:

—¡Identificarse! —La acre orden era el suficiente aviso como para comprender que una respuesta adecuada sería la mejor política a seguir.

—Shannon A-A, del Polestar —repuso Rip—. Solicitamos los derechos de emergencia.

Pero, ¿los conseguirían? —se imaginó Dane. Se oyó un chasquido en sus auriculares. La puerta cedía bajo la presión de la mano de Rip. Al fin los ocupantes se habían decidido a abrir la compuerta. Dane se apresuró a seguir a Rip. Los tres tripulantes del Reina Solar se agruparon en la compuerta de descompresión, esperando la maniobra del cierre y apertura del interior para poder despojarse en contra, no serían demasiadas, aquella era una Estación pequeña. No albergaría a más de cuatro agentes, con toda seguridad, a ellos les resultaba familiar la arquitectura y disposición interna de aquellas Estaciones para saber cómo manejarse. Alí se dirigiría al cuarto de las comunicaciones, por si tenía necesidad de actuar, en caso de que surgieran complicaciones. Rip y Dane se ocuparían de los disidentes, en la sección principal. Pero confiaban en tener suerte y en salir de allí victoriosos, contándoles a los Eysies, cualquier historia que les evitase el menor conflicto, de ser posible.

El calibrador de la pared registró el punto de seguridad y se apresuraron a despojarse de los pesados trajes espaciales. Pusieron aquellos engorrosos artefactos contra la pared en la puerta del interior y entraron en territorio Eysie.

Como comerciantes libres, tenían la ventaja de vestir uniformemente, y no delatar a ninguna Compañía su espacionave y sus reglas. Por tanto podía ser

creíble lo de que pertenecían a la tripulación del "Polestar" y no al famoso Reina Solar. Y cada uno de ellos se aseguró de tener bien dispuesto a la mano, en su cinturón, el bastón letárgico. No era mortal como arma de combate, pero tenía efectos en espacios cerrados, aunque fuesen temporalmente, lo que les resolvería el problema. Y desde que se encontraban preparados para cualquier disturbio, tenían que sospechar que los Eysies estarían a su vez preparados para el ataque.

Un hombre de la Compañía, con la túnica negligentemente abierta en su recio cuello, apareció esperando frente a ellos. Con la cabeza descubierta y la piel basta y reseca, quemada por las radiaciones ultravioleta del espacio, denotaba que no había empleado ninguna crema durante muchos días. Como suboficial de cualquier espacionave, estaría retirado allí unos cuantos años, hasta que le llegara el retiro en aquel servicio nominal. Les envolvió con una mirada de sospecha.

—¿Qué les ocurre? —preguntó sin el menor saludo de cortesía—. No se han identificado al llegar.

—Tenemos rotas las comunicaciones —replicó Rip brevemente—. Tenemos necesidad de provisiones de emergencia para el hidro-jardín.

—Es la primera vez que oigo que las comunicaciones están ligadas a las hierbas —dijo el Eysie con las manos en las caderas, cerca de algo que Dane pudo comprobar que era una pistola desintegradora. Aquello no formaba parte de la dotación regular de los servidores de una Estación de Emergencia solitaria en un asteroide, probablemente los otros individuos de la Estación estarían preparados también.

—Las comunicaciones son cosa aparte —siguió Rip—. Nuestro técnico está trabajando para repararlas. Pero el hidro-jardín necesita una reinstalación urgente. Tenemos que tirarlo todo y equiparlo nuevamente con algas. Le daremos un recibo como pago, que les será hecho efectivo en la Tierra, por el suministro.

El agente Eysie continuaba bloqueando el umbral de la Estación.

—Esto es propiedad privada, pertenece a la Inter-Solar. Debieron haberse dirigido a la Patrulla, en cualquiera de sus puestos de socorro. Y que ellos les hubieran abastecido, comerciantes libres.

—Nos dirigimos a la Estación de Emergencia más próxima, al descubrir que teníamos la espacionave contaminada —explicó Rip con paciencia—.Esa es la Ley, y usted lo sabe. Usted tiene que abastecernos y aceptar un recibo por el pago.

—¿Cómo sabré que su recibo es válido, sin antes comprobarlo? —preguntó el Eysie razonablemente.

—De acuerdo —dijo Rip encogiéndose de hombros—. Si nos obliga usted, descargaremos parte de nuestras mercancías que venderemos a bajo precio para cubrir su factura.

—No en este campo —repuso el Eysie sacudiendo la cabeza —. Primero transmitiré su recibo.

Ya estaba allí el gran inconveniente, pensó Dane con amargura. Su suerte caía por tierra. El Eysie iba a realizar algo que no había derecho a protesta alguna. Cumplía estrictamente con su obligación, y ello suponía transmitir en imágenes el recibo que entregaran hasta el Cuartel General de la Inter Solar, y que fuera comprobado y dado el visto bueno antes de que pudiesen obtener el aprovisionamiento del hidro-jardín.

Pero Rip sólo pareció afectado de una suave resignación.

—¿Es usted el técnico de comunicaciones? ¿Dónde está su equipo? Lo redactaré por escrito, si ése es su deseo.

El agente Eysie pareció relajar algo su actitud, aun desconociendo si se había creído aquello o no, por parte de los hombres del Reina Solar y volviéndose, indicó con la mano.

—Por aquí.

Le siguieron hasta una estrecha salita, Rip a sus talones y los demás detrás.

—Un puesto solitario —comentó Rip—. Me imagino que sus muchachos sentirán nostalgia de los espacios abiertos.

El otro movió la cabeza negativamente.

—No somos amantes de las estrellas. Y la paga es buena para un período de tres meses. Nos llevan a la Tierra después, antes de que empecemos a volvernos neurasténicos.

—¿Cuántos de ustedes suelen estar aquí normalmente? —preguntó Rip, en forma casual.

Pero el Eysie debería estar esperando aquel género de pregunta capciosa, ya que contestó evasivamente.

—Los suficientes para atender el servicio; pero no para ayudarles a cambiar sus instalaciones. Cualquier ofrecimiento de pago a bajo precio nos está estrictamente prohibido. Ustedes tienen suficientes manos en su nave para arreglárselas.

Rip se puso a reír.

—Está muy lejos de mí pensar en solicitar ninguna ayuda de ningún Eysie. Conocemos muy bien cómo las gastan los hombres de su Compañía...

Pero el agente Inter Solar no pareció hacer mucho aprecio de la pulla de Rip. En su lugar, se dirigió a la pared y descorrió un panel, donde en el interior de aquella habitación contigua, otro elemento con la túnica del Inter Solar estaba de servicio en el equipo de comunicaciones.

—Estos comerciantes libres desean televisar su recibo de pago —informó el guía al técnico—. Y el aludido, interesado, tomó un block especial que empujó en dirección a Rip.

—Puedo transmitirlo ahora mismo —informó.

Alí permanecía con la espalda contra la pared y Dane en el umbral. Ambos se fijaron en la mano izquierda de Rip, por si llegaba la señal convenida. Cuidadosamente aproximaron la mano a una pulgada de sus letárgicos. Con la mano derecha Rip tomó el block, mientras que el técnico de comunicaciones se volvía para ajustar los controles del equipo, tomando un micro para llamar

al Cuartel General de la Inter Solar.

El índice de la mano izquierda de Rip se juntó con el pulgar formando un círculo. Alí sacó rápidamente su letárgico y en una fracción de segundo apuntó con sus rayos invisibles y letárgicos al técnico sentado en el equipo. En el mismo instante, Dane disparó contra el agente que les había guiado hasta allí. El último tuvo tiempo para dejar escapar un quejido de sorpresa y en sus manos había ya una pistola, que se escapó de sus manos, cayendo de rodillas y quedando tumbado en el suelo sin sentido. El técnico cayó hacia adelante, como si el sueño más profundo le hubiera atacado de pronto en su cometido.

Rip se aproximó de un salto al transmisor y cerró la llave que estaba abierta para transmitir. Mientras Alí, con la ayuda de Dane, inmovilizaban de una forma efectiva a los Eysies con sus propios cinturones.

—Tiene que haber, por lo menos, tres hombres en esta Estación —dijo Rip acechando en la puerta—. Tenemos que tenerlos a todos bajo control, antes de hacer nuestro trabajo.

Sin embargo, el interior de la instalación, bajo la cúpula, incrustada en el suelo del asteroide, no era un lugar muy apropósito para buscar con facilidad. Un enemigo cualquiera, avisado de una probable invasión, podía cómodamente mantener a raya al grupo del Reina Solar, espiándolos a placer o preparándoles cualquier trampa. Finalmente, con el temor de perder el tiempo, se contentaron con cerrar el panel de la habitación de comunicaciones y abrieron la puerta que daba a la parte baja de la estación, buscando afanosamente el almacén. Las provisiones de emergencia para el hidro-jardín, consistían principalmente de algas, que podían almacenarse en tanques y tenerlas dispuestas para su uso en cualquier momento, mientras que las plantas que llevaba el Reina Solar, necesitaban mucho tiempo para crecer, incluso empleando métodos forzados. Dane deseaba a toda costa permanecer dentro de la Estación de Emergencia del asteroide el tiempo necesario para reunir las provisiones suficientes, mientras que los otros dos compañeros, teniendo más experiencia, volverían a la espacionave para desalojar el hidro-jardín y reinstalarlo nuevamente.

Cuando Rip y Alí salieron, Dane empezó a encontrar la cúpula y sus instalaciones un lugar fácil de manejar. Halló en seguida los recipientes necesarios y los amontonó en una carretilla de mano y la empujó hasta el pie de la escalera, llevando dos cilindros de oxígeno comprimido de cada vez. El aire corriente formaba un murmullo constante a través del estrecho corredor, permaneciendo constantemente alerta, para cualquier tropiezo, tratando de descubrir ruido de pasos que no fueran los suyos, por cualquier roce o ruido extraño a sí mismo. De tiempo en tiempo, se detenía repentinamente para escuchar. Tenía dispuestos ya una docena de recipientes alineados y a punto para su transbordo al Reina Solar, cuando la señal le llegó a sus propios auriculares. Llevar los cilindros a la cámara de descompresión, y verificar las operaciones de salida, no le llevaría mucho tiempo. No sabiendo cuántas cajas

de algas necesitaría, se afanó en llevar todas las que encontró a mano. Llevaría transportadas una media docena, cuando le llegó el mensaje de Rip, de que volvía en su busca.

Fuera de su traje de presión, el ayudante de astrogator llegó hasta el corredor, mirando la enorme pila de recipientes que Dane tenía preparados y sacudió la cabeza.

—No los necesitaremos todos. No, déjalos —dijo a Dane, mientras que recogiendo dos de ellos, le hizo una señal para volver a la espacionave—. Hay algo más importante que hacer ahora. —Y se volvió hacia el cuarto que conducía a la unidad de comunicaciones espaciales.

Los dos agentes I-S. se habían despertado. El técnico de comunicaciones parecía aceptar sus ligaduras filosóficamente. Permanecía quieto sobre la espalda mirando al techo. Pero el otro se había movido como un gusano por el suelo y Rip tuvo que detenerse para no tropezar con él.

Shannon se detuvo y, clavando los dedos en la túnica le obligó a volver atrás, mientras que el Inter Solar le obsequiaba con una rociada de palabrotas que no eran precisamente del leguaje del Comercio. Rip esperó a que se desahogara el Eysie y entonces se dirigió hacia él en tono conciliatorio.

—Oh, seguro, nosotros somos todo eso. Pero el tiempo corre, Eysie, y no podemos perderlo. Pero espero un par de respuestas suyas. Primero, ¿cuándo espera usted su relevo?

Aquello sacó al agente nuevamente fuera de sí. No, no le sacarían nada del cuerpo, los Comerciantes Libres no obtendrían la menor información.

Pero fue el compañero de infortunio, el técnico de comunicaciones, quien sospechó la razón que se escondía tras las palabras de Rip.

—¡Cierra el pico! —le gritó el otro—. Ya veo que se les ha ablandado el corazón. ¿Está usted preocupado por dejarnos aquí atados, no es cierto?

Rip sacudió la cabeza.

—A despecho de lo que ustedes piensen de nosotros —replicó—. Nosotros no estamos fuera de la Ley de la Patrulla.

—No, ustedes vienen sencillamente de una espacionave apestada —remarcó el técnico con calma. Sus palabras hicieron cierto efecto sobre su compañero—. ¿Es el Reina Solar?

—¿Consiguieron ustedes la información, pues?

—¿Y quién no? ¿Tienen ustedes realmente epidemia a bordo? —El pensamiento no pareció alarmar al técnico de comunicaciones. Pero su compañero procuró retirarse de los Comerciantes Libres y en sus facciones se veía el espanto y el temor.

—Tenemos algo... probablemente provocado exprofeso —explicó Rip—. Sus jefes deben tener de eso un buen conocimiento, seguramente. Y ahora díganme cuándo tendrán ustedes el próximo relevo. ¿Cuándo se efectuará?

—No se hará hasta que hayamos muerto, si nos dejan ustedes en esta situación. Y de otra parte —añadió el otro fríamente—, no veo que podamos hacer nada en contra. Todavía tenemos eso. —Y señaló hacia la estación

transmisora.

—Bien, después de algunas alteraciones —advirtió Rip—. El equipo, en su mayor parte, se hallaba encerrado en una caja metálica, que necesitaba un soplete para ser abierta. Pero pudo destrozarlo en las partes vulnerables y así lo hizo. El técnico contempló el destrozo, usando al final dos expresiones que su compañero no solía emplear.

—Y ahora —añadió Rip tomando su letárgico—, un poco de sueño, y cuando despierten, todo habrá sido una mala pesadilla, sin otras consecuencias.

Y cuidadosamente apuntó el letárgico a cada uno de los Eysies que cayeron rápidamente en un letargo, procediendo inmediatamente a desligarles de sus ataduras. Pero antes de salir, procuró dejar el recibo por el pago de los abastecimientos, en el registro de la Estación. El “Reina Solar” no robaba nada, con arreglo a la Ley, conservaría siempre un derecho justo.

Vistiéndose de nuevo con los pesados trajes espaciales, se dieron prisa y cruzaron el terreno rocoso hasta la espacionave. Allí, bajo la cola del aparato, había una enorme maraña de plantas, que había sido el rico resultado de años de trabajo en recolectarlas de los más diversos puntos del universo.

—¿Encontrasteis algo? —preguntó Dane, mientras rodeaba aquel revoltijo en su camino hacia la escotilla de embarque.

—Nada que podamos interpretar debidamente —repuso Rip—. Me habría gustado que Mura o Craig Tau hubieran podido tener la oportunidad de comprobarlo. Sin embargo, hemos hecho fotografías en tres dimensiones de todo ello, antes de tirarlo. Quizá después pueda ser examinado, cuando...

Se detuvo, dejando suspendida en el aire la palabra “cuando”. ¿Cuándo alguno de aquellos dos hombres, el cocinero o el médico podrían recobrarse de su sueño letárgico producido por la misteriosa enfermedad? ¿Tendrían oportunidad de examinar aquellas tomas fotográficas en tres dimensiones?

De vuelta en el “Reina Solar”, con todos los preparativos dispuestos para partir del asteroide, tomaron sus respectivos puestos. Dane especulaba mentalmente sobre la ruta que Rip seguiría... ¿Se dirigirían a vagabundear por el espacio, alrededor del sistema solar, hasta que pudieran resolver sus problemas? ¿O tendría Rip un puerto seguro de aterrizaje en la mente? No tuvo tiempo de preguntar, antes de partir. Pero una vez en el espacio, de nuevo, la cuestión surgió.

Rip se mostraba serio.

—Francamente —comenzó a decir, y tras una vacilación, añadió—: no lo sé. Si pudiéramos conseguir que el capitán o Tau se pusieran nuevamente en pie...

—Una cosa —concretó Alí al unirse a la conversación—. “Simbad”, ha vuelto al hidro-jardín.

Y esta mañana no había forma de hacerlo entrar por la puerta. Creo que es una buena prueba de evidencia...

No lo sabrían; pero algo realmente interesante, recordando lo sucedido en

las últimas horas transcurridas. El gato, que había mostrado tanta aversión hacia el almacén y después al hidro-jardín, volvía con gusto nuevamente al último departamento, como si algo maligno que allí se encerrase se hubiera marchado con el contenido al ser arrojado fuera de la espacionave. Todavía no habían resuelto el misterio; pero al menos ya contaban con una pista interesante en sus manos.

Nuevamente, el cuidado de los enfermos ocupaba sus horas y Rip insistió en mantener una vigilancia en las comunicaciones, escuchando cualquier noticia que tuviese relación con el "Reina Solar". Habían hecho un buen trabajo, silenciando la Estación de Emergencia del asteroide, ya que tenían a su disposición por lo menos seis horas de vuelo espacial, antes de que las noticias de asalto fueran enviadas a la más próxima patrulla.

Alí se echó a reír.

—Dirán que somos piratas. Y contarán que hemos sostenido una verdadera batalla.

Weeks dejó escapar un gruñido de disgusto.

—Creo que los Eysies prepararán mejor la cosa todavía. Tratarán de ponernos fuera de la Ley.

Rip no compartió el tono general de broma que sus compañeros sostenían, después de haber escuchado algunas informaciones del espacio.

—Han procurado silenciar que hemos dejado en su poder el recibo de pago.

Alí sonrió cínicamente.

—¿Esperabas otra cosa, hermano? Los Eysies piensan que nos tienen ahora bien cogidos, ¿por qué tendrían que darnos ninguna ventaja? Nos lo hemos jugado todo en este ataque, no lo olvidéis, amigos.

Weeks parecía confuso.

—Pero yo creo haberos oído decir que eso era legal —dijo dirigiéndose a Rip—. Si nos colocan como fuera de la Ley, frente a la patrulla...

—No han podido hacer contra nosotros más de lo que hubieran hecho contra una espacionave con epidemia a bordo —constató Alí—. Por tanto, ¿qué debemos hacer mejor ahora?

—Debemos procurar encontrar la epidemia sea como sea —indicó Dane con fuerza.

—¿Cómo? —preguntó Alí—. ¿Con los poderes mágicos de Tau?

Dane tuvo que verse forzado a expresar la verdad.

—No lo sé todavía... pero es nuestra única oportunidad.

Rip se frotó los ojos desalentado.

—No estoy en desacuerdo... pero, ¿por dónde empezamos? Hemos cribado las cabinas de Mura y de Kosti y hemos limpiado el hidro-jardín de punta a cabo.

—Esas tomas en tres dimensiones del hidro-jardín podrían ser la respuesta. ¿Vamos a comprobarlas?

Sin otra palabra, Alí se levantó y salió de la cabina, volviendo con un rollo

de microfilm. La colocó en un gran proyector que enfocó en la pared y apretó el botón.

Las perfectas fotografías en tres dimensiones se mostraban nítidamente, mostrándoles el hidro-jardín en todos sus aspectos y desde todos los ángulos. El verdor de las plantas era tan vivido y real que Dane creyó poder alargar la mano y tomar una de ellas. Pulgada a pulgada examinaron las hileras una a una, observando sistemáticamente si había algo que no estuviese en orden, y que resultara extraño al lugar. Después, las tomas se mostraron en grupos de plantas. Los tres hombres asistían interesados en la proyección, sin quitar los ojos de la pantalla. Pero todos se hallaban en desventaja por el imperfecto conocimiento de la disposición interna de la instalación, que sólo era conocida por Mura y el médico Tau.

—¡Espera! ¡Un momento! —advirtió el joven Weeks, el venusiano—. El rincón de la izquierda.

Y con la mano señalaba aquella porción del hidro-jardín. Alí detuvo el proyector e hizo un nuevo ajuste focal.

Las plantas, aumentadas cuatro veces de tamaño, resplandecían con su verde brillante en la pantalla. Lo que Weeks había captado, pudieron verlo todos, entonces. Hojas trituradas, tallos raídos y carcomidos. Era sólo una sola especie de planta la que había sido atacada tan misteriosamente. Otras variedades que se hallaban en el mismo tanque no mostraban signos de alteración. Pero otra del mismo tipo tenía también una ramita desgarrada y otras dos eran virtualmente dos esqueletos.

—¡Una epidemia! —dijo Rip.

—Pero “Simbad” —empezó Dane a protestar, antes de recordar la conducta especial del gato en las pasadas jornadas.

“Simbad” había escapado de allí, el cazador que mantenía al “Reina Solar” libre de cualquier bicho extraño sin ser atacado por lo que había asolado aquellas plantas. Y no era posible que el gato hubiera hecho aquello, ya que usualmente, mostraba a todos los miembros de la tripulación el cuerpo muerto de cualquier bicho raro que mataba en sus cacerías constantes por la espacionave.

—Parece como si al fin tuviéramos algo a la vista —observó Alí, y todos al unísono dejaron escapar un suspiro de alivio.

CAPITULO XII

LA EXTRAÑA CONDUCTA DE QUEEX

—De acuerdo, ya tenemos algo más que sepamos —añadió Alí, un instante después—. Pero, ¿por dónde empezamos? No podemos permanecer en el espacio indefinidamente. No contamos con demasiado combustible y las provisiones...

Rip tomó una decisión.

—No iremos a permanecer en el espacio, desde luego —aseguró con el convencimiento de alguien que tiene delante de sí un camino abierto.

—¿La Luna? —aventuró Weeks tímidamente.

—No. No, después de los avisos que corren por el espacio. ¡A la Tierra!

Durante unos momentos, los demás miraron fijamente a Rip, sin dar crédito a sus oídos. La audacia y el peligro de aquella sugerencia habían despertado la atención de sus compañeros. Una espacionave con epidemia a bordo jamás podía pensar en aterrizar en la Tierra sin haber pasado la cuarentena en el lazareto de la Luna. Era algo incomprensible para ellos escuchar cosa semejante.

—Si tratamos de tomar tierra en nuestro mundo —comenzó a decir—, lo más seguro es que nos conviertan en una antorcha.

Rip explicó.

—Lo que te ocurre, cuando hablas así, es que te figuras que yo hablo en términos que signifiquen un aeropuerto de la Tierra.

—Bien, hay un campo de la Patrulla en Stella—convino Weeks vacilantemente—. Pero con eso nos meteríamos también en la boca del lobo...

—Buscaremos un sitio seguro donde aterrizar —continuó Rip— y sellaremos el “Reina Solar”, hasta que hayamos encontrado la epidemia, después traeremos un médico a bordo e iremos hasta el fondo de esta condenada cuestión.

La confianza con que Rip se expresaba resultaba contagiosa. Hasta Dane creyó firmemente que aquél era el único camino a seguir.

—¿Habéis pensado —interrumpió Alí— qué nos ocurriría, si estamos equivocados, y si el “Reina Solar” es realmente un portador de epidemia?

—Ya he dicho —insistió Rip— que sellaremos la espacionave perfectamente, y cuando tomemos tierra, lo haremos donde no tengamos ningún visitante que poder infectar.

.—¿Y dónde está ese lugar? —preguntó Alí, que conocía los desiertos de Marte mejor que la Tierra.

—¡Justo en mitad de la Gran Quemadura!

Dane, nacido y criado en la Tierra, se dio cuenta en el acto de lo que Rip había planeado y lo que quería significar con ello. Sellada y precintada, la “Reina Solar” se hallaría ampliamente protegida de cualquier investigación. Si la tripulación sobrevivía, era ya otra cuestión diferente; pero el que pudiera aterrizar era algo que podía ser considerado. La Gran Quemadura era el horrible espacio que como una gigantesca cicatriz había quedado sobre la Tierra, a consecuencia de la última Guerra Atómica, una sección de terreno envenenado con radiaciones mortíferas que comprendía miles de millas cuadradas. Una tierra que durante generaciones nadie había intentado penetrar, ni siquiera aproximársele. Originalmente, los supervivientes de tal guerra habían huido de todo el continente, que había quedado desolado y desfigurado. Habían transcurrido dos siglos antes de que los hombres se hubieran aproximado a aquella zona, comenzando a poblarla y a aproximarse en lugares de seguridad, hacia el oeste y el sur. Y a través de los años, el evitar la Gran Quemadura constituía ya como un instinto de conservación de la raza humana. Era como el símbolo de lo que ningún terrestre deseaba volver a recordar.

Pero Alí sólo tenía una pregunta que hacer.

—¿Podremos conseguirlo?

—Nunca lo sabremos, si no lo intentamos —fue la respuesta de Rip.

—La Patrulla nos estará acechando —intervino Weeks. Con su mentalidad venusiana, el joven Weeks tenía menos respeto a los peligros de la Gran Quemadura que a la fuerza de la Ley por la que se regulaba la conducta de los caminos de las estrellas.

—Normalmente estarán de servicio en las rutas corrientes —continuó Rip —. No esperarán una espacionave dirigirse a tal sector, tan apartado de los aeropuertos espaciales. ¿Por qué tendrían que hacerlo? Que yo sepa, nunca lo han hecho. Será un buen truco por nuestra parte. Además, no nos queda otro remedio.

Y Rip se echó sobre los hombros toda la responsabilidad de su acción.

—Creo que podremos conseguirlo. Lo que no podemos es seguir dando vueltas por esta región del espacio. Con los I-S persiguiéndonos a muerte y las Patrullas avisadas, no podemos imaginar siquiera ir a la Luna.

Ninguno de sus interlocutores argumentó nada más. El espíritu de Dane comenzó a recobrarse, ya que todos ellos apenas sabían casi nada de la Gran Quemadura... Les permitiría, al menos, un excelente refugio temporal. Finalmente todos estuvieron de acuerdo, principalmente porque no disponían de otra alternativa de conducta a seguir. Su decisión quedó confirmada, poco después, por un sardónico aviso en el equipo de transmisiones, un aviso que Alí, que lo había captado en el aparato, pasó a sus compañeros.

—“Se os saluda, piratas”.

—¿Qué quieren decir? —exclamó Dane, que estaba ocupado en calentar el alimento para el capitán.

—Las palabras ya están dichas... nuestro "raid" contra la Estación de Emergencia es ahora del dominio general y la Patrulla lo ha tomado en cuenta. ¡Hemos sido condenados!

Dane sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ahora se encontraban proscritos para todo el sistema. Cualquier Patrulla que les avistara podría dispararles y destruirles sin previo aviso. Por supuesto, se habían arriesgado a ser unos proscritos desde que atacaron la Estación de Emergencia. Pero el comprobarlo, ahora, era diferente. Trató de conservar la voz serena, mientras preguntaba:

—Esperemos que podamos llevar a cabo el plan de Rip,

—Lo haremos. ¿Qué hay sobre la Gran Quemadura, Dane? ¿Tú podías decirnos algo de las leyendas que existen sobre ella, verdad?

—No se sabe mucho. No ha sido explorada nunca, o al menos, los que se arriesgaron a explorarla no dijeron nada, después. Por lo que yo sé, está estrictamente abandonada y solitaria.

—¿Estará todavía "caliente"?

—Una gran parte de ella debe estarlo. Pero toda... no lo sé bien.

Con la botella de sopa en la mano, Dane subió hasta la cabina del capitán Jellico. Y estaba tan ocupado con el problema que llevaba entre manos, que, al principio, no se dio cuenta de lo que ocurría en el interior de la cabina. Ayudó al capitán a medio incorporarse, pasándole un brazo bajo el cuello, y comenzó a verter pacientemente la sopa en sus labios, de una cucharada cada vez, cuando un suave crujido llamó su atención, procedente de lo alto del pupitre de Jellico.

Desde la tapa semiabierta del equipo micro-magnético, una cosa larga y obscura se proyectaba hacia afuera, batiendo el aire suavemente. Dane, dejando al capitán descansar sobre la espalda, se dirigió a investigar lo que sucedía, cuando el Hoobat rompió su natural quietud de los pasados días, soltando un extraño chillido de furia. Dane golpeó el fondo de la jaula, con el gesto que Jellico empleaba para calmarlo; pero esta vez, el resultado fue espectacular.

La jaula comenzó a botar de arriba abajo, suspendida por el muelle espiral que la sostenía al techo de la cabina y el horrible bicharraco azul con plumas se escapó entre los alambres de la jaula. Bien fuera que la había hecho saltar con sus garras, o porque fallase algún alambre, el resultado fue que el Hoobat cayó al suelo con un golpe silencioso y acolchonado. Sus gritos se detuvieron repentinamente, conforme empezó a reptar con sus largas patas de sapo, en dirección al equipo magnetofónico, actuando con un propósito definido y sin hacer el menor caso a Dane.

Sus garras se dispararon con facilidad y extrajo de la caja, semiabierta, una criatura tan fantástica como el propio Hoobat, una horrible criatura animal que empezó a luchar y de la cual Dane apenas si se daba cuenta. Se entrelazaron luchando por toda la cubierta del pupitre hasta caer rodando al suelo. Entonces el animal perseguido se deshizo del perseguidor y saltó a fantástica

velocidad fuera de la cabina en dirección al corredor. Y antes de que Dane pudiera moverse, el Hoobat salió tras él.

Dane ganó el corredor justo a tiempo de ver a Queex desaparecer escalera abajo, saltando con ayuda de sus garras como pinchos agudos, y aparentemente determinado a coger a su enemigo a toda costa. Y Dane le siguió.

En el nivel inferior no se advertía la menor traza de ningún otro animal. Pero Dane no hizo intención alguna para capturar a Queex, el Hoobat, que permaneció acurrucado, mirando sin pestañear en el espacio. Dane aguardó sin movimiento alguno, por temor a distraer al Hoobat. Apenas si se había dado cuenta del animal que huía de Queex; pero de lo que sí estaba seguro era de que no era nada que perteneciese al "Reina Solar".

Y bien pudiera ser el factor causante de los disturbios que sufrían en la espacionave. Si el Hoobat pudiese conducirle hasta donde estaba...

El Hoobat empezó a moverse, sosteniéndose sobre las puntas de sus seis patas y con su cabeza sin cuello, removiéndose nerviosamente dentro de su caparazón. A lo largo de su espina dorsal, las plumas azules estaban encrespadas formando una cresta mucho más enhiesta que lo que "Simbad" solía hacer cuando estaba furioso. Y entonces, sin darse mucha prisa, comenzó a descender el otro tramo de escaleras, dirigiéndose hacia la sección inferior donde se alojaba el hidro-jardín.

Dane se quedó donde estaba, hasta que el Hoobat hubo alcanzado la cubierta del nivel inferior, y entonces le siguió paso a paso. Estaba seguro de que la peculiar constitución del cuerpo del Hoobat le impedía mirar hacia arriba, a menos que no se tumbara sobre la espalda, pero no quiso ayudar ni estorbar al animal, ya que comprendió que Queex proseguía una caza metódica.

Queex se detuvo de nuevo, al pie de la segunda escalera, y se dejó caer sobre su parte trasera, aparentemente hecho una pelota, como un balón azul redondo. Dane bajó la escalera despacio, deseando que no hubiera hecho nada que pudiese haber asustado al cazador. Y entonces, al igual que había procedido antes, y cuando Dane creía que el Hoobat había perdido el rastro de su presa, el animal se disparó a lo largo del corredor, en dirección al hidro-jardín.

Por lo que Dane suponía, la puerta del hidro-jardín no solamente estaba cerrada sino precintada.

Y de qué forma podrían entrar el extraño animal perseguido y el Hoobat fue algo que Dane no pudo explicarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alí, bajando la escalera, para detenerse bruscamente ante un signo de la mano de Dane.

—Es Queex—dijo Dane, con la voz como un susurro—que está tratando de cazar algo que ha salido corriendo de la cabina del viejo y que se ha metido por aquí.

—¡Queex! —exclamó Alí, callándose inmediatamente.

El corto corredor terminaba a la entrada del hidro-jardín. Dane tenía razón, allí encontraron al Hoobat acurrucado a la puerta, con las garras arañando el metal, como protestando por aquel inconveniente que no le permitía entrar.

—Lo que sea tiene que estar ahí encerrado —dijo Dane en voz baja.

El hidro-jardín, despojado de la lujuriante vegetación de plantas vivas, estaba ocupado ahora por los tanques de verdes algas, y no dejaban mucho espacio ni sitios en qué ocultarse. Dejaron, pues, entrar a Queex y esperaron.

Al primer ruido de la apertura del panel de entrada, Queex dejó escapar nuevamente su penetrante chillido como grito de guerra, y se lanzó al interior del hidro-jardín. Dane y Alí entraron después, teniendo que acomodar sus cuerpos al reducido espacio que dejaban libre los tanques de algas y cerraron tras ellos, nuevamente, el panel de acceso.

El aire no era tan fresco como cuando las plantas estaban plantadas anteriormente. Y los tanques que ahora ocupaban los lugares de los macizos tan bien arreglados de antes eran algo para no mirarlos. Hoobat se volvió nuevamente una pelota azul, inmóvil, a medio camino del pasillo.

Dane silenció su propia respiración, para escuchar. Las acciones de Queex denotaban sin duda que el bicho extraño se había alojado allí, aunque ¿cómo habría podido conseguirlo? Pero si estaba en el hidro-jardín, estaba bien escondido. Estaba preguntándose cuánto tiempo tendría que esperar a que Queex entrara nuevamente en acción, cuando de sus patas frontales se levantaron y cruzó deliberadamente los pinchos unos junto a otros, cruzados, produciendo un sonido raspante, que más bien parecía una vibración del aire. Atrás y adelante, atrás y adelante. El Hoobat continuaba frotando las garras. Escuchándolo, producía casi un efecto hipnótico, y la razón de tal maniobra estaba más allá de la comprensión de las personas que lo veían actuar. Pero Queex sabía, sin duda, que estaba actuando adecuadamente. Los dedos de Alí se apretaron contra el brazo de Dane, nerviosamente

Algo, como una sombra movible, había dado la vuelta a un tanque de algas, y se hallaba más cerca del Hoobat. Por alguna razón mágica, el Hoobat atraía a su presa. Rascar, rascar... Aquel sonido extraño continuaba con una monótona regularidad. De nuevo la sombra se movió como un destello, más cerca del tanque. El Hoobat aparecía entonces, como alguien encantado por su propio arte, sumido en un estado casi letárgico de su propia música fantástica.

Finalmente, el objeto hechizado se hizo visible aunque pegado al contorno del tanque, con la apariencia de volar de nuevo; pero bajo la imperiosa necesidad de aproximarse al Hoobat. Dane parpadeó, sin estar seguro de que sus ojos le estaban gastando una broma pesada. Había visto los casi transparentes globos "bogies" del planeta Limbo, se había fascinado contemplando las fantásticas y casi irreales criaturas de las colecciones del capitán Jellico en maravillosas fotos en tres dimensiones. Pero aquello era algo casi imposible en su forma, mientras que la horrible criatura azul con plumas que era Queex continuaba rascando para sacarla de su encierro definitivamente.

Caminaba erecta sobre dos finos apéndices por patas en las que tenía cuatro nudos que se detectaban fácilmente. Un abdomen protuberante se encerraba en la sustancia córnea que como un caparazón la envolvía, terminando en punta. Otro par de patas más pequeñas estaban unidas a la parte superior del cuerpo, equipadas con agudas terminaciones como aguijones. La cabeza, que constantemente volvía de adelante atrás sobre la coraza protectora que la envolvía, era alargada y estrecha y abierta en la mitad de su longitud por una boca por encima de la cual existían dos profundas concavidades que debían alojar los ojos, aunque tales órganos no eran visibles para los dos hombres que lo observaban. Era de un color gris pálido, lo que sorprendió a Dane un poco. Por lo que recordaba en los escasos segundos que lo había visto saltar desde el pupitre del capitán y después salir corriendo, le pareció que era mucho más obscuro. Erecto como estaba, el animal debería tener cerca de dieciocho pulgadas de altura.

Con la cabeza en constante movimiento, pareció vacilar junto al tanque de algas, y su color era tan idéntico al del metal, que a menos que no se moviera resultaba difícil distinguirlo. Por lo que pudo deducir Dane, el Hoobat no le prestaba atención. Queex pareció caer en un sueño feliz, de resultas de su propio juego musical sin variar el ritmo de su rascar extraño con las garras de las patas delanteras entrecruzadas.

Aquella cosa de pesadilla dio el último paso en una escapada que le situó frente a Queex, donde se detuvo. Sus patas delanteras se movieron como para atacar a su enemigo. Pero Queex no estaba durmiendo, ciertamente. Aquel era el momento que el Hoobat estaba esperando. Una de las garras que había tenido ocupadas en rascar y en producir aquel extraño susurro hipnótico, se abrió y se cerró rápidamente, y separó la cabeza del cuerpo del espía. Y antes de que ninguno de los dos hombres pudiera intervenir, el Hoobat había desmembrado totalmente el cuerpo de su enemigo.

—¡Mira eso! —exclamó Dane apuntando.

El Hoobat se hallaba enfrascado en el cadáver del enemigo y cuando algún trozo se ponía en contacto con el cuerpo azul de Queex y de su piel emplumada del mismo color la carne de su enemigo cambiaba de color suavemente como si el de Queex le tiñera de azul.

—¡Un camaleón! —exclamó Alí, y se agachó sobre una rodilla para contemplar de cerca el festín que se estaba dando Hoobat a cargo de su enemigo vencido.

—¡Observa eso! —indicó Alí de nuevo, al acercársele Dane.

Uno de los miembros despedazados de la víctima yacía en el sitio en que Queex lo había dejado. Era una de las delgadas patas superiores y por la aguja de la punta destilaba un fluido incoloro gota a gota.

—¿Veneno?

Dane buscó a su alrededor algo para poder recoger aquel apéndice chorreante del extraño pequeño monstruo. Pero antes de que pudiera hallar algo apropiado Queex se apropió de él y lo devoró enteramente. Y una vez

que el Hoobat hubo devorado su presa totalmente, se quedó en su inmovilidad acostumbrada. Dane fue por la jaula y con cierta dificultad y ayudado por Alí consiguió reducirlo de nueve a su cautividad. Toda la evidencia que quedaba ahora en el hidro-jardín fueron unas manchas viscosas sobre la plancha metálica del suelo que Alí recogió adecuadamente para una futura investigación en el laboratorio.

Una hora más tarde, los cuatro elementos que comprendía la actual tripulación del "Reina Solar" se reunieron en el comedor para una conferencia. Queex estaba en la jaula, sobre la mesa frente a ellos, durmiendo después de su pasada actividad.

—Tiene que haber más de uno —dijo Weeks—. ¿Pero cómo podremos cazarlos ahora? ¿Con el gato?

Dane sacudió la cabeza. Una vez el Hoobat enjaulado y recogida la evidencia del suelo, Dane había llevado el gato al hidro-jardín y le había obligado a olfatear el sitio en que había sido muerto el extraño monstruo. El resultado fue que "Simbad" pareció volverse loco y las manos de Dane aparecían ahora arañadas por las uñas del gato, que había escapado como un loco. Estaba claro que el gato de la nave no había conseguido matar a ninguno de aquellos intrusos. Había salido como un perseguido por el diablo hacia la cabina de Dane y se había refugiado en su litera, maullando salvajemente con los ojos furiosos cuando cualquiera de ellos intentaba entrar allí.

—Tiene que hacerlo Queex—dijo Rip—. Pero, ¿querrá cazarlos, a menos que se encuentre hambriento?

Y miró a aquella criatura que parecía en estado comatoso, escépticamente. Nunca había visto comer a aquel bicho favorito del capitán ninguna cosa, excepto algunas bolitas que Jellico guardaba en su pupitre, y además advirtieron que los intervalos de su alimentación solían ser de larga duración. Si tenían que esperar el tiempo corriente para que Queex tuviese hambre de nuevo, les llevaría mucho tiempo de espera.

—Tendríamos que cazar uno vivo —sugirió Alí pensativamente—. Si pudiésemos conseguir que Queex hiciera ese ruido para hipnotizarlo y pudiéramos entonces enmallado en una red...

Weeks movió la cabeza vivamente.

—Sí, una pequeña red como las que usan los Salarikis. Y echarla sobre ese bicho...

Mientras Queex seguía dormitando en su jaula, Weeks se dedicó a construir hábilmente una red con un hilo muy fino y resistente. Contando con la capacidad de cambiar de colores de aquellos animales nadie podía calcular cuántos habría dentro de la espacionave. Podrían probar únicamente dónde no estaban ya que bastaría con la actitud de "Simbad" de sincero horror ante su presencia. Por tanto hicieron un plan combinado para utilizar al Hoobat y al gato.

"Simbad", bien en contra suya, fue encerrado en un atalaje hecho con cuerdas de forma que pudiera manejarse sin temer por los arañazos de sus

garras. Y entonces, la caza empezó por la parte alta de la espacionave, yendo hacia abajo, sección por sección. La protesta de “Simbad” no se alzó en la cabina de control, ni en las cabinas privadas de los oficiales próximas. Aquello podía interpretarse como que la sección central se hallaba libre de invasores. Y así Dane llevando el gato y Alí acarreando la jaula del Hoobat, descendieron al nivel en que estaba situado el hidro-jardín, la cocina, la cabina de Mura y la enfermería de la nave.

Simbad entró con sus cuatro patas en la cocina y en el comedor. No se sintió molesto ni alterado, ni en la enfermería ni tampoco en la cabina de Mura, y esta vez incluso entró voluntariamente en el hidro-jardín.

—¿Podría ser que sólo existiera uno solo de esos bichos? —preguntó Weeks mientras permanecía con la red dispuesta en la mano.

—No lo creo —comentó Rip—. Creo que la equivocación era suponer que el hidro-jardín podía constituir su más seguro refugio. Si tenían miedo de Queex, ahora deben estar en el único lugar que les asegure una completa confianza.

Y conforme se dirigían hacia el compartimento de cargo “Simbad” se detuvo y comenzó a maullar desesperadamente. Se plantó firmemente en el suelo gritando y rehusando andar un centímetro más, hasta que Dane, con la ayuda del atalaje que le había hecho alrededor del cuerpo, le empujó hacia adelante.

—¡Mirad al Queex!

Y siguieron la advertencia de Weeks. El Hoobat dejó su estado letárgico. Se incorporó por sí mismo, adelantándose con las garras dispuestas a la lucha de nuevo, y gritando sus horribles chillidos poseído de un furor increíble. Hizo un esfuerzo tremendo por liberarse de la jaula. “Simbad”, maullando y bufando, rehusaba adelantar un paso más. Rip hizo una seña con la cabeza Alí.

—Déjalo entrar.

Libertado de la jaula el Hoobat se deslizó silenciosamente en derechura al panel de entrada que abría el depósito de mercancías del cargo de la nave. Y esperaron, mientras le abrían la puerta y permitían el acceso del cazador a su territorio de caza.

CAPITULO XIII

FUERA DEL MAPA

Sobre la cerradura del panel de entrada al almacén de las mercancías se hallaba el precinto puesto por Van Rycke, antes de partir de Sargol. Después de la inspección que efectuó Dane, no parecía ceder fácilmente. Con toda evidencia, la puerta no había sido abierta desde que dejaron el planeta perfumado. Y con todo, el Hoobat estaba completamente seguro de que los invasores se hallaban dentro.

Dane vaciló unos segundos antes de cometer un acto, que si no estuviese tan justificado para defenderse, después le habría supuesto ser incluido en la lista negra del espacio. Retorció el sello oficial del precinto, que debería permanecer intacto mientras estuviesen en vuelo hasta llegar a su destino. Con ayuda de Alí, empujaron con los hombros el pesado panel que daba acceso al almacén de mercancías, ahora completamente lleno con la madera roja cargada en Sargol. ¡La madera roja! Cuando la vio, Dane pareció darse cuenta de su propia estupidez. Junto con las piedras Koros, guardadas en su propia caja, sólo la madera había entrado procedente del mundo de los Salarikis. La epidemia no había sido introducida por ningún agente I-S sino por los propios Salarikis, con la madera.

Los hombres permanecieron en el umbral para permitir al Hoobat libertad de movimientos en su cacería. Y "Simbad" se acurrucó tras ellos, maullando lastimeramente y gimiendo como si protestase de ser tratado con tales procedimientos.

Y entonces, pudieron estar conscientes de percibir un olor especial, un olor agudo, e inidentificable, que Dane había apreciado, anteriormente, durante la carga y la estiba de la madera roja. No es que fuera desagradable... era algo distinto a todo lo conocido. Y ello, o lo que fuese, tenía un efecto electrizante sobre Queex. El cazador azul saltó encima de la estiba, con ayuda de sus garras y se situó sobre una pila de troncos de madera roja. Por unos instantes pareció inspeccionar el área que dominaba, mirando a un lado y a otro, lentamente, sin ruido alguno.

Después, levantó las garras y comenzó su clásico y extraño rascar de unas garras contra las otras, produciendo aquella extraña música hipnotizante que antes había sacado a la presa de su escondite. Aquel extraño sonido pareció causar un efecto sedante sobre "Simbad" y Dane sintió cómo el gato aflojando la tirante de la cuerda con que le sujetaba, no sólo no quería huir de allí sino que se dirigía hacia el interior del almacén, una vez dentro, miró atentamente

al Hoobat, con una fija mirada, con una fija mirada, como si estuviera fascinado.

Rascar... rascar... el monótono ruido continuaba arañando en los oídos de los hombres, atacándoles los nervios.

—Ahhhh.

Alí detuvo su exclamación como en un susurro; pero con la mano señaló hacia la derecha al nivel de la cubierta de la estiba. Otro de aquellos espantosos bichos se movía lentamente en dirección al Hoobat. La epidemia del navío cósmico tenía ahora el mismo color rojo brillante de la propia madera. No podía apenas distinguirse a menos que hiciera algún movimiento, lo que probablemente explicaba de qué forma habían podido subir a bordo.

Pero aquello era lo primero. Un segundo destello rojo brillante se produjo en seguida y un tercero después. Entonces, los bichos permanecieron estacionarios, como si estuvieran en condiciones de resistir el insidioso fascinamiento de Queex. El Hoobat mantenía una actitud de completa indiferencia y fuera de su música extraña producida con el rascar de sus garras, no parecía que el mundo existiera para él.

Rip murmuró a Weeks.

—Hay otro a la izquierda, en el mismo filo de aquel palo. ¿Podrías echarle la red?

El pequeño venusiano desenrolló la red y se dirigió bordeando el lugar para estar lo más seguro posible de su captura. Alí no quitaba los ojos del bulto que sobresalía del tronco rojo, que era su guarida.

—Dos, tres, cuatro, cinco.

Alí iba contando con la respiración contenida el número de aquellos intrusos de la nave, aunque Dane no pudo distinguir tantos. Para Dane sólo había cuatro, que eran los que había visto moverse. Aquellos bichos fueron reuniéndose en la pila de madera, conforme el Hoobat producía su fantástica música hipnótica, y dos de ellos descendieron en dirección a su condenación segura. Weeks se echó al suelo, sobre una rodilla, dispuesto a lanzar la red, cuando Dane fue el primero en tener una súbita inspiración. Se sacó el bastón letárgico de la cintura, puso el botón en disposición de esparcir los rayos letárgicos del arma y la dirigió sobre tres de los pequeños monstruos.

Rip, al darse cuenta de lo que Dane estaba haciendo, detuvo el gesto de Weeks, apoyando una mano sobre el hombro del venusiano. Uno de aquellos animales se movió, deslizándose y cayendo sin sentido entre dos pilas de madera. Allí quedó inconsciente, como una bola de rojo escarlata sobre el gris plateado de la plancha metálica. Entonces Weeks le lanzó la red, atrapándolo y corriendo la cuerda hasta encerrarlo totalmente en la malla. Pero como había ocurrido antes, el rojo brillante de su piel, fue cambiando rápidamente conforme Weeks lo atraía hacia él, en el color gris del metal sobre el que había caído... era un perfecto camuflaje natural.

El otro animal que se encontraba en el paso del haz de rayos letárgicos no perdió el equilibrio y se quedó cogido al palo en que descansaba, por lo que

los hombres no pudieron acercarse a cogerlo. No lo harían, mientras existiesen otros que pudieran escaparse y esconderse, libres de los efectos de los rayos paralizantes. Weeks miró a Rip, esperando instrucciones.

—¡A la cámara de congelación! —ordenó el comandante en funciones del “Reina Solar”—. Déjame hacerlo.

Con seguridad, la cámara de congelación, unida al efecto de los rayos letárgicos, podrían guardar al pequeño monstruo bajo control, hasta que pudieran tener la oportunidad de estudiarlo. Pero cuando el animal capturado pasó junto a “Simbad”, el gato pareció tan aterrado para evitar su presencia que comenzó a dar saltos como un loco, gritando y maullando desesperado, hasta que desapareció de su vista. No cabía duda de que el gato no había cazado ninguno de aquellos extraños animales.

Podrían ser invisibles y como si no existieran, por lo que al Hoobat se refería. Queex continuaba imperturbable su música de sirena. Uno de ellos se aproximó más al Hoobat, en repentinos saltos. Dane se imaginaba de qué forma Queex podría luchar con cuatro de ellos al mismo tiempo. Porque aunque dos de ellos habían estado en el paso de los rayos letárgicos, ahora Dane contaba cuatro saltando.

—Vigila para radiar —dijo Rip.

Pero hubiera sido de lo más interesante ver cómo Queex se las arreglaba para manejar a cuatro de aquellos monstruos. Y aunque Rip había dado la orden de vigilar, no había dado la orden de disparar los rayos. ¿Estaría también interesado en aquello?

El primero de aquellos bichos rojo escarlata se hallaba ahora a un pie de distancia del Hoobat y sus compañeros parecían excitados como si desearan el honor de batallar con el enemigo azul, cubierto de plumas. Por todas las apariencias, Queex parecía no verlo; pero cuando saltó rápidamente contra él con un bufido casi humano, el Hoobat tuvo en el acto sus garras dispuestas, detuvo el ruido hipnótico, y alargó los tentáculos sobre la cabeza del bicho, partiéndola en dos. Esta vez, el Hoobat no tuvo la menor intención de destrozar ni comerse a su enemigo. En su lugar, se quedó sumido en una completa inmovilidad y en total silencio, como si fuera una figura de una foto en tres dimensiones.

El animal muerto instantáneamente rodó como una pelota y cayó de golpe sobre la cubierta de la cabina, transformándose poco a poco en el color gris acero de la plancha metálica. Ninguno de los otros tres compañeros parecieron interesados en lo ocurrido. Los que habían sido afectados por el paso de los rayos continuaron inmóviles sobre el madero, y los otros se enfrentaban cara a cara con el Hoobat.

Rip no parecía dispuesto a gastar más tiempo.

—¡Disparad más rayos! —ordenó a Dane.

Y él mismo, Dane y Weeks, que ya estaba de vuelta, enfocaron sus armas radiantes hacia los monstruos rojo escarlata, en un amplio haz, que cogió al Hoobat de paso. Los ojos saltones de Queex se cerraron; pero no mostró otro

signo de caer bajo el impacto de las radiaciones letárgicas.

Aunque en aquellas condiciones los animales no resultaban muy dañinos tuvieron la precaución de usar unos guantes, y Alí se encargó de despegar de los palos de la madera roja los animales inconscientes por la descarga letárgica. Para asegurarlos, mientras los depositaban en la refrigeradora a una baja temperatura, los encerraron en la jaula del Hoobat. Por lo que se refería a Queex, decidieron dejarle donde estaba por algún tiempo, por si podía atrapar algún otro superviviente que no se hubiera atrevido a salir antes. Por lo que pudieron colegir aquel horrible animal que era el Hoobat se convirtió en su única seguridad protectora contra la epidemia. Dejarlo, pues, en el mismo centro de la infección, era la medida más sabia.

Una vez que hubieron guardado aquellos bichos en la refrigeradora a una baja temperatura, se reunieron de nuevo, para un nuevo cambio de impresiones.

— Ya se acabó la epidemia —dijo Weeks, con un profundo suspiro de alivio.

—No tenemos todavía pruebas —interrumpió Alí, preocupado—. Tenemos que estar seguros y descartar cualquier duda razonable.

—¿Y cómo podremos saberlo? —empezó Dane a decir, cuando vio a Alí que traía los instrumentos de Tau. Tomó una lanceta y la media parte de arriba del bicho que Queex había matado en el almacén.

Con el bisturí Alí cortó una de las extremidades del pequeño monstruo. En seguida comenzó a gotear el líquido acuoso igual al vertido sobre el suelo del hidro-jardín.

—Tengo una idea —dijo lentamente, con los ojos puestos en los restos del bicho muerto —que podría inmunizarnos de ser atacados por vacunación. De hecho no lo hemos sido por haber estado apartados de ellos. Pero si pudiéramos ser arañados nos contaminaríamos, también. Recordar esas marcas que aparecen en la garganta y en la espalda. Eso podría ser la entrada del veneno... si es que se trata de veneno...

Dane pudo comprender el final de aquella línea de razonamiento. Rip y Alí no deberían ser atacados, sus vidas y su salud eran preciosas. Eran las dos únicas personas capaces de conducir la espacionave hasta la Tierra. Pero un jefe de cargo en funciones, como él, en aquellas condiciones era más bien un exceso de equipaje a bordo. Era su deber poner en claro la verdad que Alí intuía en sus sospechas.

Pero mientras él pensaba, otro actuó. Weeks se adelantó y tomó de las manos de Alí la lanceta del médico infectada. Y antes de que ninguno hubiera podido evitarlo, hundió la punta contaminada en el dorso de su mano.

—¡No!

Pero el grito de Dane llegó demasiado tarde. Y estaba hecho. Y Weeks se sentó pareciendo solitario y algo asustado, estudiando el goteo de sangre que surgía de la incisión practicada con el bisturí de Tau. Pero cuando habló, su voz surgió perfectamente natural.

—¿El dolor de cabeza es lo primero, verdad?

Sólo Alí parecía totalmente inafectado por lo que Weeks había hecho.

—Bien, así estaremos seguros de que tú has captado realmente la enfermedad, si es eso quien lo produce.

Weeks sacudió la cabeza.

—No debes trabajar mi imaginación —respondió—. Ya lo sé. Tiene que ser así. ¿Cuánto supones que tardará?

—No lo sabemos —replicó Alí fatigado—. Y mientras tanto —añadió, poniéndose en pie—, será mejor que pongamos ruta al hogar.

"El hogar" —repitió Weeks, el joven venusiano. Para él, la Tierra no era su propio hogar, él había nacido en las marismas polares de Venus. Pero para todos los solares, no importa en qué planeta hubieran nacido, la Tierra era considerada el hogar común.

—Tú —dijo Rip, poniendo su enorme manaza en el hombro del venusiano —, permanece aquí con Dane Thorson.

—No —se opuso Weeks abiertamente—. A menos que no pierda el conocimiento, permaneceré en la sección de los motores. Quizá el microbio no me moleste de ninguna manera.

Y a causa de su heroico comportamiento no pudo denegarle al joven Weeks lo que por tanto tiempo como pudiera, durante las horas de prueba que se avecinaban. Dane visitó el almacén de cargo una vez más. Fue saludado por un chillido furioso del que dio a comprender fácilmente a Dane que Queex, se hallaba vigilante y en guardia. Dane pensó que lo mejor sería dejarlo allí definitivamente, ya que con el Hoobat en territorio enemigo podrían estar seguros de que no habría más epidemia.

Rip puso rumbo a la Tierra, donde debería buscar un lugar que escondiese de todo el mundo al "Reina Solar", hasta resolver el trágico problema de la epidemia a bordo de la espacionave. Permaneció en la cabina de control, haciendo ahora las veces de capitán y del astrogator. Sobre sus hombros recaía ahora toda la responsabilidad del viaje y de colocar la nave en un sector espacial de tal naturaleza que ninguna Patrulla del espacio pudiera atacarla ni interferirse en su ruta. Dane se puso al frente del equipo de comunicaciones, vigilando cualquier información o noticia que avisara del peligro que se cernía sobre ellos constantemente.

La mecánica repetición de la lista de delitos que habían cometido era la noticia de última hora y se radiaba a todo el espacio cósmico. Y por la impresión que obtuvo, se hallaban perdidos, por lo que concernía a las autoridades. Por otra parte, la Patrulla podía, ciertamente, utilizar todo aquello como una propaganda y el "Reina Solar" estaría seguramente corriendo hasta caer en una trampa. Pero no tenían opción alguna. Por las comunicaciones internas de la espacionave llegó la voz de Alí desde la sala de motores hasta la cabina de mando.

—¡Weeks ha caído!

Rip se inclinó sobre el micrófono.

—¡Cómo! ¿Está muy enfermo?

—No ha perdido todavía el conocimiento. Los dolores de cabeza son muy fuertes y tiene la mano inflamada...

—Con eso nos ha dado la prueba que necesitábamos. Dile que haga un informe.

Pero la voz que llegó de vuelta por el interfono era el propio Weeks.

—Creo que no estoy tan enfermo como los otros. Continuaré de servicio.

Rip sacudió la cabeza. Le emocionó profundamente el gesto del joven venusiano. Pero tan escaso de manos como estaba, no podía rehusar el valiente ofrecimiento del joven, ya que insistía en quedarse de servicio. Su asistencia podía ser preciosa.

Lo que sufrieron en aquellas horas que transcurrieron descendiendo hasta la Tierra, fue algo que no pudieron calibrar. Sólo sabían que las horas iban transcurriendo, lentas y eternas y Dane no pudo después saber cuánto tiempo estuvo aplastado en el asiento de Tang, con los auriculares presionándole sobre la cabeza sudorosa y con la mente embotada luchando contra la fatiga que apenas le permitía hacerse cargo de su servicio y que sólo a costa de un esfuerzo sobrehumano pudo cumplir.

En algún momento de aquella pesadilla, hicieron la toma de Tierra. Dane conservaba la memoria de observar cómo Rip acudía a los controles, enfebrecido y fatigado hasta el último límite. Cuando se incorporó, comprobó que la cabina se hallaba ligeramente inclinada hacia un lado. Rip permanecía como agarrotado en su asiento, respirando pesadamente. Dane hizo un esfuerzo para sostenerse en sus piernas y entonces dirigió la mirada hacia la pantalla visora.

Durante unos instantes creyó estar seguro de que todavía no estaba despierto. Y entonces, mientras su embotada mente le facilitaba los nombres necesarios para comprender lo que sus ojos contemplaban, creyó que Rip había fallado en el aterrizaje. Lejos de hallarse en el centro, o al menos bien dentro del perímetro de la pavorosa Gran Quemadura, tenían que haber tomado tierra en algún parque civil o en algún bosque nacional. A juzgar por la masa de verdor que existía fuera y las flores brillantes y los pájaros que saltaban por aquellos frondosos árboles, como destellos fulgurantes de los más vivos colores, aquello no podría ser hallado en el retorcido horror dejado por los hombres, en el último intento que habían tenido de dejar impresa su voluntad sobre la sufrida especie humana.

Bien, había sido de todos modos un buen trabajo; pero no podría esperarse ninguna suerte que les permitiese levantar el vuelo a ningún otro sitio, y además tenían en su cuenta lo ocurrido en el asalto a la Estación de Emergencia del asteroide. ¿Cuánto tiempo permanecerían allí, antes de que la Ley llegara a prenderles? ¿Tendrían tiempo para defenderse y exponer su caso?

Una débil esperanza de que podrían hacerlo surgió en el ánimo de Dane. Buscó la llave del equipo de comunicaciones, que conectó los receptores y un

segundo después se calaba los auriculares. El repiqueteo de los ruidos estáticos mezclado con otros sonidos y ruidos procedentes de las comunicaciones del espacio era algo que le resultaba ya conocido; pero predominando sobre todos aquellos ruidos de fondo surgía otro dominante, potente, como algo paralizante y nuevo... algo nuevo que la causó un verdadero pavor.

Entonces, se volvió a contemplar la escena del exterior a través de la pantalla visor con ojo crítico. El follaje que crecía a su alrededor, en una explosión de verdor lujuriante, conservaba el verdor propio de la vegetación terrestre, en aquello no cabía error. Pero, ¿lo era también, aquella floración que captó color rojo de sangre, a través de la cual, se engolfó un pájaro? Febrilmente, trató de recordar sus conocimientos de Historia Natural. Seguro que aquello que estaba viendo no era natural, no era terrestre... era demasiado sospechoso para que perteneciera a la Tierra.

Puso en juego el periscopio, cuyas lentes-espía, que afloraban en el morro de la espacionave, le proporcionó una visión panorámica de sus inmediatos alrededores. Estaba inclinada en cierto ángulo, y, aparentemente, no habían conseguido un aterrizaje perfecto, ya que a veces sólo captaba trozos de cielo azul. Pero cuando dirigió el periscopio hacia la tierra, vio lo suficiente, como para estar seguro de que, cualquiera que fuese el lugar en que hubiesen tomado tierra, no era del planeta que él conocía.

Subconscientemente había esperado que la Gran Quemadura tenía que ser un terreno desértico, árido, destruido y calcinado, cuyas rocas fundidas por las explosiones atómicas dejarían ver un panorama de desolación y de muerte. Así lo había contemplado en el planeta Limbo y en otros mundos “quemados” que habían descubierto, donde aquellos miembros de la especie humana de la Galaxia —los misteriosos y hacía largo tiempo desaparecidos “precursores”—, se habían destruido, en su odio, con guerras aniquiladoras.

Pero parecía que la Gran Quemadura era cosa totalmente diferente. Allí estaba la prueba. No existían las rocas estériles desprovistas de vida vegetal, por el contrario, allí había un exceso de vida. Por lo que Dane pudo observar en su campo exploratorio, allí existía una fantástica y enmarañada jungla de verdor vegetal. Y la excitación que le produjo aquel descubrimiento casi le hizo olvidar la realidad de su situación presente. Todavía estaba mirando fijamente, fascinado en la pantalla, cuando Rip murmuró volviendo la cabeza que tenía apoyada sobre los brazos y abriendo sus ojos cansados:

—¿Lo conseguimos?

Dane respondió sin apartar los ojos de aquella fascinante escena:.

—Nos trajiste a casa, Rip. Pero no sé a qué lugar...

—A menos que los instrumentos no hayan fallado, tendremos que encontrarnos cerca del propio corazón de la Gran Quemadura.

—¡Quién lo diría!

—¿Qué aspecto tiene todo esto? —preguntó Rip cansadamente, demasiado fatigado para acercarse al periscopio—. ¿Aparece desolado como Limbo?

—¡Qué va! Oye, Rip ¿has visto alguna vez un tomate tan grande como un melón? Al menos parece un tomate... —dijo Dane, deteniendo el foco de las lentes sobre aquel nuevo fenómeno.

—¿Un... qué? ¿Qué te ocurre, Dane?

—Ven aquí y lo verás —repuso Dane, apartándose para cederle el sitio a Rip.

Con seguridad, aquello era un hermoso y bien conformado tomate terrestre... pero, ¡tenía el tamaño de un melón grande y pendía de una mata enorme que casi parecía un árbol de diez pies de altura!

Rip se dejó caer entonces sobre el asiento del técnico de comunicaciones. Pero su expresión de cansancio había cambiado por la del más grande asombro, después de haber visto aquello.

—¿Dónde estamos?

—Tú lo dijiste —repuso Dane, continuando su labor exploratoria, con la fatiga desaparecida y con la misma excitación del explorador que observa por vez primera un terreno virgen—. ¡Tiene que ser la Gran Quemadura!

—Pero—replicó Rip, moviendo la cabeza, como si con aquel gesto denegara la evidencia de sus propios ojos—, la Gran Quemadura es sólo un desierto de rocas fundidas... Yo he visto fotografías...

—Desde el borde exterior seguramente —corrigió Dane, que creyó tener resuelto el problema—. Esta parte tiene que hallarse mucho más lejos de cualquiera de las exploraciones que se hayan hecho. ¡Gran Espíritu del Espacio Cósmico, qué ha sucedido aquí!

Rip poseía entrenamiento técnico suficiente como para tener parte de la respuesta. Se adelantó con el cuerpo hacia el equipo receptor de la nave y conectó una palanca. Instantáneamente la cabina se llenó de un repiqueteo tan fuerte que resultaba un casi continuo sonido de golpes secos.

Dane conoció también la temible señal de peligro, no necesitaba las palabras de Rip, para estar seguro de lo que ocurría.

—¡Eso es lo que ha ocurrido!¡Todo este territorio es una pila atómica “caliente” en toda su extensión!

CAPITULO XIV

UNA MISIÓN ESPECIAL

Aquel concierto ininterrumpido de golpes secos que marcaba el dial existente bajo el contador de radiaciones era un aviso que les prohibía todo contacto con la lujuriante vegetación del exterior, y que les recordaba una escena parecida a la que podían haber visto en Marte o en Sargol, desde su presente posición. Salir fuera de las protectoras paredes metálicas de la espacionave y mezclarse en la enmarañada vegetación del exterior, era como una sentencia de muerte, sin necesidad de que la Patrulla estuviese allí con un soplete perforando la escotilla de acceso al "Reina Solar". No había escape a aquella radiación mortífera, ya que estaba presente en el aire que se respiraba, que penetraría por cada poro de la piel, a través de los huesos y la sangre. Y sin embargo, aquella selvática naturaleza florecía y les invitaba a salir.

—Mutaciones —murmuró Rip—. Tau se volvería loco de poder ver esto.

Y aquella mención del médico les trajo a la realidad del momento y a la resolución del problema que les había traído a la Tierra. Dane se apoyó contra la pared metálica de la cabina de control.

—Tenernos que conseguir un médico...

Rip aprobó con un gesto de cabeza, apartando la vista de la pantalla.

—¿Podría fletarse uno de los aerotaxis auxiliares? —insistió Dane.

—¡Es una buena idea! Alí podría decirlo ahora. —Y conectó con la sala de motores—. ¡Motores!

—¿Vaya, estás vivo? —repaso Alí al otro extremo—. Hace tiempo que tomamos tierra. ¿Dónde estamos?

—En la Gran Quemadura, Alí. Ven arriba. Espera... ¿cómo está Weeks?

—Tiene un endiablado dolor de cabeza todavía; pero no ha perdido el conocimiento. Parece como si estuviera en cierta forma inmunizado. Le he enviado a su litera para que descanse, con un par de comprimidos calmantes. Así, lo conseguimos...

En seguida se oyó el sonido metálico de las botas de Alí. Transcurrió un pequeño intervalo durante el cual estuvo mirando el mundo que le rodeaba en el exterior y después aceptar el veredicto que emitía el contador de radiaciones.

La voz de Rip, volvió a plantear la cuestión:

—¿Podemos ensamblar uno de los aerotaxis para poder cruzar este territorio? No puedo despegar con la nave y volver a aterrizar en otro sitio, de nuevo...

—Ya sé que no puedes —interrumpió el ingeniero en funciones—. Quizá sería posible escapar de la Tierra de nuevo; pero para caer cerca de donde pudieran destruirnos, al intentar un nuevo aterrizaje. El combustible no puede gastarse fácilmente, en estas condiciones. ¿El aerotaxi? Bien, tenemos varios cohetes de reserva. Pero va a ser un trabajo de todos los diablos; la mitad de las piezas están almacenadas y hay que ensamblarlo. De todos modos mejor será que el que lo tripule se ponga un traje espacial de seguridad y que se ponga a rezar cuando despegue. En fin, podemos intentarlo...

Alí se puso en seguida a preocuparse del problema, que correspondía a su propio departamento.

Y de aquella forma, con intervalos cortos para dormir algo, comiendo de prisa y con el tiempo justo para cumplir con el pesado trabajo que se habían impuesto, Rip y Dane se volvieron todo manos, dirigidas por el cerebro de Alí para el montaje del aerotaxi. Weeks dormía, ya fuera de los agudos dolores, y aunque débil al principio, se incorporó al duro trabajo para echar una mano en la obra común.

El aerotaxi, un aparato volador concebido para albergar a tres hombres con suministros para explorar territorios en los mundos extraños, fue montado suprimiendo lo que no era estrictamente esencial. Después trabajaron de firme para protegerlo con una coraza protectora contra la fuerte radiación, empleando una aleación especial que se usaba para armar los tubos reactores. Y pudieron agradecer la previsión de Stotz, que había almacenado aquel equipo de herramientas y utensilios y piezas necesarias para tal fin. Fue una dura labor que a veces llegó a desesperarles y que Alí improvisaba sobre la marcha, frenéticamente, de acuerdo con los planos de ingeniería de que disponían junto a los suministros. Cuando estuvo terminado, Alí no se mostró muy satisfecho.

—Volará —admitió simplemente—. Es lo mejor que hemos podido construir. Pero depende mucho a qué distancia tiene que ser llevado sobre este territorio “caliente”. ¿A dónde debemos conducirlo?

Rip se puso a estudiar un mapa de la Tierra.

—La Gran Quemadura cubre las tres cuartas partes de este continente. No podrá dirigirse hacia el norte porque el área devastada se extiende hasta las regiones árticas. Yo diría, hacia el oeste, allí existen establecimientos humanos en la costa, y necesitamos tomar contacto con un territorio fronterizo. Creo que es lo mejor. Yo pilotaré el aerotaxi, trataré de conseguir un médico y volveré cuanto antes...

Dane interrumpió a Rip.

—¡Nada de eso! Tú te quedarás aquí. Si el “Reina Solar” tiene que levantar el vuelo, tú eres el único que puedes pilotar la nave. Y lo mismo es por lo que se refiere a Alí. Yo puedo realizar esa misión, sin necesidad de que lo haga ni el piloto ni el ingeniero. Y Weeks se halla entre la lista de los enfermos. Por tanto, yo soy el elegido para la búsqueda del médico...

Sus compañeros se vieron obligados a admitir la realidad. No era ningún

héroe —pensó Dane para sí—mientras echaba un vistazo a la cabina en aquel amanecer de la Tierra. El pequeño reducto, vacío de ornamentación y utilitario como era, nunca le pareció más seguro refugio que entonces. No, no era ningún héroe, era sencillamente una cuestión de sentido común. Y aunque su imaginación dejó entrever lo que podía esperarle en la aventura, no permitió que tales pensamientos pudieran detener su acción.

El traje espacial, que era de por sí pesado y engorroso aún para un pequeño asteroide con su ínfima gravedad, resultaba incomparablemente más pesado para soportarlo por un viaje en la Tierra. Pero tuvo que ponérselo, con la ayuda de Rip, mientras que Alí ponía otro traje junto al asiento del piloto, dispuesto para proteger el cuerpo del médico que eventualmente debería volver con él hasta el "Reina Solar". Antes de cerrarse el casco, Rip tuvo una última orden que dar para proveer a Dane de una pieza de su equipo, de imprescindible necesidad. Y cuando Dane la vio, comprendió qué desesperada era la situación a juicio de Rip, para hacerlo. Por nada en el mundo, sino en caso de vida o muerte, hubiera usado el ayudante del astrogator la llave privada del capitán, abriendo con ella la alacena de las armas prohibidas, de la que sacó una pistola desintegradora.

—Si no tienes otro remedio... úsala —dijo Rip, con gesto sombrío.

—Todo dispuesto —dijo Alí.

Dane se introdujo en el aerotaxi y se puso frente a los controles del pequeño aparato reactor. Se ajustó los cinturones de seguridad con las torpes manos enguantadas del traje espacial. Sus compañeros salieron del taller de montaje quedándose Dane aislado por completo. Con desesperante lentitud, la pared exterior de la espacionave se fue corriendo hacia atrás, inclinándose de costado. El aerotaxi deslizóse hacia la izquierda surgiendo a la brillante luz del día que le resultó cegadora a Dane, a pesar del casco protector. La máquina resbaló hasta caer al suelo. La aguja del contador de radiaciones parecía alocada.

Dane presionó el botón de contacto y los reactores funcionaron instantáneamente. Operó en los controles y acelerando al máximo la energía, dio un salto gigantesco en el aire, describiendo un amplio arco fuera de aquella jungla terrible hasta ganar altura y posición. Puso rumbo al oeste, dejando el sol naciente a su espalda y el mar verdoso bajo él, teniendo como esperanza algún lugar lejano libre de radiaciones, una tierra en que pudiera encontrar la ayuda vital que necesitaban.

Millas y más millas de jungla y de verdor pasaron bajo el aparato y la aguja indicadora del contador de radiaciones continuaba señalando el peligro mortal de la vida en aquella zona para el género humano. Dane se explicó lo difícil que habría resultado la exploración de aquel inmenso territorio. Volando sobre él, aislado como estaba, Dane conoció que estaba exponiéndose peligrosamente a pesar del pesado traje espacial que llevaba. Si el territorio contaminado se extendía a más de mil millas, el peligro que corría no tendría solución, aquello era un hecho cierto.

Disponía solamente de una vaga dirección, tomada del mapa que Rip había examinado. Hacia el oeste... sin tener idea de a qué distancia, a lo largo de la línea de la costa marítima, suficientemente lejos de la zona bombardeada y libre de radiaciones, donde existieran pequeños establecimientos humanos. Durante generaciones, la población de la Tierra, diezmada por las guerras atómicas, habían ido escapando hacia el sistema solar y después había sido arrastrada más lejos en otros sistemas de la Galaxia, como resultado de las exploraciones y la colonización de mundos lejanos.

Y la demografía terrestre había decrecido lentamente. Aunque en los pasados últimos cien años había ido poco a poco rehaciéndose. Los hombres que se retiraban del servicio en el espacio, volvían al planeta de origen para vivir sus últimos años. Los descendientes de los colonizadores venían también al hogar, de visita, de tanto en tanto, por el instinto materno del lugar de origen. Entonces, los establecimientos humanos estaban en marcha, extendiéndose en secciones preseleccionadas, que no habían sido afectadas por las antiguas guerras.

Era ya pasado el mediodía, cuando Dane notó que la verde alfombra que se extendía bajo sus pies iba desapareciendo y dejando paso a llanuras aisladas, donde se apreciaba un terreno normal. Echó un vistazo al contador de radiaciones y comprobó la gran diferencia existente entre aquella zona y el lugar en que había dejado al "Reina Solar". Apenas si la radiación era sensible. Quizá, ya habría pasado lo peor. Pero durante las horas pasadas, ¿hasta qué extremo se habría contaminado el aparato y él mismo? Alí había dispuesto una especial protección para los dos trajes espaciales, pero, ¿habría funcionado bien?

El verdor mutante de la jungla pasada se transformaba ahora en terrenos de color verde amarillento, al parecer, aptos para la vida húmeda. Y el contador de radiaciones dejó de marcar la zona de peligro. Deseó haber tenido a mano una unidad transmisora; pero no fue posible instalarla a bordo. Sólo podía guiarse por la dirección oeste y la línea costera. El sol le daba ahora de cara y fue captando trozos inmensos de tierra no contaminada por las radiaciones, llena de vegetación normal terrestre, tan distinta de la "caliente" jungla que había dejado atrás. Aquella noche, acamparía en el suelo, al borde de algún terreno hospitalario, allí donde la aguja del contador dejara de avisar el peligro de la temible contaminación atómica, y donde pudiera despojarse del traje espacial y dormir bajo las estrellas, respirando el aire agradable y fresco del suelo materno, tan distinto de la seca respiración de la espacionave y de los atufantes perfumes del planeta Sargol.

Al llegar la hora deseada, tomó tierra al borde de un bosque en calma y se tumbó sobre la espalda en aquella tierra, de la que él formaba parte, mirando fijamente la negra bóveda celeste. Era tan difícil conectar aquellos puntos fríos y brillantes del espacio lejano con los soles cuyos rayos le habían quemado la piel... El sol de Sargol, el de Limbo, el de Naxos... Dane no estuvo seguro de poder distinguirlos entre las constelaciones, ni aun de que

fueran visibles desde la Tierra. Extraños soles de color rojo, naranja, azules, verdes, blancos... todos eran casi iguales vistos desde allí, unos puntos resplandecientes perdidos en el infinito.

A la mañana siguiente debería continuar su vuelo. Se volvió, apartando la vista del cielo y apoyó las mejillas contra la hierba suave de la tierra.

Y con todo, a menos que no tuviera éxito al día siguiente, aquella suave hierba no volvería más a acariciar sus mejillas. Apartó los sombríos pensamientos de su mente, y al final se durmió con un sueño profundo, sin pesadillas, reconfortante, como si el contacto de la tierra fuera por sí mismo el sedante que sus nervios agotados necesitaban.

Se despertó poco antes del amanecer, con escalofríos. La tenue luz de la aurora era ya suficiente y un pájaro próximo comenzó a soltar sus trinos. Allí había pájaros, o cosas que sus antepasados habían denominado así. Cantarían también para anunciar el nuevo día? Dane se volvió hacia el aerotaxi, desprovisto ya de la protección del engorroso traje espacial y agradeció a Alí el buen trabajo que había hecho al protegerle de aquella forma. Una vez en sus ropas corrientes, se sintió cómodo y fuera de peligro. Esta vez despegó con facilidad, con el gusto de la sal concentrado en la lengua. Y su confianza se levantó con el aparato. Aquel era el día. Algo interior se lo decía así.

Después de un par de horas aproximadamente de salir el sol, halló lo que buscaba. A sus pies se extendía una pequeña ciudad, que era como un enjambre de casas esparcidas, a lo largo de la franja costera. Descendió y tomó tierra verticalmente sobre un acantilado, en una cala escondida, donde se consideró en razonable seguridad de no ser descubierto.

Bien, allí estaba la población. ¿Y ahora, qué? Un médico... Un extraño apareciendo en el camino que conducía a la pequeña ciudad, un extraño vistiendo el uniforme del Comercio, podría muy bien despertar toda clase de conjeturas y sospechas. Tenía que hacerse su plan de ataque inmediatamente.

Dane se desabrochó la túnica. Debería también despojarse de las botas espaciales... aunque aquello quizá daría más color a la historia que debería contar. Se introdujo la pistola en el interior del pecho fuera de la vista. Un desgarro o dos bajo la túnica y un pequeño corte hecho con el cuchillo que le hiciera sangrar algo, podría el efecto apetecido.

La oportunidad de comprobar sus posibilidades de suerte para actuar, se le presentó más pronto de lo que se había figurado. Afortunadamente, había salido de la cala escondida, con una caña de pescar al hombro y una cesta para el pescado en la mano. Dane figuró una expresión de mortal fatiga y de dolor físico y echando a andar vacilantemente, confió en impresionar convenientemente al muchacho.

—¡Socorro, por favor!

El cesto y la caña fueron dejados en el suelo en el acto y el chico se aproximó a todo correr.

—¡Qué le ocurre!

Y los ojos del chico se fijaron en las botas espaciales y añadió un “señor”

como reverencia al héroe.

—Naufragado en un navío... —dijo Dane, señalando en dirección al mar —. Un médico... necesito un médico... por favor, muchacho...

—Sí, señor —repuso el chico—. ¿Puede usted andar si le ayudo?

Dane arbitró un débil movimiento de cabeza.

—El médico es mi padre, señor. Vivimos allá cerca, al pie de esta colina. La tercera casa. Papá no ha salido todavía, creo que iba hacia el norte ,a efectuar una inspección hoy...

Dane sintió una punzada de disgusto por el papel desagradable que se veía forzado a representar. Cuando tuviera al médico frente así, debería pensar en la vital necesidad de raptarlo, y no en el atraco a un honesto padre de familia. Sólo la tranquilidad que le daba el tenerle preparado un traje espacial protector, le alentó a continuar adelante con su plan.

Cuando llegaron a la población, Dane se quedó asombrado de ver lo desierto que aparecía todo aquello. Decidió no hacer preguntas y fue el muchacho, el que se anticipó a su pensamiento.

—La mayor parte de la gente está en el mar pescando los salmonetes tan famosos de aquí.

Dane comprendió. Desde hacía algún tiempo, aquellos salmonetes pescados en la zona se habían convertido en un artículo de lujo deseado por las gentes pudientes, constituyendo para aquella pequeña ciudad la principal fuente de sus ingresos.

—Aquí es, señor. —Y Dane se encontró frente a la casa del médico, en la cual entró guiado siempre por el muchacho—. ¿Está usted en el Comercio?

Se sorprendió que sus ropas no hubieran ocultado su verdadera identidad, tan vivamente descubierta por el muchacho.

—Sí —se apresuró a responder lacónicamente.

El muchacho pareció excitado.

—Yo estoy estudiando para ingresar en el Servicio Médico del Comercio Estelar. Pero todavía tengo que ingresar en el curso preliminar...

A la memoria de Dane acudió como en un relámpago el recuerdo de lo que le había inducido a seguir su actual destino. No muchos meses antes del curso preliminar, a que se refería el chico, la gran máquina del Centro de Asignación había decidido su destino arbitrariamente. Después fue a la tripulación del “Reina Solar”, a donde demostrar su capacidad, ya que sus conocimientos se adaptaban mejor en el Servicio. Por aquel tiempo se sintió avergonzado y como relegado en la espacionave del Comercio Libre, cuando su camarada Arthur Sand y otros compañeros, procedentes del Centro, ocuparon puestos importantes en la Compañía.

Y ahora, aquel chico de aquel país alejado, soñaba con tener lo que él tuvo cinco años atrás. Aunque él, Dane, nunca conoció un hogar ni una verdadera familia, ya que había ingresado en el Centro procedente de una institución de niños huérfanos.

—¡Buena suerte! —le deseó al muchacho.

—Gracias, señor. Por aquí... la consulta de papá está en esta puerta...

Dane se dejó conducir a la consulta del médico y se dejó caer en una silla mientras el muchacho se daba prisa para localizar a su padre. Las manos del hombre del Comercio Libre se aproximaron al arma que tenía guardada. Era un trabajo penoso que había que realizar, y no había que volverse atrás. En seguida se le planteó la idea de cómo podría sacar al médico de la pequeña ciudad sin ser visto. Quizá un relato acerca de otro hombre herido gravemente. Trataría de hacerlo. Se preparó el arma bajo la túnica, esperando que el bulto no llamara la atención.

—Mi hijo dice...

Dane miró al doctor. El hombre que acababa de entrar era de mediana edad, esbelto, de buen porte y con una mirada inteligente y segura en los ojos. Podría pasar por el hermano mayor de Tau. Cruzó la habitación y se sentó junto a Dane, mientras que procedía sin preliminares a examinar la mano cubierta de sangre y las ropas manchadas y ensangrentadas que tenía sobre el pecho. Dane intentó rehuir ningún examen.

—Mi compañero—dijo—. Está en la playa —dijo apuntando hacia el sur —. Necesita socorro urgente...

El médico frunció el entrecejo.

—La mayor parte de los hombres están fuera con la flota pesquera. Jorge —dijo, dirigiéndose a su hijo—, ve y busca a Lex y a Hartog, y diles que vengan pronto aquí. —Empujó suavemente a Dane contra la silla—. Déjeme examinarle esa herida.

—No tenemos tiempo, señor —repuso Dane moviendo la cabeza—. Mi compañero está gravemente herido. ¿Puede usted venir inmediatamente?

—Desde luego que sí.

Y el médico fue a buscar su maletín de urgencia.

—¿Se encuentra usted en condiciones de venir?

—Sí, señor.

Dane se llenó de alegría. ¡Aquello marchaba! Podría atraer al médico y sacarlo fuera del poblado. Una vez fuera de las rocas, a orillas del mar, sacaría la pistola y obligaría al doctor a entrar en el aerotaxi. ¡Tendría suerte al fin!

CAPITULO XV

LOS INFORMES DEL DOCTOR HOVAN

Afortunadamente la salida de la pequeña ciudad no ofreció dificultades por aquel camino retorcido hacia los acantilados y en muy corto espacio de tiempo, se hallaron ocultos a la vista de cualquier observador. Dane se detuvo, como si el paso que llevaban resultara demasiado para un hombre herido. El médico se le aproximó para ayudarle y rápidamente se echó hacia atrás a la vista de la pistola desintegradora que apareció en la mano de Dane.

—¡Cómo...!

—Tendrá usted que marchar delante de mí —le indicó Dane en voz baja—. Más allá y detrás de esas rocas, a la izquierda, encontrará usted un sitio para descender hasta la playa. ¡Vamos, siga!

—Supongo que no podré preguntar por qué...

—Ahora no. No disponemos de mucho tiempo. ¡Continúe!

El médico dominó su sorpresa y sin otra protesta obedeció la orden. Fue sólo cuando se hallaron junto al aerotaxi y a la vista de los trajes espaciales protegidos, cuando su mirada se dilató y dijo:

—¡La Gran Quemadura!

—Sí, y le advierto que estoy desesperado.

—Tiene usted que estarlo... o quizá loco.

El médico le miró fijamente por un momento y después sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Una espacionave con epidemia?

Dane se mordió los labios. El médico resultaba demasiado astuto. Pero no le preguntó por qué ni cómo lo podía haber adivinado tan rápidamente. En su lugar le hizo un gesto para que tomara el traje espacial que Alí había preparado en el asiento del copiloto.

—¡Póngaselo pronto y embarque!

El doctor se frotó la cara con la mano.

—Creo que tiene usted que estar lo suficientemente desesperado como para usar unos procedimientos tan melodramáticos, si me niego —remarcó con tono tranquilo.

—No quiero matarle. Pero una caricia de esto...

—Sí, ya lo sé. Es muy dolorosa. Ya me lo figuro, joven.

Y repentinamente se encogió de hombros, puso en el suelo su maletín y comenzó a enfundarse el engorroso traje espacial.

—No quisiera que me golpeara y me obligara a embarcar a la fuerza de todos modos si digo que no... Bien, de acuerdo.

Una vez vestido, ocupó su asiento junto a Dane en el aerotaxi y antes de subir, Dane tuvo la precaución de sujetar los brazos del médico, antes de despegar. Ahora sólo podrían comunicarse por la vista a través de los visores de glasita de los cascos espaciales.

Dane arrancó el aerotaxi y despegaron rápidamente, elevándose en una espiral, con el tiempo justo para advertir la llegada por encima del acantilado, del chico del médico junto a los dos hombres a quienes había enviado a buscar y que llegaban demasiado tarde. El aparato se elevó a gran altura y Dane imaginó si aquel último ultraje sería comunicado a la base más próxima de la Policía Planetaria. Pero, ¿tendría ninguna nave de la policía el atrevimiento de seguirles hasta la Gran Quemadura? Esperó que el mortal peligro de la radiación les impediría semejante acción.

No había problemas de navegación. La "memoria" electrónica del aerotaxi les llevaría directamente a los pies del "Reina Solar". Dane se preguntó en qué estaría pensando su silencioso compañero. El doctor había aceptado el rapto con tal docilidad que la facilidad con que se había desarrollado todo aquello casi molestó interiormente a Dane. ¿Esperaría el médico una persecución policíaca? ¿Sería más profunda la exploración efectuada en la Gran Quemadura, desde aquella pequeña ciudad, de lo que se conocía oficialmente?

Aceleró hasta el máximo la potencia de la pequeña nave aérea y comprobó con satisfacción que el terreno que se deslizaba bajo ellos era el rocoso y destruido límite del área devastada. La figura enfundada que le acompañaba en silencio no hacía el menor movimiento. El médico había aceptado filosóficamente su destino. La aguja del contador de radiaciones empezó a funcionar y Dane comprobó que la noche se les vendría encima viajando a través de la jungla "caliente". Pero comprobó con satisfacción que no se advertía la menor señal de persecución. Nuevamente deseó haber tenido a la mano un transmisor-receptor, aunque, en aquella zona, la radiación intensa les habría impedido oír nada apenas con sus terribles ruidos interferentes.

Los trozos de vegetación mutante producto de la radiación surgían aquí y allá a lo largo de la ruta y la tensa figura del médico sugería que todo aquello era nuevo para él, que lo miraba con marcado interés. Al atardecer, los trozos aislados desaparecieron para engolfarse en la terrible jungla, donde el contador de radiaciones elevó más y más su registro. Cuando la noche cayó sobre ellos, no pudieron decir ciertamente que fuese una noche obscura. Bajo ellos, la masa de árboles, matorrales y vegetación tenía un débil y pálido resplandor, surgido de allí mismo, denotando la terrible y mortífera toxicidad del terreno en halos evanescentes.

A la una de la madrugada, Dane avistó otra luz, la señal luminosa roja que como una promesa reconfortó el espíritu de Dane. El "Reina Solar" había tomado tierra con las señales encendidas en el morro, y nadie se había acordado de apagarlas.

Y ahora actuaba como una baliza para que el aerotaxi se dirigiera hacia puerto seguro.

Dane maniobró e hizo descender el aparato hasta el sitio más próximo al lugar en que había despegado, según podía recordar. ¡Si sus compañeros se dieran prisa ahora!... Pero no tuvo que preocuparse mucho. Su llegada ya había sido anticipada. Desde lo alto, Dane pudo observar que la espacionave abría la compuerta de lanzamiento al propio tiempo que se descolgaban lentamente las garras magnéticas que deberían subirlo a la plataforma donde había sido montado. Realizó la maniobra precisa y cuando subieron a la plataforma, Dane desligó los brazos hasta entonces amarrados del médico. El médico salió por fin torpemente, como podía hacerlo cualquier hombre que vistiera por primera vez semejante atuendo espacial.

Se abrió la escotilla interior, pasando a la sección que les serviría de espacio de descontaminación. Libres al fin de los trajes espaciales, se dirigieron a lo largo del corredor del “Reina Solar” donde estaban esperándoles Rip y Alí, que dejaron escapar un grito de satisfacción a la vista del médico.

El doctor fue el primero en hablar.

—Esta es una espacionave con epidemia...

Rip movió la cabeza con un gesto.

—No lo es, señor. Y usted es quien nos ayudará a probarlo.

El doctor se apoyó en la pared con sus facciones inalterables.

—Tienen ustedes unos medios más bien duros para tratar de conseguir socorro.

—Era, por desgracia, nuestra única salida. Le seré franco, señor —dijo Rip —. Estamos condenados por la Patrulla.

El médico examinó a aquellos hombres con ojo crítico.

—No parecen ustedes ser unos criminales desesperados, ciertamente. ¿Esta es toda la tripulación?

—El resto de ella estará a su cuidado, doctor. Este será, si quiere usted, su trabajo —indicó Rip respetuosamente.

—No me dejan ustedes mucho donde elegir, ¿verdad? Si existe epidemia a bordo, no olviden que estoy bajo juramento, tanto si ustedes están condenados por la Patrulla, o no. ¿Qué es lo que sucede realmente?

Se marcharon al laboratorio de Tau, y le contaron lo sucedido. Desde una ligera incredulidad al principio, las facciones del médico cambiaron después en un abierto interés, y solicitó, en primer término, ver a los pacientes y después los animales encerrados en el refrigerador. Dane, quizá por la relajación de la tensión sufrida y acobardado por la fatiga, se dirigió a su litera, de donde echó a “Simbad” que la ocupaba libremente, y se tendió, quedándose profundamente dormido.

Cuando se despertó, renovado de cuerpo y de espíritu, se encontró en una nueva “Reina Solar”, una espacionave donde ya la esperanza y el optimismo habían sentado sus reales.

—¡Hovan lo ha conseguido ya! —dijo Rip sin poder contener su alegría—. Es el veneno de las garras de esos bichos el causante de la epidemia. Es un

narcótico..., dice el doctor, que produce los efectos de un profundo sueño. De hecho, puede estudiarse con vistas a su uso médico. Se encuentra interesadísimo sobre el particular.

—De acuerdo—dijo Dane, dando de lado semejante información, que en otras circunstancias habría sido muy interesante a efectos de emprender un nuevo comercio; pero que en aquel momento, le pareció fuera de toda consideración.

—¿Puede poner a nuestros hombres en pie?

La alegría de Rip, se desvaneció un tanto.

—No por completo. Los está tratando cuidadosamente. Cree que podrá sacarlos de ese estado letárgico.

—No tenemos idea de cuánto tiempo se llevará para eso —comentó Alí.

"Tiempo", pensó Dane, y por primera vez en aquellos días, la idea le martilleó el cerebro y que había olvidado en aquellas horas de angustia y de preocupación. Sí, el tiempo era vital para ellos. El contrato formalizado con los sacerdotes de las tormentas de Sargol. Aún en el caso de suprimir la epidemia, aún en el caso de que el resto de la tripulación se recobrara de su enfermedad rápidamente, estaba seguro de que no podría esperar volver a Sargol con el encargo prometido, cuyo pago estaba a bordo de la "Reiná Solar". Habrían roto, pues, su compromiso, y no podrían volver a soñar con sus derechos a traficar en aquel mundo, sin perjuicio de ser colocados en la lista negra por incumplimiento de contrato. La I-S se encontraría el camino despejado y ellos quizá jamás podrían probar que la Compañía era la causante de todas sus desventuras, aunque para todos ellos, aquello era la verdad pura.

—Nos exponemos a romper el contrato Y a incumplirlo —dijo en voz alta, lo que chocó a sus compañeros, recordándoles la verdadera situación en que se encontraban.

—¿Qué hay sobre esto, Alí? —preguntó Rip.

El ingeniero en funciones, hizo un gesto de cabeza.

—Tenemos bastante combustible para salir de aquí y quizá tomar tierra en cualquier aeropuerto terrestre, siempre que lo calculemos con cuidado y ahorremos distancias. Pero no podremos salir nuevamente sin aprovisionarnos de combustible, y por supuesto, la Patrulla estará dispuesta a echarnos las manos encima. Somos una tripulación fuera de la Ley, no olvidarlo. No, sacaros de la cabeza cualquier plan para volver a Sargol, dentro del tiempo fijado. Dane tiene razón, pero por ese camino, ¡nos achicharrarán!

Rip se dejó caer en una silla.

—Así, ¿los Eysies ganarán la partida al fin?

—Vamos a poner las cosas cada una en su sitio —intervino Dane—. Podemos denunciar el rompimiento de contrato a causa de fuerza mayor. Pero primero, hay que escapar con bien de las garras de la Patrulla. ¿Tenéis alguna idea de cómo podremos conseguirlo?

—Hovan está de nuestra parte. De hecho, si le dejamos que actúe a nuestro favor, ahora que conoce el origen de la epidemia, podrá prestar juramento y

certificar la sanidad del “Reina Solar” ante el Centro de Control Médico.

—¿Cuánto se llevaría el que pudiéramos cumplir con todos los reglamentos? —deseó conocer Alí—. Si nos entregamos ahora, no creo que tengamos muchas oportunidades sin importar que Hovan jure o deje de jurar. Hovan es un médico de una pequeña ciudad fronteriza, sin querer decir que deje de estar en buenas relaciones con su Asociación, pero carece de influencia en las alturas. Y con los Eysies y la Patrulla a nuestros talones, necesitamos algo más que la palabra de un médico.

La mirada de Rip, iba del pesimista Alí, a Dane.

—¿Habéis pensado en alguna cosa? —preguntó.

—He recordado algo —corrigió Dane—. Estoy acordándome del truco que tuvo que poner en práctica Van Rycke, en el planeta Limbo cuando la Patrulla trataba de suprimir nuestros derechos, después de haberse hecho cargo de los puestos fuera de la Ley.

Alí se mostraba impaciente.

—Amenazó con aparecer ante la Video y hablar al pueblo, explicándoles lo que había ocurrido con los navíos destruidos por las instalaciones de los “precursores” habiéndoles robado todos sus tesoros. Pero, ¿qué tiene eso que ver con nosotros? Nosotros discutimos y llegamos a un acuerdo con nuestros derechos en Limbo por el monopolio de Cam en Sargol, lo que por cierto no nos ha proporcionado mucha suerte...

—”La Video” —pensó Dane rápidamente sobre punto tan interesante.

—Van Rycke amenazó con la publicidad que pondría en un aprieto a la Patrulla, estando él legalmente dentro de sus derechos. Ahora, nos encontramos fuera de la Ley; pero la publicidad quizá pueda ayudarnos. ¿Cuánta gente corriente de la Tierra conoce las leyes no escritas acerca de la guerra abierta con las espacionaves con epidemias? ¿Cuánta gente, que no sean hombres del espacio, conocen que pueden empujarnos hacia el Sol y quemarnos vivos, sin ninguna oportunidad de probar que somos inocentes de portar una nueva enfermedad? Si yo pudiera hablar fuerte y claro a la gente, en larga escala, quizá tuviéramos esa oportunidad de ser escuchados...

—¿Desde la propia estación difusora del aeropuerto terrestre, supongo? —tanteó Alí.

—¿Por qué no?

Se produjo un silencio en la cabina y, mientras los otros dos seguían cavilando en aquellas palabras, Dane continuó :

—Hemos venido a parar a un sitio que nadie intentó jamás antes.

—Hay que estar locos de remate para intentar algo semejante —comentó Alí tranquilamente—. O quizá será porque hemos permanecido tanto tiempo en el espacio, los espíritus cósmicos están murmurando en nuestros oídos. ¿Qué crees tú, Rip, podrías situarnos lo bastante cerca del centro del aeropuerto?

—Podemos intentar lo que sea, una vez. Pero podemos estrellar la vieja “Reina” al llevarla allí. Existe aquel obstáculo entre los lugares de aterrizaje

de la Compañía y el Centro... Bien, podríamos dar una señal de emergencia, al descender, para avisarles que nos dejen espacio libre. Pero no quisiera intentarlo sino en el último extremo.

Dane se dio cuenta de que después de aquella declaración desmoralizadora Rip se dirigió derecho en busca de las cintas magnetofónicas de Jellico, y sacó la que correspondía al aeropuerto terrestre, con las instrucciones para el desembarco de las naves espaciales, en aquella metrópoli. Tomar tierra sin permiso allí, les proporcionaría una gran publicidad, sin duda alguna, y conseguir aproximarse a la estación de radio y de Video para poder contar al mundo su historia les garantizaría no solamente el apoyo y el conocimiento de los habitantes de la Tierra sino de otros mundos. Las noticias del gran aeropuerto terrestre eran difundidas por múltiples canales a todas las horas del día y de la noche y serían recogidas en múltiples receptores.

Pero primero había que consultar con Hovan. ¿Querría él ir con ellos con sus conocimientos profesionales y el respeto que merecía? Decidieron que Rip preguntase tales cuestiones al médico.

—Así, quieren ustedes llevarme al propio centro del gran aeropuerto... —fue el primer comentario que hizo Hovan, tras haber oído a Rip—. Y después quieren obligarme a que certifique que ustedes se encuentran libres de epidemia. ¿No cuentan ustedes mucho conmigo, no es cierto, hijo?

Rip, hizo un amplio gesto con las manos.

—Me imagino lo que le parece a usted todo esto, señor. Tuvimos que vernos forzados a raptarlo y traerle aquí obligadamente. No podemos hacer que usted testifique por nuestra causa, si usted quiere...

—¿Qué no pueden? —repuso el médico frunciendo el ceño—. ¿Qué fue lo que hizo ese compañero de ustedes apuntándome con una pistola? ¿Podría también obligarme a ir a la televisión, no es cierto? Esas pequeñas armas encierran una enorme cantidad de persuasión. Por otra parte, yo tengo un hijo que desea llegar a ocupar un puesto para ir como ustedes a buscar aventuras en las estrellas. Si no les ayudase a ustedes con respecto a la Patrulla, seguramente que mi chico me haría algunas objeciones en privado. Es posible que estén ustedes condenados; pero no tiene ninguno el aspecto de ningún criminal, sino más bien el de hombres que tienen que manejar una situación apurada, con la cual se enfrentan haciendo lo mejor que pueden hacer. Sepan que yo deseo ir hasta el fin con ustedes. Déjenme ver qué posibilidades tienen ustedes de tomar tierra en el gran aeropuerto y les daré mi opinión. Si la suerte nos ayuda un poco, podremos conseguir que dos de sus compañeros enfermos se unan también a la tripulación en pie.

Ellos no tenían indicación alguna de que el “Reina Solar” hubiese sido localizado, ni de que las noticias de que había sido raptado el médico se identificaran con sus propósitos, tampoco. Desearon fervientemente continuar sin ser vistos, y poder despegar nuevamente, lanzándose por una ruta de tráfico regular, hasta tomar tierra en el aeropuerto. Podría ser una cosa de suerte, y Rip y Alí emplearon muchas horas comprobando el estado mecánico

de la espacionave, con vistas a tal vuelo, mientras Dane y Weeks, ya recobrado, trabajaban con Hovan, en un esfuerzo supremo para curar a la tripulación enferma.

Después de tres visitas al almacén y de haber comprobado que el Hoobat no había matado más intrusos, Dane enjauló al feo horror azul con plumas de Queex y lo llevó a su lugar habitual, la cabina del capitán Jellico, con la certeza de que la nave se encontraba libre de enemigos causantes de la epidemia, ya que “Simbad” se paseaba ahora confiadamente por todos los corredores de la espacionave y por todos los rincones, sin el menor inconveniente ni temor, incluso por el almacén que Dane le había dejado abierto.

En la mañana del día que tenían planeado para salir de la jungla, Hovan consiguió, por fin, una respuesta definida al tratamiento. Craig Tau, el médico del “Reina Solar”, se incorporó, se quedó mirando fijamente a su alrededor, e hizo una vaga pregunta. El hecho de que hubiera caído nuevamente en estado de letargo, no descorazonó al otro médico. Se había obtenido un progreso y una mejoría evidente, y ahora ya estaba seguro del tratamiento adecuado.

Llegada la hora cero del despegue, se apretaron los cinturones de seguridad y salieron nuevamente de aquella salvaje jungla que no se habían atrevido a explorar, levantándose en un amplio arco sobre el cielo, dependiendo ahora todo de la habilidad de Rip para ponerles nuevamente en el lugar deseado.

Dane se puso nuevamente frente al grupo transmisor-receptor de la nave, esperando que transcurriese el impacto terrible de los ruidos estáticos de la radiación, para poder escuchar alguna noticia. Al fin se desvanecieron, para dejar paso a la radio:

“...volvieron la última noche. El alto nivel de la radiación hace casi seguro que los proscritos no se hayan dirigido a la peligrosa sección central. La búsqueda se ha dirigido ahora hacia el norte. Las autoridades se inclinan a creer que el último ultraje contra la Ley de la desaparecida “Reina Solar” es una pista más que indica que la nave es portadora de epidemia, denunciada ya y colocada fuera de la ley por la Patrulla, después del asalto cometido en la Estación de Emergencia perteneciente a la Corporación Inter-Solar. Cualquiera que posea alguna información concerniente a esta nave, o de cualquier otra sospechosa, informe a la mayor urgencia al puesto más próximo de la policía terrestre o estación de Patrulla. ¡No correr riesgos inútiles, informad urgentemente a la Policía o a la Patrulla!

—Esto se pone fuerte —comentó Dane, al terminar el mensaje radiado—. Como para achicharrarnos en cuanto nos echen la vista encima.

—Bien, si podemos descender en el lugar justo, no podrán dispararnos sin dañar una gran parte de la instalación del aeropuerto junto con nosotros. Y no creo que vaya a hacerlo tan de prisa.

Dane confió en que Alí tuviera razón en tal creencia. Había más oportunidades de buena suerte aterrizando en el asteroide o en la Gran Quemadura... pero calibrar el sitio exacto y descender sobre el mismo

aeropuerto, dentro del recinto amurallado, donde no pudiesen ser incendiados por las llamas sin dañar las instalaciones y donde su verdadera posición les diese un pequeño punto de apoyo para defenderse, era algo que requería la habilidad de un consumado campeón del espacio. ¡Si Rip pudiera conseguirlo! .

Dane no pudo evaluar el mérito de aquel vuelo, ni comprender lo que Rip estaba haciendo. Se limitó a permanecer en su puesto, sin hacer preguntas, y esperar el resultado con la boca seca y el corazón latiéndole como un martillo pilón dentro del pecho. Llegó el momento en que Rip se dirigió a él mirándole mientras tenía una mano puesta sobre los controles de la nave. La voz del piloto llegó a sus oídos, tensa como el acero.

—Reza lo que sepas, Dane, ¡aquí estamos!

Dane oyó el zumbido de los reactores, desgarrando el aire y estremeciendo sus mismos auriculares. Tendrían que estar casi encima de la torre de control. Rip estaba planeando para descender en un lugar en que la "Reina Solar" blanqueara el lugar limpiamente. Apoyó el dedo sobre el botón rojo de Emergencia Especial para dar el último y más potente aviso. Aquello era usado cuando una nave tenía que tomar tierra fuera de control, y despejaría el terreno inferior inmediatamente. Sólo les quedaba rezar y que se despejara el aeropuerto.

—A ver si puedes hacer un aterrizaje de categoría, Rip —no pudo por menos que advertirle Dane.

Y empezaron a descender con los reactores en vertical, como hacían en un mundo extraño. Abajo, el aeropuerto debería hallarse en la mayor confusión. Dane fue contando los segundos. Dos, tres, cuatro, cinco, unos pocos más y ya se encontrarían demasiado bajos para ser interceptados, sin causar daños a gente inocente. Cuando pasaron los segundos en que todavía permanecían como presa vulnerable, dio un profundo suspiro de alivio. Habían ganado un punto más a favor. En los auriculares se desató un constante repiqueteo de frenéticas preguntas, órdenes y contraórdenes. ¡Que disparataran, ya sabrían muy pronto de lo que iba la cosa!

CAPITULO XVI

LA BATALLA DE LA VIDEO

De una forma singular, a despecho de la tensión que le tenía agarrotado, Rip les había llevado a un perfecto aterrizaje sobre los cuatro puntos de apoyo de la espacionave. Un aterrizaje que ganó la admiración de Dane y que, bajo tales circunstancias, no hubiera sido mejorado por el más veterano piloto espacial Aunque Dane pensó con amargura que toda aquella magnífica destreza quizá serviría sólo para que Rip ganase como recompensa una temporada de castigo trabajando en las minas de la Luna. La pequeña vibración del choque del aterrizaje fue absorbida por los muelles de los asientos y todos se encontraron en pie, y dispuestos para entrar en acción.

El próximo pasó a realizar ya había sido planeado: Dane dirigió una mirada a la pantalla visora. Alineados frente al "Reina Solar" se hallaban los edificios del aeropuerto. Sí, cualquier intento de ataque al "Reina Solar" implicaría infringir un daño considerable a la permanente estructura del campo. Rip había descendido, no sobre la sábana de cemento existente entre el Centro de Asignación y la torre de control, una suave faja de terreno destinada para los vehículos de los oficiales de servicio. No pudo por menos de pensar si alguno de aquellos vehículos se habría fundido por el calor de los tubos reactores del "Reina Solar" en su descenso.

El equipo formado por los cuatro miembros activos de la tripulación entró rápidamente en acción. Alí y Weeks estaban esperando en la escotilla de desembarque y el médico Hovan con ellos. Se enfundaron rápidamente los pesados trajes espaciales para protegerse eventualmente de algún ataque con armas de fuego o del impacto de los rayos letárgicos. Y entonces, en unión de Hovan, que no vestía tal armadura, saltaron en uno de los pequeños orugas del navío. Weeks activó la escotilla exterior y el cable montacargas dejó el vehículo bajo la estructura del "Reina Solar" en el suelo de cemento ahora caldeado por el aterrizaje.

—Vamos hacia la torre —ordenó Rip por el intercomunicador de su casco.

Dane, al control del pequeño tanque oruga, lo puso en marcha evitando en seguida la zona en que habían descendido. A través de los visores de glasita del casco, podía observar la frenética actividad de todo el aeropuerto. Un hormiguero no era nada en comparación, debido al heterodoxo aterrizaje efectuado por el "Reina Solar".

—La patrulla móvil viene desde el sudeste —anunció Alí con calma—.

Parece como si llevara un lanzallamas en el morro.

—Ya —repuso Dane cambiando de dirección ligeramente. Tendría que poner al máximo la velocidad de aquel pesado oruga.

—El helicóptero de la policía está sobre nosotros —informó Rip.

Bien, aquello era más difícil de evitar. Pero al mismo tiempo, Dane estuvo razonablemente seguro de que el ataque no sería en forma abierta, llevando a bordo al desprotegido Hovan, que intencionadamente iba en medio de ellos.

Pero la cosa empezó a complicarse. Una ahogada exclamación de Rip hizo que Dane echara un vistazo al médico, situado a su espalda, a tiempo justo para ver como Hovan se desplomaba limpiamente hacia adelante, casi a punto de caer del oruga, mientras Alí le sujetaba por la espalda. Dane ya estaba familiarizado con el gesto y conocía el efecto de los rayos letárgicos, para no tener duda de lo que había ocurrido.

El helicóptero de la policía les había disparado con el arma menos dañina. Sólo los trajes espaciales, aislados y protegidos contra todos los peligros de las radiaciones del espacio, habían protegido a los tripulantes del "Reina Solar" de aquel ataque. Mientras Rip sostenía al médico inconsciente en su asiento, Dane Thorson continuaba dirigiéndose hacia la torre de control, en busca frenética de su instalación de comunicaciones mundial, su única esperanza.

—¡Un coche de la policía al frente!

Dane se irritó por el aviso de Rip. Ya había visto el coche negro y plata por sí mismo. Y se dio cuenta también con un escalofrío de la mortal amenaza que suponía el arma que surgía en la delantera del vehículo de la policía. El cañón estaba apuntando deliberadamente al oruga de los Comerciantes Libres,

Y entonces, Dane pensó en lo que creía que debía ser su única oportunidad, poniendo en práctica una vez más el mismo truco que Rip había usado para descender en el aeropuerto en seguridad.

—¡Poner al médico en seguridad! —ordenó—. Voy a saltar la puerta de la torre!

Unos precipitados movimientos a su espalda le señalaron que el cuerpo del médico Hovan estaba a cubierto, bajo la cubierta protectora del oruga. Aquella máquina estaba afortunadamente construida para servicios de extremada dureza y poder discurrir en mundos donde los caminos eran totalmente desconocidos. Dane estuvo seguro de poder hacer saltar la puerta de la torre y aceleró lo necesario para entrar por la planta baja del edificio, sin importar que la puerta estuviera barrada por detrás. Si fue que la policía móvil vaciló ante la audacia del ataque, o bien el resultado del coraje que sentían por lo sucedido a Hovan, el resultado fue que Dane dispuso de unos minutos de gracia para poner la pesada máquina al tope de su velocidad y de su potencia. Dane se lanzó derecho contra la impresionante entrada del edificio, atacando con los hombros de acero del pequeño tanque oruga. Se produjo un estampido como un cañonazo y la puerta saltó descerrajada violentamente, mientras que los hombres del "Reina Solar" saltaban al interior del portal de entrada,

estando casi a punto de ser lanzados fuera del oruga por la violencia del choque.

—¡Coged a Hovan y buscad el ascensor! —dijo Dane, dando órdenes por segunda vez—. Yo tengo que hacer aquí un trabajo de bloqueo.

Y esperó segundo a segundo sentir el choque de los disparos de fuego de la policía contra su cuerpo. ¿Podría aquel traje espacial protegerle ahora?

Al otro extremo del corredor de entrada se hallaban los empleados y visitantes de la torre, que habían salido disparados a buscar el refugio ante el inesperado ataque del oruga. Con el camino libre ante ellos, Alí y Rip embutidos en sus pesados trajes espaciales, acarrearon el inconsciente cuerpo del médico Hovan en busca del ascensor, mientras que Dane, que vio a sus compañeros dueños de la situación por el momento, decidió poner en práctica su trabajo de bloqueo a la entrada. Dio marcha atrás y maniobrando con facilidad aquel pequeño tanque, que ya había experimentado en Limbo más de una vez, lo situó en la entrada, volviendo a cerrar las puertas descerrajadas. Dio un cuarto de vuelta y situó al oruga a lo largo de las hojas de la puerta de entrada, formando una muralla de protección para ganar los preciosos minutos que ahora necesitaban de ventaja. A menos que no emplearan un lanzallamas de gran potencia, nadie podría abrir el acceso de la torre por el momento.

Saltó fuera de la máquina y vio que el trío del “Reina Solar” había desaparecido de su vista, alejándose de todo posible ataque y dejando a su paso dormidos a los que se atrevieron a resistirles, con el uso de los bastones letárgicos. Tenían que haber ganado un ascensor, sin duda alguna en busca del piso de la Radio-Video. Dane les siguió, llevando en la mano el arma más importante para conquistar la pública opinión, una jaula improvisada en la que portaba uno de aquellos monstruosos bichos de Sargol, causantes de la epidemia en el “Reina Solar”. La prueba que deberían presentar con ayuda del médico ante la Radio-Video de todo el sistema solar.

Dane encontró el ascensor, encontrando que la cabina ya había subido hacia arriba. Habrían caído en la cuenta Rip o Alí de presionar el botón automático para devolverle el ascensor?

—iRip, devuélveme el ascensor! —gritó Dane al tope de su voz por el intercomunicador de su casco.

—¡Conserva los nervios tranquilos, hermano! —le contestó la voz fría de Alí—. Ahí lo llevas. ¿Te has acordado de traer la exhibición número uno ?

Dane no contestó. Para él había otro problema más grave en qué ocupar la atención por el momento. Sobre las puertas de bronce, que habían hecho saltar con el oruga, se apreciaba junto con el zumbido de un potente soplete un círculo rojo que rápidamente iba subiendo de tono en una brillante incandescencia. ¡Allí estaba la policía con el lanzallamas! Y tardarían muy poco en vencer el obstáculo y entrar. Aquel maldito ascensor...

Repentinamente llegó frente a él. Pesadamente, con los lentos movimientos de su abultado y farragoso equipo espacial y sin soltar la jaula de la mano subió a la plataforma. Arrancó tan rápidamente, que el estómago

le dio vueltas aún para un hombre como él acostumbrado a los viajes espaciales. Y casi estuvo a punto de perder el equilibrio al llegar y detenerse en seco unos cuantos pisos más arriba.

Pero no había perdido sus arrestos. Antes de abandonar el ascensor, colocó el dial de forma que continuara subiendo hasta el último piso y quedase allí. Aquello contribuiría a dejar bloqueados a los Comerciantes Libres en el piso de la Radio-Video; pero a su vez les daba más tiempo para permitir actuar antes de que la policía llegara en su busca.

Dane localizó al resto del grupo en la cámara circular del sistema Radio-Video. Reconoció al locutor que tantas veces había visto en la pantalla, dando noticias. En otro rincón estaba Rip, despojado del traje espacial, tratando de sacar fuera de su atontamiento pasajero al médico Hovan. Mientras Alí, serio y decidido, vigilaba al funcionario que llevaba la insignia de técnico de comunicaciones.

—¿Está todo dispuesto? —dijo Rip, levantando la vista de sus inútiles auxilios a Hovan.

Dane dejó la jaula en el suelo y empezó a despojarse rápidamente de su cubierta protectora.

—Están abriendo un boquete en la puerta de entrada que saltamos con el oruga con lanzallamas —advirtió a sus compañeros.

—No creo que consigan ustedes nada con eso —advirtió el oficial de comunicaciones.

—Escuche, amigo —dijo Alí, con gesto decidido—, desde que tomamos esta resolución no pensamos si lo conseguiríamos con esto o con aquello. ¿Por qué no ser más original? Use lo que tiene usted en medio de las orejas. Hemos luchado para llegar hasta aquí, hemos aterrizado en el aeropuerto sin permiso, estamos proscritos por la Patrulla. ¿Cree usted que un hombre en estas condiciones va a tener consideración alguna que le impida conseguir lo que quiere como cosa justa? No mire a su alrededor esperando refuerzos. Los hemos dejado aletargados por esas habitaciones. Tiene usted que ayudarnos, y lo hará. Somos Comerciantes Libres. ¿No le dice nada eso? —Y el técnico empezó a perder confianza en su propia seguridad—. Hemos luchado y sufrido mucho por una causa justa. Y sepa que conozco medio centenar de procedimientos para obligarle a actuar. ¡Vamos, conecte con el Servicio!

—¡Irá usted a la Cámara por esto! —gritó el técnico.

—De acuerdo. Pero primero, radiaremos. Y así, quizá una espacionave que tiene sobre sí la mala suerte puede conseguir la justicia que necesita. Póngase en su puesto. Y cuidado con los trucos... recuérdelo. Si nos da los canales necesarios, lo conoceremos. ¿Rip, qué pasa con Hovan?

La cara de Rip era una desolación:

—Ha tenido que recibir una fuerte dosis. ¡No consigo hacerle recobrar el conocimiento!

¿Sería aquello el fin de toda la aventura? Podrían presentarse uno a uno frente a la pantalla y contar su relato, mostrando el monstruoso animal de

Sargol como justificación. Pero sin el testimonio profesional del doctor Hovan y el peso de su experta opinión, estaban perdidos. Bien, no era posible luchar contra lo imposible.

Pero una testarudez innata en Dane le hizo sobreponerse a la idea de que habían perdido la partida. Se dirigió al médico y lo sentó en una silla. A todos los efectos, Hovan se hallaba profundamente dormido, en un estado de semicoma, producto de los rayos letárgicos. Lo más desesperante eran pensar en las horas que tardaría en recobrar el conocimiento. Ni que decir tiene que en seguida la estación de Radio-Video sería asaltada por la policía y serían detenidos y entregados a la custodia de la policía o de la Patrulla.

—No hay nada que hacer —dijo Dane, en el último extremo del pesimismo y de la desesperación. Pero Alí no pareció afectado.

Alí se dirigió al técnico, con una singular expresión en sus correctas facciones:

—¿Tiene usted algún HD OS aquí?

El otro pareció sorprendido.

—Creo que sí...

Alí hizo un brusco gesto.

—Vea si está seguro —le ordenó, siguiendo al técnico a otra habitación contigua. Dane miró a Rip esperanzado.

—¡Por los espíritus de la Gran Nebulosa!¿Qué es un HD OS?

—No soy un ingeniero. Tiene que ser algún artilugio para sacarnos de aquí.

—¿Algo así como un par de alas? —repuso Dane, inclinándose hacia el sarcasmo. Y la memoria de aquel círculo incandescente en la puerta de acceso a la torre de control seguía fija en su mente, a veinte pisos debajo de donde se encontraban ahora. El deber de la policía o de la Patrulla no se detendría frente a cualquier obstáculo puesto por los Comerciantes Libres para detenerles temporalmente. Si echaban el guante a los proscritos antes de que pudieran utilizar su última oportunidad de ser escuchados el resultado no sería muy feliz para los hombres del "Reina Solar", de lo que éstos estaban bien seguros.

Entre Rip y Dane llevaron al médico a una pequeña habitación, donde estaban Alí y el técnico atareados conectando y poniendo a punto una máquina desconocida para ellos, con una silla muy ligera de tubos huecos de metal. Obedeciendo sus instrucciones, sentaron a Hovan en aquella silla, rápidamente, mientras el médico continuaba su pacífico sueño. Sin entender una palabra de todo aquello Rip y Dane se echaron hacia atrás, mientras que bajo la vigilancia de Alí, el técnico hizo una conexión tocando un botón escondido.

Dane no dio crédito a sus ojos por lo que siguió. La silla comenzó a girar y a moverse en todos sentidos, sacudiendo al médico, como si todas las reacciones del hiperespacio estuvieran conjugadas en aquella máquina, la aceleración, la anti-gravedad, oscilaciones rápidas, los efectos contrarios,

simultaneados al propio tiempo. Pero cuando surgió un ronquito, que rompió el zumbido de aquella máquina misteriosa, todos comprendieron que el ayudante de ingeniero había encontrado la respuesta al problema. Hovan se había despertado.

El médico parpadeaba confuso e inclinado sobre sus ataduras, procediendo rápidamente los hombres del “Reina” a desatarlo. Durante unos minutos pareció incapaz de comprender lo que había sucedido.

Seguramente la policía ya habría conseguido franquear la entrada de la torre y estarían en camino de llegar de un momento a otro. Alí ya había forzado al técnico a poner en conexión todos los canales de la Radio-Video, con la señal de emergencia, que pondría en contacto inmediato todos los mundos del sistema solar e inmediatos. El tiempo corría rápido y todavía no sabían si la operación daría el resultado apetecido. Sosteniendo al desfallecido Hovan, volvieron todos al panel de control y bajo la supervisión de Alí, el técnico ocupó su asiento. Dane puso la jaula con el animal de Sargol frente a la pantalla televisora y esperó a que Rip tomara posiciones con el médico. Mientras Alí permanecía indeciso, Dane miró con sorpresa a sus compañeros. No había tiempo en vacilaciones. Descubrió que la atención de ellos estaba centrada en su persona. Rip, señaló hacia el asiento central de la pantalla.

—¿No eres tú el portavoz del Comercio, verdad? —dijo el jefe en funciones de la “Reina Solar”—. Bien, ha llegado la hora de demostrar tu capacidad. ¡Vamos, pronto!

¿No irían a significar...? Pero sí, lo estaban haciendo. Por supuesto, el jefe de cargo de una espacionave era la persona más apta para servir de portavoz de la tripulación. Pero era en cuestiones comerciales. ¿De qué forma Dane podría enfrentarse a la Radio-Video y explicar y argüir en el caso de vida o muerte que les ocupaba? Bien, tendría que hacerlo. Sus compañeros no le quitaban la vista de encima y Dane, acostumbrado a retener sus emociones internas, se llenó de valor y no dejó traslucir la menor muestra que traicionara sus sentimientos. Era también el resultado de su entrenamiento en la Asociación y de sus estudios. Sin vacilación, se dirigió a ocupar el puesto de locutor frente a la gran pantalla televisora cósmica.

Apenas se había sentado Dane, con una mano sobre la jaula del animal de Sargol, Alí indicó al técnico que pusiera en funcionamiento la red completa de canales de la Estación. En seguida surgió un suave zumbido que era la señal de comenzar a actuar. Tenían que estar seguros de que la radiación se efectuaría en condiciones. Aunque Dane no podía comprobar ni ver a nadie del inmenso número de auditores y telespectadores de los mundos lejanos y de la Tierra, sabía que lo que hiciera sería visto por aquella inmensa audiencia y oído al propio tiempo. En lugar de las noticias normales, los televidentes se encontrarían sorprendidos por aquella especie de melodrama que ahora tenía que exponer.

Una señal le indicó que empezara. Y se dio cuenta de que tendría que manejar la verdad con todos sus recursos y su capacidad de persuasión. Allí, a

su lado, se encontraba el testimonio autorizado del médico Hovan.

—Pueblos de la Tierra...

Marcianos, venusianos, colonizadores de los asteroides, todos aquellos habitantes lejanos, eran considerados iguales bajo aquel apelativo común. Era un terrestre que apelaba a los sentimientos Y a la opinión de su propia raza.

—Pueblos de la Tierra, hemos venido ante vosotros para pedir justicia... —y en adelante sus palabras fueron surgiendo fáciles, apasionadas y convincentes, centradas en un pasaje de luz en todas las direcciones del espacio. Y aquella justicia que solicitaba caminaba segura, dándoles una esperanza reconfortante.

CAPITULO XVII

BAJO CUSTODIA

“Para aquellos de vosotros que no siguen los caminos de las estrellas nuestros caso puede resultar embrollado, en principio”—y las palabras iban surgiendo fáciles y convincentes de los labios de Dane—. “Estamos ahora en la condición de proscritos por la Patrulla, declarados fuera de la Ley por conducir una espacionave atacada de epidemia—confesó francamente—. Pero ésta es la verdadera historia de nuestra situación...”

Y con viveza y soltura, con un torrente de palabras fluidas, que el propio Dane no sería capaz de encontrar en su mente, el locutor improvisado relató lo sucedido en Sargol y cómo habían recibido a bordo la misteriosa infección a causa de aquellas monstruosos e invisibles animales. En el momento oportuno tomó con una mano enguantada el propio animal que llevaba en la jaula, y lo mostró claramente, señalando los apéndices venenosos, dejándolo después sobre la obscura mesa del estudio, para que los telespectadores pudiesen comprobar el dramático cambio de color que se operaba en aquella horrible criatura. Dane continuó relatando el trágico viaje del “Reina Solar” y su forzado descenso en la Estación de Emergencia del asteroide.

—Preguntad la verdad a la Inter-Solar —solicitó de su invisible asamblea —. No fuimos piratas. Ellos descubrirán el resguardo que como pago del abastecimiento les dejamos en sus registros.

Y Dane continuó explicando la salvaje cacería que el Hoobat realizó por la espacionave, descubriendo así la presencia de la infección venenosa del misterioso animal de Sargol, y su desesperada toma de tierra en la Gran Quemadura. Continuó explicando igualmente, con honradez, la urgente necesidad de ayuda médica que tenía y el rapto del médico Hovan. Al llegar a aquel punto, señaló al doctor, sentado junto a él.

—Este es el propio doctor Hovan. Voluntariamente ha consentido en aparecer en nuestro apoyo para testificar la verdad, de que el “Reina Solar” no ha sido abatido por ninguna epidemia desconocida, sino que ha sido infectado por un organismo vivo que ahora tenemos bajo nuestro control.

Y por unos segundos de expectante atención, pensaron si Hovan iría a cumplir lo prometido. El médico parecía abatido y enfermo todavía, como si las drásticas medidas tomadas para despertarlo del letargo lo hubiesen dejado atontado.

Pero sin duda, algo que yacía en las reservas de energía del doctor Hovan surgió en él. Y el testimonio que depuso fue tan amplio y tan honesto como

esperaban todos que pudiera hacerlo, aunque empleando determinados términos de tecnología médica que no pudieron comprender bien. Después de hacerlo, Dane continuó:

—Es cierto que hemos incumplido las leyes —admitió honradamente—, pero nos vimos obligados a luchar en propia defensa. Todo lo que solicitamos es únicamente el privilegio de una investigación imparcial, una oportunidad para nuestra propia defensa, tal y como cualquiera de ustedes tiene garantizada en la Tierra, ante los Tribunales competentes.

Pero no pudo terminar sin una brusca interrupción.

Sobre sus cabezas surgió el sonido de un altavoz, cuyas palabras rompieron el tono de su discurso.

—¡Entregaos! Os habla la Patrulla. ¡Entregaos o sufriréis las consecuencias!

Y el suave zumbido que señalaba su contacto con los mundos lejanos se cortó en el acto. El técnico de comunicaciones se levantó de su asiento con una risita burlona en los labios.

—Han encontrado el circuito y lo han cortado. ¡Pero ustedes lo han conseguido!

Dane se quedó mirando fijamente la jaula donde estaba el casi invisible monstruo sargoliano. Había hecho lo mejor de cuanto había podido, todos lo habían hecho. Y sólo sintió una inmensa fatiga, que le invadió no solamente el cuerpo sino sus nervios y su espíritu.

Rip rompió el silencio, con una pregunta dirigida al técnico.

—¿Puede usted comunicarse con la Patrulla?

—¿Para decirles que suban? —repuso el aludido—. Sí, hay un intercomunicador que puedo utilizar.

Rip procedió a desatarse el cinturón y a desarmarse. Colocó el arma sobre la mesa. Sin otras palabras, sus compañeros siguieron su ejemplo. Ya habían llegado al fin de su propósito y no tenía sentido continuar luchando. El capitán en funciones del “Reina Solar” dio una última orden.

—Dígales que bajamos, desarmados para entregarnos. —Y se detuvo frente al doctor Hovan—. Es mejor que se quede usted aquí. Si hay jaleo, no existe razón alguna para que se encuentre usted en medio por nuestra culpa. Ya hizo más de lo que pudo. Nunca sabrá cuánto se lo agradecemos.

Hovan hizo un gesto de cabeza a los tres hombres. Dane, recordando el truco del ascensor, comentó :

—Podremos permanecer aislados aquí.

Alí se encogió de hombros.

—Para esperar que vengan a recogernos. —Y bostezó con los ojos cargados de sueño—. Lo único que me preocupa es saber si habremos hecho realmente algo bueno.

Rip ni afirmó, ni denegó.

—Hicimos uso de nuestra última oportunidad. Ahora, todo depende de los demás —y apuntó hacia la pantalla al mundo invisible que habría visto y oído

la telecomunicación.

Alí hizo un gesto en dirección a Dane.

—Has dejado ese horrible bicho en poder de Hovan...

—Sí, quería experimentar con él —replicó Dane—. Se lo tiene bien ganado.

—Y ahora vendrá lo que nos hemos ganado nosotros —interrumpió Rip, al notar el murmullo de los que subían por la escalera.

—¿Deberíamos cubrirnos? —preguntó Alí sobresaltado—. Las fuerzas de la ley y el orden tienen las manos muy rápidas para usar las armas de fuego.

Pero Rip no se movió. Se quedó de cara a la puerta del ascensor, esperando junto con sus camaradas la llegada de las fuerzas de la policía, en unido grupo. Sea cual fuese lo que les sobreviniera en adelante, los hombres del “Reina Solar” estarían siempre juntos.

En cierto sentido, Alí tenía razón. Los cuatro hombres que irrumpieron en la habitación entraron con las armas en ristre, dispuestos a tirar a la menor señal. Dos de ellos vestían el uniforme negro y plata de la Patrulla, los otros dos, el verde-jungla de la policía. Todos ellos parecían tipos con los que no se podía andar con bromas.

Y estuvo claro que se hallaban preparados para no andarse por las ramas. A despecho de la pasividad de los hombres del “Reina Solar” fueron esposados con las manos a la espalda. Después de un rápido cacheo, y tras convencerse que no estaban armados, fueron conducidos, uno tras otro, por sus aprehensores. Los policías no dijeron nada excepto algunas palabras cruzadas rápidamente entre ellos. A los pocos minutos, se encontraron a la entrada de la torre, presenciando la catástrofe que habían provocado con el oruga y el subsiguiente por los lanzallamas de la policía. Alí contemplaba la escena con su habitual indiferencia.

—Buen trabajo —comentó a Dane, elogiando su labor—. Ya tendrán en qué ocuparse.

—¡Vamos adelante! —Y una pesada mano le empujó hacia adelante.

El ayudante del ingeniero se volvió con los ojos centelleantes de cólera.

—¡Guárdese las manos para usted mismo! No estamos todavía en las minas. Sufriremos primero un juicio, supongo.

—Estáis proscritos —repuso el agente de la Patrulla desdeñosamente.

Dane sintió escalofríos. Por primera vez, aquel aspecto de su situación le sorprendía con su verdadero significado. Proscritos, fuera de la Ley. Y sin razón. Si aquella etiqueta caía sobre las espaldas de los hombres del “Reina Solar”, definitivamente, no tendrían esperanza ni oportunidad alguna. Todo dependería ahora de la impresión que hubiera podido causar la emisión televisada. Si la opinión pública se inclinaba de su lado, podrían al menos defenderse legalmente. En el caso contrario, las minas de la Luna serían la mejor sentencia que podrían esperar.

Fueron empujados hacia el exterior, a la brillante luz del sol. Allí estaba el “Reina Solar” con los costados acribillados por los meteoritos, reflejando la

luz del sol nativo. Y rodeándola, a una distancia de seguridad, todo un cuerpo armado mecanizado. Las autoridades querían asegurarse de que ningún otro rebelde surgiría de su interior.

Dane imaginó que serían embarcados en algún helicóptero y sacados de allí. Pero en su lugar, continuaron andando, en medio de dos filas de hombres armados, hacia un espacio abierto, donde ninguno de los que se hallaban en el interior de la nave pudieran verles por la pantalla visora. Un oficial de la Patrulla, en cuyo pecho relucía al sol la placa del servicio, se situó detrás de un altavoz. Cuando percibió a los tres prisioneros presentes, tomó en la mano el micrófono y habló para ser bien oído por los que quedaban en la espacionave.

—Tenéis cinco minutos para abrir la escotilla. Vuestros hombres han sido detenidos. Cinco minutos para abrir la escotilla y entregarse.

Alí dejó escapar una risita entre dientes.

—¿Y cómo supone que va a obligarles a salir? Necesitarán más de un potente soplete para abrir la "vieja señora", si no hace caso de la oferta.

Íntimamente, Dane estuvo de acuerdo con aquella idea. Esperó que Weeks se resistiera a salir, al menos hasta que no tuviese alguna certeza de lo que el futuro le depararía. No vio ningún arma ni herramienta entre la fuerza armada que indicara el propósito de forzar la espacionave atacando el casco del "Reina Solar". Dentro había suficientes alimentos y provisiones para Weeks y los enfermos, al menos para más de una semana. Una vez que Tau había vuelto en sí podían esperar que los demás lo hicieran a la brevedad posible. Todo dependía de la presente decisión del joven venusiano.

Dane subió de punto. Weeks había recogido el desafío y continuaría chasqueando a los agentes de la Patrulla.

A lo largo del cordón de policías, se aproximó Hovan, escoltado por los hombres del servicio de la Patrulla y se dirigió hacia donde el oficial sostenía el micrófono. Había algo en su aire que sugería que estaba dispuesto a presentar y dar la batalla. Y sus palabras, aumentadas de volumen, fueron esparcidas por todo el aeropuerto.

—Dentro hay hombres todavía enfermos —tronó la voz de Hovan—. Solicito el derecho de volver

—Cuando se entreguen, recibirán la ayuda necesaria —replicó el oficial.

Pero aquello hizo poca mella en el médico fronterizo. Dane, por fortuna, había encontrado una ayuda mejor de lo que pudieron haberse figurado.

—Pro Bono Público —dijo invocando el grito de guerra de su propio servicio—. Por el bien público.

—Es una espacionave con epidemia —empezó a decir el oficial. Pero Hovan le interrumpió con un gesto.

—¡Eso es una insensatez! —tronó con una potente voz que se oyó en todo el contorno—. No existe ninguna epidemia a bordo. Quiero certificarlo ante el Consejo. Y si usted rehúsa a esos hombres el auxilio médico... que necesitan ahora, ¡expondré y denunciaré el caso ante mis altas autoridades sanitarias!

Dane dejó escapar un suspiro de alivio. ¡Aquello iba a entrar en órbita! No siendo miembro de la tripulación del "Reina Solar", la autorizada palabra de Hovan suponía un gran peso.

El oficial de la Patrulla, que no estaba dispuesto a concederle lo que solicitaba, dijo finalmente.

—Si está usted en condiciones de subir a bordo... hágalo.

Hovan tomó el micrófono de las manos del sorprendido oficial.

—¡Weeks! —dijo con voz imperativa—. ¡Voy a subir a bordo!¡Solo!

Todos los ojos se dirigieron a la astronave y por un corto período se comprendió que Weeks no creía en lo que dijo el médico. Y poco después, desde el morro de la astronave, se abrió una escotilla, utilizada sólo en casos de extremada emergencia, y apareció una escala de plástico que comenzó a descender escalón por escalón.

Por el rabillo del ojo Dane capó un destello a su izquierda. Maniatado como estaba, se tiró de bulto contra un policía que estaba manejando y apuntando un rifle hacia la escotilla. Con el hombro golpeó bárbaramente el pecho del policía y su impulso arrastró a los dos por la pista de cemento con un fuerte golpe, mientras que Rip saltaba para auxiliar a su camarada.

Fue puesto en pie, con el gusto de la sangre del puñetazo que le propinó el sorprendido policía y que le había cortado el labio contra los dientes. Escupió la sangre y miró desafiante al círculo de hombres armados.

—¿Por qué no le patean ustedes? —preguntó Alí dirigiendo una amplia mirada a su alrededor—. Vamos, háganlo. Ahora tiene las manos atadas a la espalda y la cosa es fácil.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó un oficial rompiendo el cordón. El policía puesto en pie, recogía el rifle que Dane le había hecho soltar de las manos.

—Su muchacho de ahí —repuso Alí vivamente—que trataba de encontrar un fácil objetivo dentro de la escotilla. ¿Es esa la conducta usual que ustedes emplean durante una tregua, señor?

La respuesta fue una mirada furiosa y el policía del rifle recibió órdenes de marcharse. Dane miraba sin quitar los ojos de la astronave. Hovan subía la escala y ya estaba con los brazos dentro de la escotilla del morro. Aquello por parte de Hovan, resultaba alentador. Pero a los tres hombres no se les permitió disfrutar de aquella pequeña victoria por mucho tiempo. Recibieron orden de abandonar el campo, y fueron llevados hacia un coche rápido y conducidos a varias millas a las afueras de la ciudad. Era la Patrulla quien los tomaba en custodia, no la policía terrestre. Dane no estuvo seguro de si aquello les resultaba favorable o no... Como comerciante libre, sentía no obstante, un profundo respeto por la organización que había visto actuar en el planeta Limbo.

Algún tiempo después se vieron libres de las esposas en las manos, y encerrados en una habitación de paredes desnudas que les pareció de todos modos magnífica para poder descansar. Dane captó la señal de advertencia de Alí, comprendiendo que estaban bajo observación y que deberían tener

cuidado con lo que hablaban.

—No puede esta gente tener una recta opinión de nuestras mentes ni de nuestra conducta. Lo mismo podemos parecerles criminales, que héroes desesperados.

—Si fuéramos héroes —comentó Dane un poco humorísticamente—. ¿Qué estamos haciendo aquí encerrados? Desearía algo del confort terrestre, empezando por una buena comida...

—No hay toma de huellas dactilares, ni "test" psicotécnicos —caviló Rip —. Sí, todavía no podemos considerarnos perdidos...

—Creo que no podemos considerarnos todavía como hombres olvidados. ¡Alegra esa cara, muchacho! —dijo Alí a Dane—. Estás todavía sangrando...

Dane se pasó una mano por la mejilla y la boca y la retiró manchada de sangre. Afortunadamente, los dientes estaban intactos.

—Necesitamos a Hovan, aparte de sus certificados legales. Creo que necesitas sus cuidados...

Dane se tanteó la boca, rota por el puñetazo del policía. No era preciso que el médico le asistiese y supuso que Alí se refería a aquéllos que estaban todavía bajo sus cuidados en la astronave.

—Hablando de Hovan..., me estoy imaginando qué habrá sido del bicho de Sargol, causante de la epidemia. No se trajo la jaula con él, cuando salió de la torre de control, ¿no es cierto? —preguntó Rip.

—Si se lo dejó olvidado en el edificio, habrá disturbios con él. Venenoso y prácticamente invisible. Y a lo mejor es capaz de reproducir su especie. No sabemos nada acerca de él...

Alí se echó a reír.

— ¡Sería divertido! Imagínate un centenar de esos pequeños monstruos moviéndose a su gusto en la estación Radio-Video. ¡Y el capitán Jellico en posesión del único ejemplar de Hoobat que existe en la Tierra! Así podría poner sus propias condiciones para acabar con la plaga. Habría que disparar la totalidad de la estación con letárgicos, antes de empezar con ellos....

¿Sería enviado aquel retazo de información para que los hombres de la Patrulla fuesen de nuevo a la torre en busca del animal enjaulado? La idea de tal expedición les resultó reconfortante a los cautivos.

Una hora después, les fue llevado alimento, sin ruido y sin servidores visibles, poniéndola por una rendija de la pared a nivel del suelo.

—¡Vaya, ya he captado el vector de vuelo! Nos consideran portadores de la epidemia y mantenidos en incomunicación, esperando que nos muramos de asco...

Los alimentos eran buenos. Dane comió cuidadosamente a causa de tener la boca destrozada; pero la comida les hizo ver las cosas un poco mejor. El lapso de tiempo transcurrido antes de ser tratados como criminales corrientes y vulgares, y luego aquella buena comida... aquello era prometedor. Se comprendía que la Patrulla todavía no sabía cómo considerar a los tripulantes del "Reina Solar".

—Nos han alimentado bien —comentó Alí cuando hubo terminado con el último plato que dejó en la bandeja—. Ahora deberían proporcionarnos camas. Yo estaría durmiendo por varios días enteros, si dispusiera de una litera.

Pero aquello no se produjo y tuvieron que continuar sentados en el banco. Según los cálculos de Dane, y por su reloj, tendría que ser de noche en aquel momento. ¿Qué habría descubierto Hovan en el "Reina Solar"? ¿Habría conseguido poner en pie a alguien más de la tripulación? ¿Permanecía la astronave inviolada hasta entonces o los hombres de la Patrulla la habrían asaltado?

Se encontraba tan cansado... Sentía como si en los ojos le hubieran echado granos de arena caliente y le dolía la boca. Al final empezó a dar cabezadas, rendido por la fatiga. Rip se había quedado dormido apoyado contra la pared, sólo Alí continuaba alerta y despierto, como si esperara algo que tuviera que ocurrir de un momento a otro.

Dane soñó que estaba de nuevo al borde del arrecife del mar de Sargol; pero sin llevar armas, y que bajo el agua, surgía la monstruosa apariencia de un gorp. Trataba de defenderse; pero aquel horror le atacaba con sus brazos armados una y otra vez. Empezó a gritar entre sueños, afectado por la pesadilla.

—¡Despierta! —le dijo Alí, tocándole en el hombro, sacudiéndole amistosamente—. ¿Quieres darnos una representación de una lucha con un murciélago lunar?

—El gorp... —Y Dane se despertó a la realidad.

—Aquí no hay gorp. Nada, excepto...

Las palabras de Alí se perdieron contra el ruido producido por el deslizamiento hacia un lado del panel metálico de la entrada al calabozo. Pero no eran guardias vistiendo el uniforme negro y plata de la Patrulla, que los llevarían a juicio. Van Rycke apareció en el umbral, sonriendo y con su habitual aspecto benevolente.

—Bien, bien, aquí tenemos a nuestros hombres perdidos.

Y aquellas palabras fueron el sonido más maravilloso que Dane jamás pudo haber oído en su vida.

CAPITULO XVIII

ACUERDO CONCLUIDO

—Y así fue como aterrizamos aquí, señor —concluyó Rip su informe al capitán Jellico, con el mismo tono que habría empleado rutinariamente para describirle un viaje corriente desde el aeropuerto hasta la Luna, por ejemplo, en que no hubiese existido incidente alguno y llevando el cargo normal de un viaje cualquiera.

La tripulación del “Reina Solar”, excepto Tau, estaba acomodada en habitaciones en alguno de los lugares de las vastas instalaciones del Cuartel General de la Patrulla. Ahora que la habitación parecía una confortable sala de conferencias, Dane creyó estar seguro de que su situación debería ser muy diferente a la que sería de continuar siendo considerados como proscritos por la Patrulla y puestos fuera de la Ley; aunque también creyó estar seguro de que cualquier intento de salir fuera de aquella celda no tendría por el momento mucho éxito.

Van Rycke estaba sentado tranquilamente en otro banco, con las manos enlazadas, escuchando calmosamente las explicaciones que Rip había dado, sin conceder a la cosa la menor importancia.

El capitán se volvió hacia el jefe de cargo.

—¿Qué te parece todo esto, Van?

—Lo que está hecho, hecho está.

El júbilo de Dane se desvaneció como por encanto. Su jefe parecía en desacuerdo y cualquier ilusión acariciadora de volver a Sargol a cumplir lo convenido con los sacerdotes de las tormentas, era humo de pajas. Sin duda, habrían cometido algún error, producto de su inexperiencia.

—Si saliésemos hoy mismo, podríamos todavía cumplir lo convenido —dijo nuevamente Van Rycke.

¡Allí estaba la cuestión! El ánimo de Dane surgió de nuevo hasta las nubes. Pero no, no sería posible, necesitarían más tiempo para poner las cosas en claro... El contrato sería incumplido necesariamente, y tendrían que comparecer ante la Cámara Central de Comercio. Se podría luchar incluso contra la policía del espacio, los Comerciantes Libres tenían arrestos para eso y para más. Pero nada podía hacerse frente a la Cámara. La licencia sería cancelada en el acto. Un contrato incumplido era como apartar de las rutas de las estrellas a un hombre, para siempre. El capitán Jellico parecía hondamente preocupado.

—Los Eysies estarán dispuestos a interferir inmediatamente en nuestros

asuntos. Me gustaría saber por qué se hallaban tan seguros de que teníamos una epidemia a bordo...

Van Rycke, sacudió la cabeza.

—Podría darle a usted cinco respuestas para eso, capitán. Una, es que tenían necesariamente que conocer la afinidad de esos animales con la madera y sería muy fácil predecir el resultado de haber tomado nosotros a bordo un cargo semejante. También han podido meter deliberadamente esos bichos en la madera que los Salarikis transportaron hasta nuestra astronave. Pero no podemos probarlo. El resultado es que ellos reclamarán nuestros derechos sobre Sargol, a menos que... —Y se detuvo en seco, mirando fijamente la pared de enfrente entre Rip y Dane. Su ayudante sabía que estaba explorando en su mente en busca de una nueva idea. Las ideas de Van no eran para ser desestimadas nunca y el capitán permaneció silencioso, sin interrumpirle.

Fue Rip el que rompió el silencio, dirigiéndose al capitán.

—¿Sabe usted qué es lo que planea esa gente contra nosotros, señor?

El capitán Jellico dejó escapar un bufido, mientras una risa sardónica se retorcía en sus labios.

—En mi opinión, están ahora ocupadísimos tratando de aumentar los crímenes que vosotros cuatro habéis cometido. La lista está incompleta todavía. Hemos entregado el registro automático de vuelo y eso les proporcionará material en abundancia en qué pensar.

Dane pensó qué harían los expertos del registro mecánico del “Reina Solar” de las pasadas semanas. La sección que se refería a la Gran Quemadura y a la toma de tierra en ella, sería una pequeña sorpresa. Van Rycke se puso en pie y se dirigió hacia la salida de aquella improvisada sala de conferencias. Fue abierta tan rápidamente que a Dane no le cupo la menor duda de que estaban sometidos constantemente a una estrecha vigilancia.

—Negocios comerciales —gritó Van Rycke—. ¡Tengo que discutir un contrato! ¡Llévenme a una cabina de comunicaciones privada!

Los asuntos relacionados con el Comercio tenían un gran poder y puesto que Van Rycke no estaba considerado como proscrito, fue inmediatamente acompañado fuera de la habitación. La puerta del calabozo se cerró tras él, inmediatamente. Jellico permaneció tranquilamente sentado en su banco.

Largos años de íntima amistad le habían enseñado que su jefe de cargo era hombre en quien podía confiarse ciegamente; mejor que emplear los métodos directos, la acción directa. Aquella conducta había sido aplicada al problema actual, y ahora, el resto quedaba en las manos de Van Rycke, en quien delegaba toda la responsabilidad.

Pero no permanecieron solos mucho tiempo. La puerta se abrió nuevamente para dejar paso a un alto jefe de la Patrulla. No se levantó ninguno de los miembros del “Reina Solar”. Como miembros de otro servicio se consideraban en igualdad de categoría personal. Sin embargo, Rip, Alí, Dane y Weeks contestaron educadamente el torrente de preguntas que se les hicieron. Explicaron con todo detalle su visita a la Estación de Emergencia del

asteroide, el aterrizaje en la Gran Quemadura y el necesario rapto del médico Hovan. Dane sentía no obstante el testarudo sentimiento de oponerse a semejante interrogatorio. ¿De qué forma, aquel alto oficial de la Patrulla habría actuado bajo tales circunstancias? Y cada vez que infería que su actitud en la parte que le correspondía en el asunto era ilegal, se sentía colérico y ofendido. Estaba de acuerdo en que la Ley tenía que existir hasta en el último confín de la Galaxia, y recordaba con satisfacción la valiente actuación de la Patrulla contra los piratas de Limbo, y no desdeñaba a aquellos hombres arrojados y decididos, siempre, a imponer la Ley. Pero al igual que todos los Comerciantes Libres, Dane sentía y sostenía la creencia de que con frecuencia las actuaciones de la Patrulla sólo contribuían a reforzar la riqueza y el poder de las Compañías, que la Ley se retorcía a su favor. Y ahora también creía estar seguro de que los Eysies habrían volcado toda su influencia y poderío para tratar de hundir a los hombres del "Reina Solar".

Y la Inter-Solar contaba con mucha influencia.

Al final de sus declaraciones, que fueron registradas en cintas magnetofónicas, tuvieron que firmarlas con la huella del dedo pulgar. ¿Serían declaraciones o confesiones? —caviló Dane.

Quizá a lo largo de sus honradas declaraciones, habrían firmado su propia sentencia para ser destinados a los trabajos forzados de las minas de la Luna. Cuando Weeks hubo terminado de estampar su huella dactilar, el capitán consultó su reloj.

—Son las diez —observó—. Mis hombres necesitan descanso, y todos nosotros comida. ¿Podemos obtenerla?

—Tiene usted que permanecer en cuarentena, capitán —replicó el comandante—. Su astronave aún no está en el aeropuerto libre. Se les asignarán habitaciones en debida forma.

Y todos fueron conducidos a una sección distinta de las instalaciones del Cuartel General de la Patrulla. No había ventanas con las que poder observar el exterior. Pero disponían de camas y un pequeño comedor. Alí, Dane y Rip parecieron más interesados en dormir, que en comer. La última cosa que Dane pudo recordar fue el capitán Jellico tomando un buen café terrestre con Steen Wilcox.

Pero tras doce horas de sueño reconfortante, los tres hombres se hallaban menos a gusto en su confinamiento. Nadie había venido a verles y Van Rycke no había vuelto todavía. De todos modos la tripulación mantenía un rayo de esperanza. Van Rycke tendría que estar quemando su último cartucho en aquella batalla. Y los vastos conocimientos de Van sobre el Comercio y sus inmensos recursos para limar asperezas, y su conocimiento del derecho y de la Ley, les proporcionarían al fin, con toda seguridad, la victoria anhelada.

Finalmente, llegó el médico Tau, en compañía de su colega Hovan, cansados, pero triunfantes. Y su informe fue como una luz en la noche para los inquietos y desasosegados Comerciantes Libres.

—Les hemos batido en toda regla —anunció Tau—. Están dispuestos a

admitir que esos virus venenosos no son una epidemia. Incidentalmente, ¿dónde está Van? —preguntó dirigiéndose al capitán—. Esto es de su negociado. Tenemos que sacar uno de esos pequeños monstruos de la nevera. El Laboratorio Central está interesado en examinarlo. ¿Dónde está?

—Ha salido a negociar lo relacionado con uno de nuestros contratos —replicó Jellico—. ¿Qué hay con relación a nuestra situación presente?

—Bien, van a borrar al "Reina Solar" de la lista de las astronaves con epidemia. Hay más de veinte empleados de la Radio-Video coleccionando informes que nos traerán aquí. Parece que los chicos—continuó apuntando a los tres ayudantes—, han hecho un buen trabajo. Una invasión intersolar no habría producido tantas noticias. El interés despertado es fabuloso en todo el mundo ¡He presenciado dos sesiones de la Video y la gente quiere convertir en un héroe a Hovan!

El médico fronterizo hizo un gesto con la cabeza.

—Desean que aparezca en la Video en una emisión especial, tres veces por semana —comentó Hovan—. Me preguntaron si quería formar parte del programa de los "Héroes de las Rutas Estelares". Y usted también, joven criminal —dijo dirigiéndose a Dane, cariñosamente—, parece que es usted un fenómeno de la Video, transmitiendo como un consumado locutor. De cualquier forma, lo consiguieron ustedes con su loca aventura. Y además, capitán Jellico, hay tres personas interesadas en comprarle su Hoobat. Creo que están preparando una representación especial para ver cómo se caza ese bicho del planeta Sargol. Por tanto, estén preparados...

Dane trató de imaginarse una escena con el Queex y sintió escalofríos de disgusto. Todo lo que era la libertad, salir al aire y al sol de su tierra natal, tranquila, sin complicaciones, donde cualquier problema podría resolverse como máximo con un bastón letárgico.

Después de oídas aquellas noticias, los hombres permanecieron algo más tranquilos; pero a medida que Van Rycke tardaba en volver, su intranquilidad recomenzó de nuevo. De todos modos, estaban seguros de que el castigo que se les impondría por las autoridades no sería muy drástico. Pero un contrato incumplido era algo mucho más serio y más difícil de resolver. El capitán Jellico salió de su impasividad y comenzó a recorrer la estancia, nervioso, a grandes pasos, mientras Tang y Wilcox, que jugaban una partida de ajedrez, cometían errores de movimientos sin cuento, y Stotz miraba fijamente la pared de enfrente, como si quisiera encontrar allí la solución de sus sombríos pensamientos.

Aunque el tiempo había dejado ahora de tener mucho significado para ellos, excepto el recuerdo punzante de hallarse enfrascados en la irritante posibilidad de haber fracasado con el asunto del planeta Sargol y los sacerdotes de las tormentas, iban contando las horas y los minutos, hasta esperar el retorno del jefe de cargo de la astronave. Por fin apareció Van Rycke, cansado terriblemente; pero sin mostrar signos de hallarse descompuesto en su carácter.

Jellico no le hizo ninguna pregunta, se limitó simplemente a mirar a su oficial de confianza, con un inquisitivo movimiento de sus pobladas cejas. Pero las palabras surgieron inmediatamente. Van Rycke parecía hallarse satisfecho de sí mismo. El solo sabría de qué forma habría tenido que plantear aquella terrible batalla por los derechos y la seguridad de todos aquellos hombres y del "Reina Solar".

Se detuvo en la puerta y miró a Alí, Dane y Rip con una burlona severidad.

—Vosotros, chicos traviesos —les dijo sacudiendo la cabeza—, habéis perdido cada uno diez puestos en la promoción.

Aquello les hizo sobresaltarse de nuevo. Sin embargo, aquello no era nada comparado con cualquier sentencia para ir a las minas lunares. De todos modos, ellos sabían que Van Rycke había dicho las peores noticias, al principio. Después vendría algo más consolador.

—Recibiréis además una multa por este viaje —continuó el jefe de cargo, pero el capitán le interrumpió.

—¿Con la Cámara, ha ido todo bien?

Ante la señal aprobatoria de Van Rycke, el capitán contestó vivamente.

—La astronave lo pagará.

—Así se lo dije —convino Van Rycke—. El "Reina Solar" recibirá un aviso para permanecer fuera de la Tierra por diez años solares...

Aquello también era soportable. Otros Comerciantes Libres tardaban mucho más tiempo en volver. Era tan poca cosa lo recibido, en relación con el castigo imaginado, que todos dejaron escapar un suspiro de alivio.

Aquello sí les impresionó vivamente. Pero ya estaban resignados a no volver más al planeta perfumado.

—¿Y los Inter-Solares? —preguntó Wilcox sobre punto tan importante.

Van Rycke sonrió abiertamente, como si lo que iba a decir tuviera para todos ellos una gran importancia.

—He llegado a un acuerdo con la Combinada.

—¿Cómo? —preguntaron a coro todos los asistentes.

—Sí, lo he considerado lo más interesante. No podíamos dejar a los I-S conquistar nuestros derechos. Por eso he ido a ver a Vickers, a la Combinada y le expuse nuestra situación. Ha comprendido que estamos en sólidas relaciones con los Salarikis y que los Eysies no lo están. Y además están deseando ponerles un petardo en la cola a los I-S. El cargamento comprometido para los sacerdotes de las tormentas será despachado mañana a primera hora en una astronave ligera, que llegará a tiempo.

Sí, claro, una astronave de tipo ligero, uno de los tipos ultrarrápidos de las grandes Compañías, podría cubrir el trayecto en un tiempo record. Stotz aprobó con la cabeza aquella luminosa solución.

—Yo iré con ellos —y las palabras cayeron como una bomba en la reunión. Porque para Van Rycke dejar el "Reina Solar" resultaba inimaginable, como si el capitán Jellico anunciase su retiro de las rutas de las estrellas y dijera que se iba al campo a cultivar una granja.

—Pero solo por un viaje —se apresuró el jefe de cargo a decir nuevamente —. Así les ayudaré en el éxito de este viaje, allanando el camino con los sacerdotes de las tormentas y con la gente de Sargol, para evitar toda posible intrusión de los Eysies...

El capitán Jellico le interrumpió en aquel momento.

Pero Van Rycke, sonriendo como el hombre que ha resuelto el más difícil problema, replicó en el acto.

—Se hacen cargo de nuestro contrato y de nuestras relaciones con los Salariki.

—¿A cambio de qué?

—Por veinticinco mil créditos y un servicio regular de correo entre Xecho y Trewsworld, planetas fronterizos. Están lo suficientemente alejados de la Tierra para no tener que sufrir las imposiciones del exilio. La Patrulla nos escoltará y verá que estaremos trabajando y actuando como buenos hombres del espacio. Tenemos dos años de un servicio tranquilo y agradable y buena paga. Y cuando se haya olvidado nuestro asunto volveremos de nuevo a las rutas del Comercio Libre.

—¿Y la paga? ¿Es un correo de primera o de segunda clase? ¿Cuándo debemos empezar?

—La paga normal establecida por la tarifa de la Cámara Central. El correo será de primera, segunda o tercera clase, todo lo que lleve el sello oficial del Gobierno. Podréis empezar tan pronto como lleguéis al planeta Xecho y relevar al explorador de la Combinada, que lo está esperando.

—Mientras tú vas hacia Sargol... —comentó Jellico.

—Mientras yo hago un viaje a Sargol. No podrán ustedes perderme de vista —dijo mientras ponía una de sus anchas manazas en el hombro de Dane —. Aunque de haber visto cómo esta gente joven se las ha valido ahora, puede confiarse en ellos absolutamente. Ya son veteranos. Y a Dane puede confiársele cualquier cosa relativo al cargo de la astronave. De todos modos, el oficio de un jefe de cargo en una astronave de correo es bien poca cosa. —Y Dane no estuvo muy seguro si aquello era una alabanza o apreciación peyorativa hacia su persona—. De todas maneras yo volveré con ustedes. La Combinada me transportará al planeta Trewsworld, en el segundo viaje, cuando yo esté de vuelta de Sargol, y allí nos encontraremos. Nada puede ocurrir en una astronave de correo.

Se dirigió hacia los jóvenes ayudantes.

—Vosotros tendréis tiempo para estudiar y aprender bien vuestras funciones específicas de tal manera que cuando volváis al Comercio Libre podáis tener opción a plazas de categoría muy superior, aventajando así los puestos que ahora habéis perdido. Y ahora —dijo dirigiéndose hacia la puerta —, voy a transbordar en el crucero de la Combinada. ¿Debo suponer que no tenéis deseos de aparecer nuevamente en la pantalla de la Video?

Ante la mueca que hicieron los chicos, Van se echó a reír.

—Bien, a la gente de la Patrulla no le hace mucha gracia esa exhibición.

De aquí a una hora estaréis en libertad. Han puesto al “Reina Solar” en el aeropuerto libre y un coche os llevará hasta ella. Saldréis ahora para un servicio de enlace con la Luna. Y francamente, cuanto más pronto os marchéis de la Tierra más pronto tendréis la satisfacción de ganar vuestro ascenso. Es mejor hacer un mutis por algún tiempo hasta que la gente olvide que existe la “Reina Solar” y su loca tripulación.

El capitán Jellico se puso en pie.

—Nadie desea más que nosotros mismos salir de aquí. Usted ha vuelto a sacarnos de un gran apuro de nuevo, Van, y seremos todos verdaderamente felices de volver a verle de nuevo.

—Así lo creo yo también. Podemos considerarnos contentos de que la Combinada deteste a los I-S. Es una ventaja que tenemos siempre a nuestro favor. Dejemos que esos grandes tipos se tiren unos a otros. De cualquier modo, nosotros iremos a trabajar a un lugar tranquilo y en la obscuridad por el momento. Gracias al Espíritu del Libre Espacio, no hay problemas ni disgustos en una ruta tranquila de correo interplanetario.

Pero Van Rycke, a despecho de su conocimiento del “Reina Solar” y del carácter de sus tripulantes, estuvo sin duda excedido en su visión demasiado optimista, cuando hizo tan enfática declaración.

FIN